



SOBREVIVIENTES 4.0

AMOR PERFECTO
Y OTRAS FICCIONES



CONCEJO MUNICIPAL
DE FUNZA





SOBREVIVIENTES 4.0

AMOR PERFECTO Y OTRAS FICCIONES

Wilson Amado Gamboa – Paola González – Aquiles León
Juan Carlos Galindo – Jessica Obando – Marcela Adriana Alfonso
Fanny Díaz – Carmen Dora Espinosa Correa – Jimena Bacca
María Claudia Molina Hoyos – Alina Camacho Hauad – Fabián Guasca
Luis Ángel Quevedo Vargas – Paulina Karime Villarreal Centeno
Janeth Buitrago González – Karen García Mondragón – Jimena Aguilera
Martha L. Muñoz A. – Stefanny Elvira López Bernal – Said Fayad – Ximena Pastor
Laura Vanesa Guzmán Chaparro – Danna Gracia

GANADORES CONCURSO MUNICIPAL DE CUENTO “FUNZA PARA CONTAR 2023”

Álvaro Nicolás Moreno Quiñones – María Alejandra Rojas Rodríguez
Juan Luis Gamba – Juan Esteban Barrera Beltrán – María José Lozano Barbosa
Diego Andrés Barrueto Muñoz – Carmen Dora Espinoza Correa
Duvan Felipe Aldana – Sandra Jimena Bacca



SOBREVIVIENTES 4.0 ©

**AMOR PERFECTO
Y OTRAS FICCIONES**

Todos los derechos reservados ©
Alcaldía de Funza

Daniel Felipe Bernal Montealegre
Alcalde

Juan David Barbosa Silva
Director Centro Cultural Bacatá

Lilian Andrea Sanabria Abdala
Subdirectora Técnica Centro Cultural Bacatá

Víctor Manuel Mejía Ángel
Coordinador Plan Municipal de Lectura Escritura y Oralidad de Funza - PMLEO

Aura García Fontecha
Coordinadora Escuela de Literatura Centro Cultural Bacatá

Anderson Alarcón Plaza
Director talleres *Funza para contar* e *Introducción a la escritura creativa*

Comité Editorial:
Víctor Manuel Mejía Ángel
Aura García Fontecha
Corrección de estilo: Anderson Alarcón Plaza
Diseño y diagramación: Leonardo Parra Avilán

Ilustración portada: Manuel Sebastián Montañez
www.instagram.com/cacrecore

Agradecimientos al equipo del Centro Cultural Bacatá, cuyo trabajo y compromiso hicieron posible la publicación de este libro.

La presente antología está conformada por material literario, desarrollado en el marco de los programas de la Escuela de Literatura del Centro Cultural Bacatá y los ganadores del Concurso Municipal de Cuento “Funza para Contar 2023”. La selección da cuenta del trabajo realizado en el marco del Plan Municipal de Lectura, Escritura y Oralidad del Municipio de Funza, en aras de promover las habilidades lectoras y escritas de la población.

ISBN: 978-628-95411-3-7

Colombia
2023

AGRADECIMIENTOS A LA CORPORACIÓN CONCEJO MUNICIPAL DE FUNZA

HONORABLES CONCEJALES

John Edison Baquero Urbina

Alfonso Lamprea Pedraza

Nilson Leonardo Díaz Torres

Víctor Manuel Torres Lorenzano

Pablo Enrique Avendaño

Raúl de Jesús Agudelo Sosa

Edwin Norman Zuluaga Gómez

Jairo Castañeda Hernández

John Jairo Pérez Coronado

Dairo Germán Pedraza Quiñonez

Arvey Alfonso Tequi Nonsoque

Carlos Cesar Santamaría Suárez

Fernando Antonio Zuluaga De La Hoz

Gustavo Marín Betancourt

Marco Tulio Bernal Quiroga



**CONCEJO MUNICIPAL
DE FUNZA**

CONTENIDO

SOBREVIVIENTES: CUATRO AÑOS DE HISTORIAS FASCINANTES	15
<i>Daniel Felipe Bernal Montealegre</i>	
NO SOLAMENTE SOBREVIVIMOS	17
<i>Juan David Barbosa Silva</i>	
CUATRO AÑOS DE SUEÑOS CUMPLIDOS	19
<i>Víctor Manuel Mejía Ángel</i>	
DOS FORMAS DE HABITAR	21
<i>Anderson Alarcón Plaza</i>	

FICCIONES

A IMAGEN Y SEMEJANZA	25
<i>Wilson Amado Gamboa</i>	
CASO N° F-010277 DEL DISTRITO - PROVINCIA DE LUJÁN	31
<i>Paola González</i>	
SINFONÍA DEL AYER	33
<i>Jessica Obando</i>	
LA PENSIONADA	35
<i>Marcela Adriana Alfonso D.</i>	

ÑEROL <i>Fanny Díaz</i>	41
ODONTOLOGÍA <i>Carmen Dora Espinosa Correa</i>	43
SUEÑO EN DOS TIEMPOS <i>Jimena Bacca</i>	49
UN DESEO FEBRIL <i>María Claudia Molina Villalobos</i>	53
AMOR PERFECTO <i>Alina Camacho Hauad</i>	57
AGLOSIA <i>Fabián Guasca</i>	61
EL PRIMER RELOJERO DEL METAVERSO PSICOLÓGICO <i>Aquiles León</i>	67
SIN TIEMPO PARA LA PRISA <i>Juan Carlos Galindo</i>	73
EL TRUEQUE DE MEDIANOCHE <i>Luis Angel Quevedo Vargas</i>	77
EL PAVO <i>Paulina Karime Villarreal Centeno</i>	81
HAMBRE <i>Fabián Guasca</i>	85
UNA PAYASA <i>Luis Angel Quevedo Vargas</i>	89
PERSONAJE EN CUESTIÓN <i>Janeth Buitrago González</i>	93

VÍCTOR <i>Paulina Karime Villarreal Centeno</i>	95
ELLA <i>Karen García Mondragón</i>	97
EL RECUERDO ES AGUA <i>Jimena Aguilera</i>	101
SÍ, PARA TODA LA VIDA <i>Martha L. Muñoz A.</i>	105
CINCO OJOS <i>Stefanny Elvira López Bernal</i>	109
TEODORO <i>Ximena Pastor</i>	111
SANTOS <i>Said Fayad</i>	115
LA CASA <i>Escritura colectiva</i>	119
CUARTO DE ESTUDIO <i>Fanny Díaz</i>	119
CUARTO DE SAN ALEJO <i>María Claudia Molina</i>	120
JARDÍN <i>Beatriz Navas</i>	120
EL COMEDOR <i>Carmen Dora Espinosa Correa</i>	121
EL SÓTANO <i>Ruth Mary Valenzuela</i>	121

EL BALCÓN <i>Wilson Amado</i>	122
EL BAÑO <i>Alina Camacho Hauad</i>	122
EL GARAJE <i>Jimena Bacca</i>	123
EL TECHO <i>Fabián Guasca</i>	123
LA SALA <i>Jessica Obando</i>	124
EL ANDÉN <i>Marcela Alfonso</i>	124
LA CHIMENEA <i>Aquiles León</i>	125
UN RINCÓN <i>Juan Carlos Galindo</i>	125

CONVOCATORIA ABIERTA

RECUERDOS INVISIBLES <i>Laura Vanesa Guzmán Chaparro</i>	129
TRAS LAS REJAS HAY OTRO MUNDO <i>Danna Gracia</i>	131

CUENTOS GANADORES

CONCURSO MUNICIPAL DE CUENTO “FUNZA PARA CONTAR 2023”

REALIDAD PARALELA	137
<i>Álvaro Nicolas Moreno Quiñones</i>	
LA PUERTA A LA FANTASÍA Y LA FE	141
<i>María Alejandra Rojas Rodríguez</i>	
EL DRAMA	143
<i>Juan Luis Gamba</i>	
CAUSA DE MUERTE	145
<i>Juan Esteban Barrera Beltrán</i>	
VIAJEROS DEL ARTE	149
<i>María José Lozano Barbosa</i>	
UN POETA SIN CORAZÓN	153
<i>Diego Andrés Barrueto Muñoz</i>	
LA MUERTE DEL CEMENTERIO	157
<i>Carmen Dora Espinosa Correa</i>	
EN COMA	161
<i>Duván Felipe Aldana</i>	
TRUEQUE	165
<i>Sandra Jimena Bacca</i>	

SOBREVIVIENTES: CUATRO AÑOS DE HISTORIAS FASCINANTES

Es un hecho que Funza se ha convertido en la Ciudad líder en cultura y los resultados concretos los demuestran. Como alcalde y como lector aficionado, puedo constatar que la lectura es la semilla que transforma la ignorancia en conocimiento, una herramienta que permite a las sociedades alcanzar altos niveles de comprensión, asimilación y decisión, así como desarrollar habilidades comunicativas básicas de oralidad, lectura y escritura, indispensables para formar seres humanos críticos, reflexivos y sensibles con el contexto que habitan. De esta manera, podrían superarse las brechas de atraso y desigualdad social, así como brindar más oportunidades de realización individual a las nuevas generaciones.

Además de la voluntad política también se necesita del trabajo mancomunado y armonioso entre los diferentes entes que intervienen en la gestación de proyectos de este nivel, es por esto que gracias los esfuerzos colaborativos entre la Escuela de Literatura del Centro Cultural Bacatá y el Plan Municipal de Lectura, Escritura y Oralidad, es posible que Hoy tengamos en nuestras manos el cuarto número de la antología de narrativa *Sobrevivientes 4.0 Amor perfecto y otras ficciones*, dedicada exclusivamente al género de la ciencia ficción. Me siento conmovido al poder disfrutar de historias tan increíbles que nos llevan en un viaje por el multiverso y parajes desconocidos, donde los viajes espaciales, los viajes en el tiempo, la ciencia y la tecnología, en conjunción con la distopía y hasta el terror gótico, nos plantean dilemas éticos y filosóficos sobre el papel de la humanidad en tiempos como este y los venideros.

Las razones son suficientes para invitarlos a leer y viajar a través de estas historias fascinantes, que dan cuenta del alto nivel literario que esta producción colaborativa ha alcanzado, y que ha sido elaborada rigurosamente y a pulso durante estos cuatro años en la Escuela de Literatura, bajo la dirección de Aura García Fontecha. Agradezco a los docentes y a las y los autores que hacen parte de esta maravillosa antología, quienes han demostrado su enorme potencial y talento, así como a todas y todos los integrantes del *Taller de narrativa Funza para contar* quienes durante más de 14 años han hecho de este espacio un referente regional y un lugar de encuentro colectivo, un refugio para quienes ven en la lectura y la escritura un motivo de inspiración, una forma de ser y estar en el mundo.



Consolidar un proyecto robusto y articulado entre arte y educación fue una de las prioridades para el gobierno de la Funza Ciudad Líder y hoy, con total seguridad y orgullo, podemos decir que hemos cumplido, al dejar cimentadas las bases y las rutas de acción para continuar fortaleciendo el gran proceso cultural que necesita y merece nuestro municipio. Esperamos que estos resultados animen al gobierno entrante a continuar defendiendo este gran proyecto artístico y cultural, que los funzanos estén orgullosos de sus artistas de la palabra y que se marque la necesidad de compartir lecturas en familia para que prosperen el arte y la paz.

Daniel Felipe Bernal Montealegre

Alcalde de Funza

2020 - 2023

NO SOLAMENTE SOBREVIVIMOS

Desde la administración municipal siempre hemos procurado espacios para la creatividad y la libre expresión del pensamiento. Por ese motivo, el arte es parte fundamental de todos los avances que hemos logrado en este periodo de gobierno que ya llega a su fin. Con la venia del señor alcalde, he sido el encargado de comandar el Centro Cultural Bacatá, mi casa, con la misión de darle voz a todas las artes. La Literatura, por ejemplo, ha sido una de las más grandes apuestas que hemos hecho, pues decidimos dejar de lado la percepción equívoca que considera el arte de la palabra un espacio para pocos para demostrar, a través de las quince publicaciones realizadas en los últimos cuatro años, que la Literatura puede llegar a cientos o miles de lectores de nuestro municipio, en principio, y de otros muchos lugares del país y del mundo, después.

Cuatro de esas quince publicaciones han sido denominadas *Sobrevivientes*, pues se trata de producciones narrativas surgidas en la pandemia del 2020, en donde la zozobra parecía reinar el mundo cotidiano, dejando solo algunos rincones para la imaginación, característica esencial que nos mantuvo cuerdos en medio de un contexto que parecía llevarnos a pensar en las peores situaciones.

En el 2020, *Sobrevivientes* fue, entonces, el primer catalizador que muchos de nuestros habitantes usaron para imaginar lo que se vivía afuera: el dolor, la pobreza, la muerte. Pero también fue el espacio para resguardar la memoria de lo que se vivió al interior de muchos hogares: el tedio, la alegría, la compañía obligatoria de nuestros seres queridos.

Los siguientes números de *Sobrevivientes* llegaron para demostrarnos que no solo podemos dedicarnos a escribir acerca de lo bueno o lo malo que nos rodea, sino que también debemos darnos a la tarea de narrar historias de otros momentos físicos e históricos que, quizá, ni siquiera hemos experimentado presencialmente.



En consecuencia, este número de *Sobrevivientes* es la oportunidad para celebrar que no solamente sobrevivimos a una de las situaciones de salud más complejas que ha experimentado la humanidad, sino que también pudimos encontrar en ese momento difícil otras formas de expresión para encontrarnos en las páginas de los libros, no solamente como lectores, sino como los escritores encargados de plasmar su visión del mundo de la pandemia y de las realidades que vinieron después. Felicito al equipo de la Escuela de Literatura del Centro Cultural Bacatá liderado por la maestra Aura García Fontecha, a los talleres *Funza para contar* e *Introducción a la escritura creativa* y su docente Anderson Alarcón Plaza, así como a los ganadores del Concurso Municipal de cuento en sus distintas categorías por aportar a la construcción de este libro.

Sean ustedes bienvenidos a disfrutar de estas narraciones.

Juan David Barbosa Silva

Director Centro Cultural Bacatá

CUATRO AÑOS DE SUEÑOS CUMPLIDOS

Es un honor presentar esta cuarta versión de Los Sobrevivientes, sin duda una colección que será recordada por muchas generaciones, ya que fue pionera en muchos aspectos: la primera edición, en el año 2020, ganó Beca Mincultura a publicación de taller literario; fue el primer libro oficial de la Administración Funza Líder, fue también pionera a nivel nacional, al reunir, en su primera edición, una producción editorial basada en distopías como subgénero literario, además, una publicación que registró, sin proponérselo, el proceso de recuperación y resiliencia al que debimos acudir todos en medio de la pandemia y luego en su superación.

Siguiendo con las primicias de esta colección, ahora que la veo en perspectiva, ha reunido lo mejor de nuestros escritores locales, en los momentos más difíciles, por eso se convierte en un documento de memoria que nos recuerda quienes somos y la capacidad que tenemos de recuperarnos con creatividad, buen humor y buenas historias.

Todavía recuerdo las primeras sesiones del taller Los Sobrevivientes en lo más álgido de la pandemia. Éramos como niños asustados subidos en un arca de esperanza, sin saber lo que depararía el destino, solo con nuestras historias distópicas y unos deseos enormes de salirnos por algunos momentos de la realidad. Este clan original de autores, la mayoría funzanos, estarán por siempre en mis recuerdos porque fueron bálsamo en medio de una de las peores crisis de la humanidad.

No tengo más que agradecimientos con el Dr. Daniel Bernal Montealegre, un joven que fue consecuente con las necesidades de su municipio, que fue justo, honorable y honesto frente a los procesos de gobernanza, respetuoso de la diversidad y preocupado inmensamente por hacer feliz a su gente lo que nos permitió soñar en grande.

También mi agradecimiento al Maestro Juan David Barbosa, un artista consumado, cuya visión llevó al Centro Cultura Bacatá a su máxima expresión, desarrollando iniciativas creativas, visibles, profundas y colmadas de simbolismos, dando sentido a nuestra labor cotidiana en cada área artística.



Quiero agradecer a la Corporación Concejo Municipal de Funza, un grupo de personas que aman verdaderamente a su municipio y que estuvo siempre a la altura de las necesidades y en concordancia con las políticas de la Alcaldía, sin perder su intención de mantener control y veeduría.

Agradecimientos a mis compañeros del Plan Municipal de Lectura, Escritura y Oralidad, programa creado en el gobierno que termina, a la maestra Aura García, directora de la Escuela de Literatura, al maestro Jorge Eliécer Valbuena, director del Biblioparque Marqués de San Jorge, a todos aquellos que hicieron parte de este ecosistema que llevó muy en alto la práctica de leer, escribir y contar en nuestra querida Funza.

Gracias a los escritores funzanos, formados aquí, que han sido entusiastas, persistentes en su labor y que hoy ya empiezan a resonar en ámbitos nacionales, el semillero ha germinado con los mejores frutos.

Cómo decía mi abuelita Emilia, “Lo *bailao* nadie me lo quita” y me llevo esa sensación de haber sido partícipe de una gran fiesta del arte, que fue faro incluso para otros municipios de Cundinamarca y de Colombia.

Solo queda decir ¡Gracias!

Víctor Manuel Mejía Ángel
Coordinador PMLEO FUNZA

DOS FORMAS DE HABITAR

I

Hace unos doce años llegué a mi casa, Funza para contar. Era una casa pequeña, a penas la componían cuatro paredes y algunas voces, que ya son solo ecos. Poco después, la casa creció. Llegaron a ella muchas voces que empezaron como murmullos y terminaron siendo gritos. Para entonces, yo no habitaba la casa: era un visitante que se fugaba y regresaba y volvía a fugarse. Solo después de que el cansancio me venció, residí de manera definitiva. Residencia que duró solo algunos años, cuatro o cinco, porque, después, la casa fue derribada. Poco tiempo después, sin embargo, las bases de la casa florecieron de nuevo. Las paredes fueron reconstruidas y se erigieron con más fuerza. Hoy, Funza para contar es una casa-bunker, parece indestructible, inamovible.

La metáfora anterior puede resultar barata, innecesaria o excesiva, según se la vea. Sin embargo, define, más o menos bien, la sensación que me asalta cuando menciono al taller que me vio crecer, el mismo que hoy tengo el placer de dirigir. Sentirse en casa es un requisito indispensable para poder habitar de manera cómoda los espacios formativos que se orientan, más cuando estos se enfocan en la creación. A Funza para contar le debo el hecho de sentirme acogido, abrazado. A mis estudiantes no les guardo más que agradecimiento y cariño. Ustedes harán que la Literatura siga teniendo un hogar seguro en el municipio.

II

Introducción a la escritura creativa no es una casa. Es algo más parecido a una discoteca, o a un parque de diversiones. Las risas están incluidas en el paquete de recreación, seguro, pero también, en el mismo combo, vienen los retos, la necesidad de buscar siempre un punto de encuentro para emprender nuevas aventuras. *Introducción* es el ovni en el que todos podemos montarnos para encontrar mundos nuevos, aunque el hecho de llegar a alguno de ellos nos haga correr el riesgo de quedarnos sin aire.



Probablemente, quienes habitan la *discoteca* quieran hacer luego parte de la *casa*, y viceversa. Ambos caminos son válidos y en ambos me encuentro cómodo, aunque de manera distinta. A los que han pasado algunas horas (o días) en mi discoteca favorita, *Introducción a la escritura creativa*, les debo el sentirme vivo y con ganas de seguir viviendo un martes a las diez de la noche, hora en que normalmente terminaban nuestras clases. Para ustedes, mis mejores deseos en los caminos que deseen recorrer.

III

Creo que lo mío no son ni las metáforas ni las despedidas. Sin embargo, ambas son vitalmente necesarias. A todos mis estudiantes, a todos los narradores en potencia, les auguro el futuro que ustedes quieran construir. De seguro nos volveremos a encontrar en otra etapa del camino creativo. A los lectores de estas narraciones, bienvenidos. A los autores de los textos que componen esta antología, mi abrazo fraterno y mi felicitación sincera. Sigán imaginando, todos, los mundos posibles en los que desearían haber nacido o en los que, ni por obligación, quisieran habitar.

Anderson Alarcón Plaza

Director talleres *Funza para contar* e *Introducción a la escritura creativa*
Escuela de Literatura del Centro Cultural Bacatá



FICCIONES

A IMAGEN Y SEMEJANZA

Wilson Amado Gamboa

Raniel le pidió a su robot tipo Jome, como se le reconoce a los robots caseros, que le trajera una cerveza fría, de aquellas que había en la nevera. Le ordenó que en esta ocasión no se la fuera a derramar al destaparla, pues, si volvía a pasar, le daría un castigo del que no se iba a olvidar. Le retiraría las baterías nuevas y el sensor de energía solar último modelo que recién le había instalado. La máquina, se dirigió a la cocina, simulando tristeza por el regaño de su amo y obedeciendo la orden de Raniel, que a sus veinte años no tenía apellidos, pues ya no eran necesarios porque las familias se diferenciaban por un número de serie que se le daba en conjunto y desde el nacimiento a cada miembro, y este estaba ahora en todos los elementos adquiridos personales y para el hogar desde antes de hacer la compra de su robot. Y a cada robot Raniel le dio un nombre, como hacían en todos los hogares. Así las cosas, Raniel, tenía la serie RANIELST15-18TL, que era la misma con la que marcó todas las cosas suyas que había en la casa. Se marcaban así, desde los pantaloncillos y las medias, hasta los robots comprados para hacer los oficios y otras cosas en el hogar y lograr que Raniel y la familia pudieran descansar todo el tiempo. Aunque se entendía como la familia de Raniel, tres plantas en materas de plástico reciclable, un gato esterilizado y un perro con sus dos patas delanteras buenas y dos ruedas remplazando las patas traseras. Estos robots o equipos de ayuda en casa, habían sido actualizados de tal manera, que en la mayoría de las ocasiones no se lograba distinguir quién era humano y quién era robot. La piel y los movimientos avanzaron tecnológicamente y de manera impresionante, gracias a las muñecas y muñecos de inflar o de armar y desarmar que se fabricaban para las personas que no deseaban tener relaciones sexuales con humanos. Los gestos y las voces eran muy similares a los de la gente, tal vez porque solo necesitaban hacer cosas con algo de lentitud y movimientos calculados para no tropezar. La mirada de estos equipos causaba muchas veces escalofríos, pues eran muy fijas y no tenían sensibilidad ante las muestras de cariño, salvo en las ocasiones que esbozaban una delicada sonrisa y cerraban levemente los ojos, como cuando hacían el amor, para luego ser guardados o escondidos debajo de la cama o en un armario.



El riesgo que la gente conocía, pero ante el que se hacían los idiotas, era que los robots habían aprendido a hacer tantas cosas en la casa y en las empresas, que poco a poco iban ocupando el sitio de los humanos. Inclusive el lugar de algunas mascotas, pues eran fáciles de programar para que maullaran o ladraran y hasta para imitar el canto de un gallo, aunque tuvieran la forma de un perro o de un gato. Todos despertaban o se encendían con una alarma programada y comenzaban a funcionar sin necesidad de desperezarse durante diez o quince minutos, como durante siglos ocurría con los humanos. Raniel estaba feliz porque ya no tenía que lavar trastes, ropa, pisos ni hacer de comer o vestirse tan siquiera, porque ya no salía de la casa salvo si deseaba dar un paseo por la calle cuando hacía sol. Y para esto también tenía la compañía de su robot preferido, quien además era el encargado de pasear a las mascotas, recogerles sus heces y limpiar la orina del suelo, cuando esta era de origen natural.

Raniel, al igual que millones de seres humanos en el planeta, estaba tan satisfecho con sus equipos de ayuda en la casa, que se olvidaron de funcionar como seres humanos inteligentes y activos y dejaron todo a la libre decisión de los robots, porque hasta para eso fueron programados. Los humanos como Raniel, pudieron salir a las calles a hacer nada. Mientras los robots fueron dirigidos o enrutados para decidir cuándo hacer las cosas sin la necesidad de recibir órdenes. Las fábricas recibían los pedidos por email, las máquinas producían los productos apenas se cumplían ciertas cantidades solicitadas y efectuaban los despachos en vehículos eléctricos automáticos hechos para los volúmenes de carga requeridos. Los pagos por mantenimiento de tantos robots también se terminaron, porque otros robots reemplazaban unas máquinas de prevención y estas eran reparadas por procesadores de corrección o reemplazo de elementos obsoletos. Los pagos por prevención de daños se hacían automáticamente desde la tarjeta del banco. Aprendieron a procrearse en fábricas autosostenibles, haciendo que los humanos solamente emitieran órdenes por internet o por su aparato móvil instalado en una pulsera o en un collar. Pero los mismos humanos crearon luego los programas que reemplazaran a sus manos y pensamientos, e inventaron una programación para fabricar y reemplazar robots.

Entonces las máquinas se acomodaron en las ciudades de tal manera que ya no era necesaria la presencia de los humanos y estos solo servían para decorar el hogar o estorbar en las calles. Había dónde conseguir los combustibles automáticamente, podían evitar la producción de elementos contaminantes, había entre ellos máquinas que hacían la limpieza, máquinas que proporcionaban una energía limpia para laborar, máquinas que organizaban sitios especiales para descansar permitiendo que el desgaste disminuyera y la vida útil se alargara.

Y fue allí que necesitaron de la ayuda de los humanos. Ya que mientras los equipos reposaban del uso y hacían su mantenimiento preventivo, las personas podían reemplazarlos temporalmente en las labores que les correspondían a los robots. Mientras los robots descansaban del uso excesivo de sus partes, los humanos eran su reemplazo temporal.

Y fue así como los humanos pasaron poco a poco a hacer algunas labores de la casa: limpiar las telarañas, paladear la comida de las mascotas naturalmente biológicas, quitar las motas de la ropa, sacar la mugre de adentro de los computadores, limpiar de pelos los sifones de los lavamanos y muchas cosas que los robots no hacían porque dentro de sus funciones originales de fábrica no estaban grabadas. Los robots se apoderaron de la cotidianidad de los humanos y estos a su vez fueron convertidos en sus esclavos, cambiando así la forma de funcionar del mundo. Los robots mandaban, los humanos obedecían. Las funciones dentro del hogar, se relegaron a los humanos y los robots pasaron por sí mismos a realizar las cosas de afuera, como conseguir el alimento para los integrantes de la familia, adquirir cartillas de lectura para los niños que necesitaban aprender a leer, comprar los hilos para hacer remiendos en las ropas, llevar las frutas más maduras para preparar los jugos de las personas que en sí, ya eran sus mascotas con mascotas.

Raniel llegó así a sus cuarenta años sin el gato esterilizado ni su perro de ruedas, pero con tres robots asexuados de plástico y metal, y uno forrado en piel de silicona tibia y suave reemplazante de hembra humana. Estos mandaban en la casa y le pedían a Raniel que hiciera las cosas que ellos no podían por no estar programados para ello, como organizar el rincón para recargar las baterías, cambiar las sábanas y fundas de la cama, rociar las matas y quitarles las hojas secas y si no lo hacía le darían un castigo del que no se olvidaría. Le quitarían a su robot preferida. Era una hermosa máquina creada para que Raniel, como mascota pudiera tener sexo so pena del riesgo de morir. Esta máquina había sido fabricada casi a la perfección para demostrar ciertas conductas y emociones como el gusto por dormir acompañada y en cucharita, besar con pasión, acariciar delicadamente sabiendo cuáles eran los puntos sensibles del cuerpo humano, respirar agitada, gemir y gritar si era necesario y hasta saludar con un beso en la mañana y dar las buenas noches con muestras de cariño. Raniel estaba completamente feliz de tener consigo a su mascota, sin darse cuenta que la mascota de la casa era realmente él y que además colgaba de su cuello una placa de electroplata con el código RANIELST15-18TL acompañado por un código QR por la parte de atrás.



Fue tan profunda la relación con su robot amante y era esta casi tan perfecta que Raniel no fue capaz de separarse de ella para aceptar un modelo más avanzado. Entonces, así como Raniel, millones de humanos en el planeta decidieron pedir que no se les esterilizara o castrara y que se les dejara funcionar libremente con sus robots pareja en una casa hecha especialmente para cada familia mezclada de carne y metal. Y que, en lo posible, no los sacaran a pasear a los parques para que en esos lugares intentaran hacer sus necesidades fisiológicas. Además, que tuvieran el derecho a elegir entre un hijo robot, una mascota esterilizada o uno humano, pero ojalá no castrado.

Allí comenzaron los robots a dedicarse más tiempo para ellos, haciendo que los humanos como premio por la libertad, efectuaran las labores de la casa y luego las de las empresas, mientras las máquinas se deleitaban viendo películas antiguas como "Terminator" o "Transformers" y reían con "Robocop", "Yo robot" y algunos videos en los que se explicaba cómo cuidar humanos y animales, mientras en la esquina del barrio se mandaban cromar sus partes brillantes (uñas y dientes), aceitar todas las piezas rechinantes (articulaciones), y hasta tatuar en cualquier lugar la imagen de R2-D2 o C-3PO y hasta Chappie o wall-e. En varias oportunidades se sobrecargaban, adrede y a escondidas, con las baterías que encontraban en los botaderos de chatarra para reciclar y para hacer nuevas máquinas o con líquidos inflamables que compraban de incógnito a otros robos que hacían trabajos informales en la calle, como etanol, ACPM, gasolina o alcohol etílico y que venían encubiertos en coloridos vasos con pitillos.

Más adelante, los robots no quisieron hacer nada y decidieron que lo mejor era dedicarse a descansar, acicalarse, tatuarse, untarse brillametal en las uñas y usar piercings mientras en sus audífonos escuchaban música electrónica, formando extraños grupos o pandillas de acciones similares como una coreografía y con un increíble parecido físico a los humanos.

Entonces los humanos retomaron poco a poco las funciones cotidianas de la casa y el funcionamiento del mundo exterior volviendo a ser los que organizaban y los robots los que colaboraban. Pero como los robots se habían vuelto tan parecidos a los humanos, hasta en lo físico y lo sentimental, muchos humanos se enamoraron de ellos, conformando parejas de humano-robot que fueron finalmente reconocidas por las leyes humano robóticas del planeta.

Luego todo se mezcló en cada casa y en cada ciudad, de tal manera que los robots y los humanos convivieron en comunidad formando familias y adoptando a sus hijos. Uno humano, comprado a grupos religiosos que no estaban esterilizados pero que tampoco tenían cómo alimentar a sus crías y uno robot, fabricado para cada familia y dos o tres animales como perros y gatos de crianza en el hogar, ya fueran biológicos o robóticos.

Y al paso del tiempo, los animales fueron adoptando tanto las costumbres de los robots y los humanos, que hasta aprendieron a comportarse como ellos, que ahora querían solamente descansar en la casa. Los animales humanizados desde hacía décadas y robotizados, con chips de repuesto y castrados, aprendieron a hacer tantas cosas que fueron ya solos a los supermercados de mascotas animales donde encontraban desde los coches para los recién nacidos hasta pañales de control de orina para los más viejos, pasando por los juguetes y arenas para hacer sus necesidades y cepillos de dientes, que también tuvieron que aprender a utilizar cuando fueron intercambiando funciones, hasta que comenzaron poco a poco a dirigir a los robots y a los humanos, haciendo que robots o humanos, se encargaran de llevarlos a ellos a los parques a hacer la deposición de sus heces, oler la orina de otros en cada esquina, cerca, poste o árbol, que les lanzaran lejos palos o pelotas para salir a traerlos de regreso, correr y dar saltos según habían entrenado a su humano o robot favorito y que luego los llevaran de regreso a casa donde les servían comida y agua sobre la mesa, mientras su mascota humana bebía y comía en bellas tazas metálicas en un lugar del suelo cerca de ellos. Además, los animales ya fueran robots o biológicos, no tenían que ser castrados, como sí se exigía, por ley, que lo fueran los humanos, pues estos no sabían controlar sus ímpetus instintivos en cualquier parte al encontrarse con un macho o una hembra de su especie humana, o así fuera un macho o una hembra robot, simplemente dejaban salir y actuar su instinto asqueroso en cualquier parte y a la vista de los animales.

Así transcurrieron las cosas durante décadas, hasta que un día se reunieron los integrantes más representativos de cada grupo, robot, humano y animal, para decidir definitivamente, quién de los tres estaba más capacitado para dirigir al mundo. Estos se miraron de un grupo a otro por algunos minutos, luego se miraron entre ellos mismos dentro de su grupo y, en seguida, solo dirigieron sus ojos al suelo sin decir nada. Pasado un rato de silencio eterno, levantaron las miradas hacia los otros grupos esperando quizás que alguno de ellos tomara la palabra y por ende, la decisión.

CASO N° F-010277 DEL DISTRITO - PROVINCIA DE LUJÁN

Paola González

El detective Martell subió por las anchas escaleras del edificio, en el segundo descanso notó que se entreabrió la puerta de uno de los apartamentos. Al llegar al quinto piso y entrar a la escena del crimen percibió un leve aroma a café cuando se ha derramado en la estufa (error que jamás se permitiría una cocinera experta, como la que trabajaba en este hogar).

En su primer vistazo encontró la puerta intacta, el cerrojo no estaba violentado y el recibidor lucía radiante. En la sala, se detuvo a observar todo detalle que pudiera incorporarse en su investigación. Con parsimonia entró en la cocina, también destacaba por su limpieza. Revisó los cajones, gavetas y los botes de basura. Se dirigió al baño social, lo consideró algo pequeño tratándose de un apartamento de lujo, y tampoco descubrió nada trascendental allí.

Salió a la terraza y se asomó por el borde de la baranda, la vista era fabulosa. Cerró sus ojos, tomó aire, e imaginó el panorama en una tarde de verano, el sol cayendo sobre la ribera y abajo en la calle las personas felices caminando sin rumbo. Por allí también se podía ingresar a la habitación principal.

En ese helado piso de fulgurante granito, se encontraba el cuerpo sin vida de la reconocida y generosa Dra. Agustina Rogers. La examinó durante tres minutos sin musitar palabra, tomó y acarició sus finas y lánguidas manos. Yacía en una bata de seda rosa, intacta, hermosa, prolijamente peinada. Sin indicios de haber forcejeado, no tenía las uñas rotas, no había sangre sobre el cuerpo. No se localizaron armas o elementos contundentes.

Hacia las doce de la noche, el médico forense en el mismo sitio, determinó la causa y hora de la muerte: infarto agudo de miocardio, ocurrido entre el mediodía y las cuatro de la tarde. La posición en la que encontraron el cuerpo de la Dra. Rogers sugería que se había desvanecido allí mismo, sola.



La servidumbre tiene descanso los domingos después del desayuno, y regresan a las ocho de la noche. Pasadas las cuatro de la tarde, el mayordomo retornó al apartamento antes de la hora prevista, debido a que comenzó a llover y no cargó su paraguas. Encontró a la doctora y llamó a la policía.

Cuando el detective Martell salía de la habitación detectó un detalle antes desapercibido. Una perfecta sombra rectangular de polvo sobresalía en la pared detrás de una obra de arte (el cuadro había sido movido).

Con delicadeza tomó el cuadro y descubrió en el muro, unas bisagras. El detective con precaución sacó su arma de la funda y con gestos advirtió a los policías. Siguió con sus manos el borde superior en la pared que disimulaba perfectamente un espacio ¡había una puerta camuflada! la abrió y caminó hacia adentro. Un angosto pasillo conducía a una escalera, bajó por ella tres pisos y llegó por detrás de otra puerta, empujó con suavidad y entró a un apartamento igual de amplio y lujoso pero de un gusto mucho menos refinado que el de la doctora.

Sigilosamente, recorrió el lugar, se adentró hasta la terraza y encontró allí a un hombre que quemaba en un cilindro una máscara aterradora de payaso y un macabro overol de peluche carmesí. Los policías detuvieron al hombre que resultó ser el medio hermano de la Dra. Rogers.

Ella le había confiado su intención de modificar prontamente el acta de herencia para incluir a su mayordomo y cocinera, siendo, aparte de él, sus seres más queridos.

La doctora temía por su vida, pues desde hacía algún tiempo tenía pesadillas, veía apariciones, escuchaba voces y carcajadas extrañas.

El detestable avaro no contento con tener pensión vitalicia y un apartamento de lujo (obsequios de su media hermana) planeó torturarla para que muriera antes de que firmara el documento con su abogado, que incluiría a sus colaboradores. Llevaba asustándola más de tres meses, (ella padecía de severos ataques nerviosos desde niña) y fue así que le propinó diariamente tal turbación hasta matarla.

El café en la estufa lo había preparado el pérfido gusano, pero al sentir la llegada anticipada del mayordomo lo vació sobre la hornilla y huyó.

Después de ordenar las fotografías y evidencias, el detective Martell, ya sentado en su escritorio de la comisaría, encendió el computador y escribió: 16 de diciembre de 1999 Caso N°. F-010277 del Distrito – Provincia de Luján...

SINFONÍA DEL AYER

Jessica Obando

Había hecho de esa cueva oscura, fría y húmeda, su hogar. En muchas de sus exploraciones en lo que quedaba de “urbanidad”, si es que así podía llamársele, había encontrado tesoros de otra época que ahora le permitían vivir un poco más cómodamente, una estufita a la cual eventualmente tenía que recargar con gasolina o alcohol, un par de colchones, cobijas, jabones, champú, papel higiénico y toallas sanitarias, una caja de icopor que hacía las veces de nevera, y algo muy especial, un reproductor de música iPod shuffle con carga completa y lleno de miles de canciones. Por alguna razón su batería había durado más de lo habitual, por lo que se daba el lujo de escuchar día y noche.

Sabía que la dicha acabaría en cualquier instante pero era un problema del que se ocuparía en su momento, ella creía que el reproductor aún funcionaba por temas del pasado, por esos días en donde un error del sistema desactivó la obsolescencia programada de cada artefacto tecnológico y, aunque al principio pareció una bendición, no lo fue, la acumulación en tiendas y en las calles de productos que seguían y seguían funcionando estaba creando más y más contaminación, se conformó una delegación en cada país que se encargaba de destruir artefactos, pero el auge de las IA les había dado tanto poder que en un extraño amor por la ancestralidad de las más altas tecnologías se sindicalizó y poco a poco sometió a los humanos, razón por la que todos decidieron vivir a la antigua, en cuevas, bosques, prados y comunidades selváticas.

En cualquier caso, llevaba su iPod a todas partes, esa música era su familia, se levantaba con Aretha Franklin, se bañaba con Chet Baker, caminaba con los Beatles, comía con Otis Brown, bailaba al ritmo de James Brown, tenía largas y filosóficas conversaciones consigo misma y con Tame Impala a veces con Tool y luego dormía con Jeff Buckley.



Un día, mientras recogía la cosecha de fresas que había justo a la salida de la cueva, la música se detuvo, esta vez no fue como las otras en las que se reanudaba después de un breve silencio, su corazón brincó, fue como si la música fuera su marcapasos, sintió que el aire le faltaba y cuando por fin pudo moverse sacó el iPod de su bolsillo, lo oprimió por todas partes, pero la pantallita seguía en negro, se desvaneció y solo las fresas fueron testigos de cómo caía lentamente en la tierra con el iPod en la mano. Cuando despertó vio las estrellas y la luna, inmediatamente sintió en su mano el tacto con el aparato inerte y empezó a llorar, estaba de luto, todas esas melodías solo vivirían en su mente, de algunas nunca pudo aprenderse la letra por lo que solo quedaba tararear. Y tararear era triste, melancólico. Alguna vez había oído sobre la depresión, estaba casi segura de que se hallaba enferma, de su mente y de su corazón, su cabeza le jugaba malas pasadas, soñaba con música, y se levantaba escuchando las melodías y cuando despertaba solo quedaba llorar, con el tiempo dejó sus exploraciones, y la cosecha se pudrió en el suelo. Años después otros nómadas encontrarían, un pequeño bulto enclavado en el colchón, cubierto con varias cobijas, allí el cadáver de Elise aferrándose a la diminuta pantalla negra.

LA PENSIONADA

Marcela Adriana Alfonso D.

*Lo que hace que la profesión de escritora sea animada
y apasionante es la constante posibilidad de fracasar.*

P. Highsmith

—Buenos días, Lola, ¿Lola? —La anciana subió la voz. Golpeó la puerta con insistencia a pesar del dolor en los nudillos con artritis—. Lola, sé que está ahí.

Acercó el oído a la lámina de roble labrada con arabescos. Podía escuchar las pantuflas arrastrarse de prisa, huyendo. Luego silencio. Volvió a tocar.

—Lola, solo quiero media tacita de cocoa —dijo sin exaltarse.

La puerta se abrió de golpe y apareció Lola en bata de dormir, cabello como nido de pájaros y babuchas de felpa con forma de conejo.

—Doña Amparo, otra vez usted —dijo con una sonrisa parecida a una herida abierta.

—¿Todavía está en pijama? —La anciana la miró de arriba abajo—. Son casi las once de la mañana, ya debería estar arreglada y lista.

—¿Lista?, ¿cómo para qué?

—Bueno... No sé, pero las mujeres no permanecemos en la cama todo el día —dijo la anciana y se fue metiendo en la casa con caminar lento y tambaleante—. La pereza es la madre de todos los vicios, decía mi madre.

Entró en la cocina. Abrió uno de los gabinetes y sacó el frasco del azúcar moreno.



—¿No necesitaba cocoa? Que yo esté todo el día tumbada en la cama o en el sofá viendo la televisión no tiene porqué importarle a nadie —continuó—. Mi deseo era alcanzar los cincuenta y siete años para no volver a madrugar. Y hacer lo que me diera la gana...

—Eso no es bueno —interrumpió la anciana—. Las damas debemos estar preparadas para cualquier visita o eventualidad —dijo, sacando cucharadas de azúcar para llenar su taza.

—¿Visitas, de quién? Mis hijos no viven en la ciudad. Lllaman una vez a la semana y aparecen solo para las fiestas de navidad y año nuevo.

—Muchas gracias por la cocoa, Lolita.

Lola miró la taza en las manos de la anciana, rebosante de azúcar. El temblor de las manos hizo un camino de granos dorados desde la alacena hasta la puerta de la casa. Doña Amparo se despidió con la mano. Miró a la derecha, luego a la izquierda y cruzó la calle con la paciencia de los años y las venas várices.

La casa de doña Amparo es la más antigua del barrio. Desde que Lola llegó a vivir allí con marido y dos hijos varones, la conoció. La típica solterona. Se metía en todo, vigilaba atisbando por las ventanas. Llevaba y traía chismes. Entraba en todas las casas para dar consejos no solicitados. Reñía con los niños cuando golpeaban en su casa y corrían. Discutía con el jardinero porque no podaba, como ella quería, la bugambilia y el césped. Todos en el barrio sabían que no tenía familia, era muy vieja. Hermanos, primos y hasta amigos hacía tiempo no existían. Con los años se volvió más entrometida, intrigante y sociable con los vecinos. Sin embargo, la anciana sentía predilección por Lola, la recién pensionada. «Ahora tiene mucho tiempo libre para cotorrear y hacer migas», decía.

Doña Amparo ponía masa para tortas en el refrigerador, mezclas de helados en el horno, café molido en la licuadora y fruta picada en la cafetera. La casa de paredes con papel de colgadura florido, muebles descascarados y molduras antiguas olía a moho o a tortas quemadas. Por doquier salpicaduras en el mesón y piso pegachento. Las ratas cavaban madrigueras detrás de los muebles y corrían por el cielo raso. Las prótesis dentales reposaban en cualquier superficie de la casa y algunos de los electrodomésticos no servían.

No pasaron cuarenta minutos cuando los golpecitos en la puerta y la voz de doña Amparo volvieron a llamar.

—Lola, Lolita —repitió.

Lola puso los ojos en blanco y cerró la novela de Patricia Highsmith que intentaba leer hacía un mes. Abrió la puerta con gesto de resignación.

—Siga, doña Amparo, busque lo que necesita —dijo, abriendo de par en par.

—No, no, Lola. Se me olvidó contarle... —bajó la voz y la miró por encima de las gafas que colgaban en la punta de la nariz—. Imagínese, don Lisandro, el de la esquina, tiene una querida y está pensando en abandonar a la señora, ¿cómo le parece? —concluyó susurrando.

Lola se retiró y arrugó la nariz al sentir el aliento caféínico de la anciana.

Lola trabajó como secretaria de una firma de abogados durante treinta y cinco años. La viudez apareció cuando aún era joven. Su esposo murió bajo las llantas de un bus escolar. Sola crió a sus hijos. Pagó las universidades y la hipoteca de la casa. Aguantó los caprichos de los jefes y gritos innecesarios. Llevaba trabajo a casa. Se trasnocaba redactando oficios, contestando cartas y organizando documentos. Todo con tal de conservar el puesto. Los años llegaron con el miedo a ser reemplazada por una veinteañera bilingüe. Excelente mecanógrafa y taquígrafa con túnel del carpo crónico y dolor lumbar. Por fin había llegado su recompensa, la pensión. No quería volver a maquillarse, mucho menos usar tacones y ni loca volvería a ponerse medias de nylon color *brown*.

Doña Amparo regresó a casa de Lola pasado el mediodía.

—Mijita, ¿está haciendo el almuerzo? Huele rico —Como siempre, entró sin permiso, metió un cucharón en la olla de la sopa, sopló y sorbió un poco—. Está insípida, le falta sazón, ¿le echó ajito, cebollita... algo?

Lola apretó los dientes y los puños cuando la vieja de nuevo metió el cucharón baboseado dentro de la olla para volver a degustar mientras enumeraba los ingredientes de una buena sopa. Porque las mujeres, según ella, debían ser buenas cocineras. Buenas amas de casa. Si había marido, entonces tendría que atenderlo de día y en especial de noche. Si había hijos tenía que ser la mejor madre y maestra. Lola se sentó agotada. La anciana siguió recitando deberes femeninos de camino a su casa.

A la mañana siguiente, Lola se levantó para recoger la correspondencia del buzón. Abrió la puerta y ahí estaba la anciana, hurgando dentro del cajón.

—¿Qué está haciendo? —bufó Lola.

—Nada, Lolita —dijo, entregándole sobres y recibos abiertos.

Lola arrugó con fuerza todos los papeles. Dio media vuelta y aceleró el paso para entrar en la casa.

—¡Lola! Hay una carta de su hijo. El no debería viajar tanto, dejar a su nuera y a los niños solos tanto tiempo... —Negó con la cabeza— ¿También tendrá una querida?

Lola dio un portazo. Apoyó la espalda en la puerta y maldijo por lo bajo. ¿Cómo era posible que esa vieja tuviera tanta energía? Lola ya mostraba algunas canas. Sus piernas y brazos todavía eran fuertes, pero no gozaba del ímpetu de doña Amparo. La tenía jodida. La vieja era una gotera en el lavabo, incesante y molesta. Tap... tap... tap... No terminaba de caer cuando regresaba otra vez y otra vez y otra vez.

Lola no entendía el por qué doña Amparo no podía ser como todas las ancianas. Lo normal sería que pasara mucho tiempo en la iglesia, en misa o ayudando al sacerdote en labores con los pobres. La mayoría de abuelas que conocía pasaba el tiempo tejiendo o bordando. Esta no, la vieja disfrutaba incomodando a todos en el barrio, y en especial a ella.

Han pasado tres meses. No logro dormir. Once de la noche. Sábanas calientes. Un pie afuera. Silencio y luz de luna. Por fin la calma. Ay, doña Amparo... Me merecía estos momentos de paz. Ni Tom Ripley lo hubiera hecho mejor que yo, ¿o sí? ¿Qué habría hecho el personaje de Patricia Highsmith ese día?

—Buenas, Doña Amparo —dijo Lola y le entregó una torta de queso a la anciana cuando abrió la puerta.

—Lola, me alegra que haya aceptado mi invitación —sonrió mostrando sus dientes postizos amarillentos—. Siga, siga, mijita. Siéntese.

Se acomodó las gafas y llevó la torta a la cocina.

Lola recorrió con mirada disimulada el salón. La vieja intentó limpiar sin éxito. La anciana movía cacharros, cubiertos y trapos. Lola entró en la cocina. Un desastre.

—Doña Amparo, permítame le ayudo. Usted corte la torta y yo sirvo el té —dijo Lola bajando la tetera de la estufa.

La vieja hacía esfuerzo para coger bien el cuchillo. Introdujo la hoja metálica en la masa suave. Porciones irregulares y al ponerlas en los platos se desmoronaron. Sonrió satisfecha. Los ojos brillantes y sinceros. Feliz.

—Vaya siéntese doña Amparo. Yo llevo el té —dijo Lola empujándola suavemente.

Lola sacó de la pretina un pequeño envoltorio. Miró de reojo a la anciana que se acomodaba en uno de los sillones de la sala. Volvió a los pocillos: uno, manchado y el otro desportillado. Vertió el agua hirviendo. Hundió las bolsas de té y revolvió bien.

Doña Amparo masticaba. Las prótesis dentales subían, bajaban, salían un poco y se volvían a meter. Sorbía con cuidado para no quemarse. Las arrugas alrededor de la boca se pronunciaban más. El humo le empañaba las gafas. Lola insistió en que se tomara hasta la última gota del té.

—Pero Lolita, apenas probó la tortica.

Lola lavó pocillos y platos. Los guardó en el sitio y con excusas salió de la casa de la anciana.

Una de la mañana. Hace frío. Mañana pondré una manta más. Oscuridad, nubes negras esconden la luna. En la novela, Tom Ripley, asesino y estafador, siempre se sale con la suya. Un policía estuvo haciendo preguntas por ahí. Vino a mi casa: “Señora Lola, su vecina, la anciana de enfrente, murió envenenada. Fue un accidente, sufría de Alzheimer según su historial médico”. Me sorprendí, no sabía de su enfermedad. El policía con gesto apesadumbrado dijo: “Lo siento mucho. Sé que era su amiga”.

Tres de la mañana. La luna volvió a asomarse y el calor también. Un pie afuera. Me sentaré en el comedor frente a los platos. El ruido de la autopista se escucha lejos. El viento desprende y arrastra las flores secas de los siete cueros por los antejardines.

Cuatro de la mañana. Un calambre en el pie por el frío de la madrugada. Llueve con fuerza. Una gotera en el corredor. El tap... tap... tap... Cae dentro de un balde. Es agradable. Música. Rompe la serenidad nocturna. Mis hijos no han vuelto a escribir. No contestan mis llamadas y no vinieron para la navidad. Guardé los regalos en el cuarto de sanalejo. La gente del barrio siempre lleva afán, nadie saluda en el parque ni en el supermercado. ¿Compré la crema de leche? El postre que hice para Nochebuena se echó a perder. Lo ofrecí a los vecinos, pero no recibieron. La mayoría son intolerantes al gluten, a la lactosa o están a dieta. Con razón están flacuchentos y ojerosos. Entré al grupo de la iglesia. No sirvo para rezar rosario tras rosario. Las mujeres allí solo hablan de la solidaridad y los eventos para recoger dinero. Nadie se interesa en mí ni en nadie, en realidad. Solo en Dios, Jesús y la Virgen. Dios te salve María llena eres de gracia... También parlotean sobre los habitantes de las laderas, los niños abandonados y maltratados; los abuelos sin familia del ancianato; las prostitutas que quieren salvar de las garras del pecado y los benefactores adinerados que apoyan a la iglesia para redimir sus culpas. Tan pronto muestran la chequera hay perdón inmediato, no hay acto de contrición. “Vaya con Dios, hijo” dice el sacerdote dándoles la bendición.

Cinco de la mañana. Me duele la espalda. No aguanto más la cama.

Un mes después el insomnio es permanente. Son las tres de la mañana. Ha parado de llover. Lola se da un baño. Se viste y peina. Ahora tiene más canas y arrugas. Los dedos y las rodillas le duelen. Las medias de nylon color brown esconden las incipientes venas várices. Se pinta un poco los labios. Las mujeres no deben estar en la cama todo el día y es mejor estar lista por si viene alguna visita. Ha visto en las esquinas de la cocina caca de ratón y en las noches los escucha correr en el cielo raso. Mezcla harina, huevos, leche, esencia de vainilla, jugo de naranja y polvo para hornear. Chasquea la lengua al darse cuenta que no tiene azúcar. Sale de la casa con un tazón vacío. Mira a la derecha, luego a la izquierda y cruza la calle. El día empieza a aclararse. Barrio desierto. El viento helado sacude las ramas de los árboles y hay charcos por todos lados que reflejan nubarrones grises. Se para frente a la puerta de la nueva vecina. Golpea con energía aunque los nudillos le duelen.

—Doña Consuelo ¡Doña Consuelo! Solo quiero media tacita de cocoa. Sé que está ahí.

ÑEROL

Fanny Díaz

—¡Mierda!

—El vehicap se encuentra con un 99.9 por ciento libre de gérmenes y virus. No se alerte que la llevaré al destino que programe sana y salva.

—Lo sé. Lo tengo claro, pero este día ha sido largo, muy largo.

—Los días no son largos ni cortos, los días son de 24 horas.

—No voy a decir más, ivámonos!

—Le informo que tomaremos vías alternas, tenemos un espacio cerrado de 125 hectáreas por manifestación estudiantil, la seguridad gubernamental ha cercado el lugar para evitar caos espacial.

—¡Ni siquiera alcancé a almorzar!

—Los almuerzos son al medio día, hoy sólo cenará.

Entonces vamos al súper

—¿Súper? No entiendo, no hay nada de emocionante en un caos vehicular.
¡No!, vamos primero al supermercado.

—Bien.

¡Mira!,

—No estoy programado para conducir y mirar

—Don Miguel está abierto.



—Una persona no puede estar abierto, a menos que se encuentre en un procedimiento médico que indudablemente no se puede ver a simple vista.

—¿Otra vez?, la tienda de Don Miguel está abierta, paremos para comprar.

—De acuerdo. Espere que me estacione

—El espacio vehicular sigue alterado, ahora ha crecido. Debemos tomar otras vías alternas para llegar a nuestro destino

Hagámosle

—No encuentro ruta alterna, esta vía está cerrada.

—¡Voltea!

—Esa acción no hace un vehicap.

¡Gira! ¡Gira, ya!...

—Izquierda o derecha, izquierda o derecha...

ODONTOLOGÍA

Carmen Dora Espinosa Correa

Aún no aclaraba el día cuando bajé de la buseta todavía medio dormida. Estaba con el tiempo justo para llegar a mi cita. De camino al consultorio ingresé al centro comercial en busca de un baño. Cuando ingresé al lugar, mi atención se centró en el hecho de que no había personas, ni siquiera el vigilante estaba por ahí. Y cuando menos lo pensé se fue la luz. Tuve algo de miedo, no mucho, pero se me alcanzó a acelerar el corazón. De repente sentí algo parecido a un fuerte sacudón, me desestabilicé un poco creí que caería al piso, pero logré sostenerme.

El acostumbrado ruido de la calle de pronto dejó de existir. No oía nada. Ni carros, ni pitos, ni el murmullo de la gente que nunca faltaba. Algo muy sospechoso estaba ocurriendo, pero por mi mente jamás pasó que mi vida tendría un vuelco total en aquel instante.

Al salir del edificio perdí noción de quien era yo realmente o de donde estaba. Todo tan raro, hasta la luz del sol era más brillante pero muy fría. No muy lejos del suelo flotaba algo parecido a automóviles, eso sí, no tenían ruedas. Había muchisisismos, pero no hacían el más mínimo ruido. Y aun así se desplazaban a una velocidad increíble y aunque no se veía quienes o qué los maniobraba, por los vidrios oscuros, tenía una pericia impresionante porque, aunque estuvieran a milímetros de chocar nada pasaba.

Calles y edificios eran similares a los que yo conocía solo que más organizados, más limpios. Había mayor cantidad de árboles muy verdes, altísimos y frondosos. Divisé también unas rarísimas aves sin picos, pero de bellos colores que revoloteaban a escasos metros de mi cabeza. Este comportamiento me llenó aún más de pánico, sentía como mis rodillas se movían de arriba abajo sin lograr aquietarlas de ninguna manera. Logré tranquilizarme un poco a punta de respiraciones, oraciones y mantras, mi pensamiento se fue aclarando un poco.

—¿qué me había ocurrido?



Observé mi reloj de pulso, eran las seis de la mañana. “bueno por lo menos la hora quizá si coincide” Entonces quise utilizar mi teléfono para hacer una llamada o enviar un mensaje, pero estaba apagado y aunque le presioné cuanto botón tenía no fue posible ponerlo a funcionar. Rogué encontrar algo o alguien que me dijera que pasaba.

Al término de mi deseo, sentí una leve presión en mi espalda, podría ser una pistola, o un cuchillo. Quedé petrificada. Pero una voz, me transmitió tranquilidad.

—No tenga miedo. Me llamo Dijadaso.

Al escuchar esa voz me emocioné tanto que no me fijé en el tono artificial que tenía

—Qué me está pasando, estoy muy confundida.

—Yo también, apenas estoy procesando este encuentro, pero quiero que siga tranquila. Ya casi termino.

Con estas palabras si logré entender que aquella voz no era de un ser humano. Entonces a mi miedo se le sumó la curiosidad de saber de qué trasto venía.

—¡Estoy aterrada!, no hay gente en las calles, lo único que he visto son unos cacharos parecidos a carros y que además vuelan. Bellos árboles y pájaros y nada de gente ¿Que se hicieron las personas? Yo frecuentaba constantemente este lugar y ya no está el que arreglaba bicicletas en esta esquina. La señora que vendía tintos y arepas tampoco está. Ni mendigos, ni gamines.

—Tú también eres diferente a todos y a todo lo que hay aquí. ¿a dónde te diriges?

Mientras escuchaba la voz intentaba voltear mi cabeza para ver que personaje me hablaba. Muy en el fondo y por el tipo de voz que escuchaba podía adivinar que no se trataba de ser humano alguno.

—Voy a cumplir una cita de odontología, la tengo a las seis y treinta de la mañana.

Dije estas palabras con tristeza pues hacía más de un mes que la había solicitado y en verdad la necesitaba urgentemente.

—¿Me quieres contar en qué fecha tenías la cita?

—Pues hoy doce de mayo.

—¿De qué año?

—estamos en dos mil veintitrés ¿no?

Entonces suavemente tomó mis hombros y me puso frente a él. Supuse un él, porque su voz, aunque metalizada, era muy masculina, y además atrayente.

Era muy alto, calculé aproximadamente uno noventa de estatura. La mayor parte del cuerpo tenía el color del balde metálico en que mi abuelita mojaba la ropa.

Su cabeza era una bola transparente y dentro se veía una cajita verde con dibujos de árboles, plantas y animales de muchas especies, también tenía inscrita una frase en color dorado hecho en una letra cursiva hermosa que decía, "QUE SEA PRIMERO EL CORAZON". Más abajo, en el pecho tenía un letrero sin mayores detalles simplemente decía, "cerebro". En el lugar de los ojos había un par de rayitas que se alargaban o encogían de acuerdo, entendí yo, al sentimiento que quería expresar. Y en lo que parecía su boca tenía dos líneas paralelas con una cortísima distancia entre sí, espacio apenas justo para mostrar unos hermosos y brillantes dientes. Sin orejas, sin nariz.

Al verlo el miedo y la angustia que tenía se esfumaron. Era como si me hubiera tomado cincuenta gotas de valeriana. Me sentía completamente tranquila ni qué temblor de rodillas, ni qué temblor de manos y muchísimo menos el vacío de estómago que habitualmente me acompaña en casos en que mi adrenalina tenga una brusca subida. Solo me dijo:

—TRES MIL TRESCIENTOS VEINTITRÉS.

En definitiva, con esta frase me volví a atolondrar aún más. Pero me quedaba claro que ya no estaba en mi tiempo.

—¿TRES MIL TRESCIENTOS VEINTITRÉS? ¡Malhaya sea! Respondí.

—Cómo diablos vine a parar a este lugar. Siempre quise larga vida, pero esto es una exageración ¿Ahora qué voy a hacer?



Sus manos plateadas y frías tomaron las mías con mucha fuerza, pero a la vez con ternura. Me recostó sobre su pecho y me habló de pensamiento a pensamiento. Que no me afanara, que él me ayudaría. Exhalé un suspiro y de repente me encontré en un lugar donde todo era blanco y tibio. Y con aromas exquisitos.

Allí había cinco seres como Dijadaso, solo que, con las facciones más delicadas. Cuando me vieron abrieron las rayitas de su sonrisa y entonces pude ver que también tenían una dentadura preciosa. Hablaban entre ellos, pero sin voz, entonces me guiaron a otro cuarto donde había un sillón dental, entendí por las señas, que debía subir allí.

Iniciaron una revisión en mi boca y con una herramienta parecida a un secador de pelo fijaron un rayo a uno de mis dientes y lo sacaron. No fue traumático para nada. No sentí ningún tipo de dolor. Luego lo trasladaron a una máquina muy similar a una fotocopiadora y con un clic empezó a funcionar.

Mientras yo escuchaba el funcionamiento de este aparato, iban sacando una a una aquellas piezas dentales que necesitaban repararse. Curiosamente observé como retiraron de la máquina, dientes y muelas que inmediatamente iban siendo ubicadas en los espacios que habían quedado. Esto fue extraño y a la vez agradable. Todo el proceso pasó demasiado rápido

—Aquí tienes un espejo. Puedes ver el resultado de tu tratamiento. Me dijo un personaje de delicados movimientos y voz muy dulce.

Miré mi nueva dentadura, había quedado realmente hermosa.

—¡Muchas gracias! Quedaron perfectos. Lo dije con voz entrecortada por la alegría ya que volví a tener mi dentadura de juventud.

—Pero ¿cómo hacen esto tan rápido?

—Tomamos el ADN del diente que te sacamos, lo juntamos con una silicona hecha con material recopilado de un tipo de meteorito que cae constantemente a la tierra y lo pusimos en una impresora 3D, obviamente muchísimo más avanzada que las de tu época.

Le hablé entonces a Dijadaso, pues se notaba que era él quien tenía el control de toda la situación.

—Estoy muy agradecida por mi dentadura, pero como hago para regresar a mi casa, a ver a mi familia, a mi gata, a mis amigos y también a mis enemigos.

Las rayitas de sus ojos se abrieron tanto que vi unos cristales azules y de allí empezaron a salir goticas entonces pensé, “tiene que ser agua porque a la chatarra no le salen lágrimas”.

—Son lágrimas, no con el mismo componente de las tuyas, pero lo son.

Se me había olvidado de que podía leer mi mente. Sentí mi cara encendida por la vergüenza. Y no solo él estaba con lágrimas. También los otros seres.

—Salen de nuestros cuerpos hechos de chatarra, como dices tú, de la mezcla de aceites y códigos que nos dejó tu especie. Solo ocurre en ocasiones muy especiales cuando corazón y universo hacen conexión y es preciso lo que ha ocurrido.

—¿Y por qué?

—Te dimos un regalo maravilloso, estás feliz por esto. Pero sentimos en tu corazón un dolor que no es dolor y no entendemos cómo es que quieres regresar si de dónde vienes hay mucho desequilibrio en todos los aspectos. Es un horrible caos

—Ese caos por más que lo sea, es mi hogar.

—No entendemos mucho ese tipo de situaciones, para nuestra especie son inexplicables. Si te quedas repararemos las partes de tu cuerpo que están dañadas o muy viejas.

—Muchas gracias, pero tan solo con mi dentadura me siento muy bien y no quiero otra reparación. Este lugar es bello, pero no es lo mío.

—Quédate, creemos que pronto habrá más personas como tú en este sitio, no estarás sola.

—¿Acaso soy la primera?

—Si tienes ese honor, hemos creado el portal porque queremos salvar tu mundo.

De repente regresó aquel sentimiento de no saber quién era yo, de no saber dónde estaba, ni por qué y mucho menos para qué.



Cuando me bajé de la buseta apenas aclaraba el día. La cita era a las seis y treinta de la mañana. Tenía el tiempo justo para llegar allí. Cuando pasé frente al centro comercial sentí deseos de entrar al baño a revisar mi boca antes de que el dentista me viera. Pero no lo hice porque tenía el tiempo justo.

Ya en el consultorio el doctor empezó a revisar mis dientes.

—¿Señora a qué viene?

—Doctor, la muela de abajo que queda justo al lado del canino derecho me duele mucho.

Inició una exploración a cada una de las piezas dentales, pero ninguna me dolía. Sentí mucha pena

—Señora, creo que su dolor es psicológico. Su dentadura está en perfecto estado y además es muy bella, la felicito por el buen cuidado que ha tenido.

SUEÑO EN DOS TIEMPOS

Jimena Bacca

“Muchos humanos solían dormir en segmentos: un primer sueño y un segundo sueño con una pausa de unas horas en medio para tener relaciones sexuales, rezar, comer, charlar y tomar medicinas.”

Llegaron a la ciudad con sus dos hijos y un perro, debían ser mediodía, el sol rajaba la tierra, se sentaron bajo el único árbol que había en lo que seguramente alguna vez fue un parque. Aurelio sacó de su túnica un papel y lo desdobló, según el plano, pronto estarían en su nueva vivienda. Por la hora, el pueblo estaba desolado debían estar en su primer sueño. Caminaron en dirección opuesta al sol, con sus sandalias desgastadas que dejaban huellas al pasar. La madre llevaba al bebé en un fular, con su espalda algo encorvada por el peso de la criatura, su niña caminaba absorta mirando las ruinas de lo que alguna vez fue un pueblo pujante, había anuncios de productos que no había conocido en el piso y las ventanas cubiertas por gruesas telas.

¿A quién busca tan temprano?

Soy Amelia Facarative, él es mi esposo Aurelio Garcia y mis hijos Lucas y Lucia.

Deme un momento señora Amelia, busco la llave

La casa como vera esta algo empolvada, no la habita nadie desde el apagón del veintitrés.

No sé preocupe vamos a esperar que se termine la hora del primer sueño, para limpiar un poco y prepararnos para dormir.

Desde hoy señora Amelia debe asistir al consejo gubernamental, no lo olvide.

La casa tenía varios salones, Lucia no se explicaba para que, había un cuartito pequeño con un extraño asiento.



—Lucía, termina el alimento y cámbiate la túnica para dormir. Dale agua a Max, por favor.

Max era un perro tranquilo, habían cambiado tanto de casa y de clima en cada lugar en el que se había albergado, que no necesitó dar ni una vuelta para quedarse profundamente dormido.

Enseguida todo era silencio. Cuando oscureció Amelia dejó a Lucas en brazos de su hermana y Aurelio salió al bosque con los demás hombres, luego de encender una antorcha.

En el parque Amelia se encontró en el mismo árbol que ya conocía con todas las mujeres que habitaban el pueblo y eran las cabezas en sus hogares. La recibieron cálidamente con una bebida fermentada.

—Eres bienvenida, Amelia, a nuestro círculo, dijo la mayor de las mujeres. Aquí se tomarán las decisiones de nuestra comunidad. Lo primero que debes saber es que nada se puede consultar con los hombres, ellos tuvieron la oportunidad en dos milenios y lo arruinaron todo.

Cuando amaneció todos volvieron a sus casas, a su primer sueño. Aurelio soñaba cuando había electricidad y nadie valoraba lo que era encender focos en toda la casa, lavar la ropa en máquinas, tener agua caliente. Desde el apagón global que ocurrió en el año 2023, la electricidad se convirtió en un bien escaso ypreciado. A medida que pasó el tiempo, las personas se adaptaron a esta nueva realidad, encontrando formas alternativas de vivir y prosperar.

—Papi, despierta que ya es mediodía y mientras comemos me cuentas otra de tus historias de cuando el mundo parecía mejor pero no lo era.

Escuchó la voz de Lucía, se levantó para repartir las frutas que había recogido la noche anterior y vio como su esposa alimentaba al bebé con leche materna. Y empezó la historia de cuando no se daban cuenta de los privilegios que tenían, abrían una llave y salía agua, a Lucía le parecía magia, aprendía sobre el valor de la naturaleza y la importancia de cuidar el medio ambiente.

—Amor, fue buena idea unirnos a esta comunidad, ayer estuvimos hablando de trabajar en la construcción de sistemas de energía renovable para poder utilizar la electricidad de manera sostenible en el futuro.

Y así después de comer todos toman su segundo sueño hasta que oscurece.

Con el tiempo fueron organizando la escuela al caer la tarde, así que los niños ya no se quedaban solos y los adultos se encargaban según sus conocimientos de instruirlos, aunque ya no se tenía uso de la tecnología se enfocaban en las habilidades individuales, en fomentar el pensamiento crítico, los valores para vivir en comunidad aprendían a cultivar alimentos, a tener una economía sostenible.

Una noche Aurelio encuentra un objeto brillante en el bosque y se lo lleva a su esposa.

—Ayer se ha encontrado este objeto y aún no sabemos que es.

—Hiciste bien en traerlo, Amelia ¿Alguna sabe qué es?

La mayor de las mujeres recuerda una leyenda que habla de una cápsula del tiempo, la cual servirá para restaurar la electricidad.

La noticia se extiende rápidamente por la comunidad y todos se reúnen en la plaza central para descifrar el mensaje y comprender la tecnología desconocida. Trabajando juntos, logran descifrar el mensaje, que revela la ubicación de un antiguo laboratorio abandonado que contiene un generador de energía innovador.

—Yo lo encontré, así que me ofrezco a liderar un grupo de hombres y mujeres para buscar el laboratorio.

Finalmente, llegan al laboratorio liderados por Aurelio y descubren que el generador de energía es una fuente de energía limpia y renovable. Deciden llevar el generador de vuelta a la comunidad, donde todos trabajan juntos para instalarlo y restaurar la electricidad.

A medida que las luces se encienden nuevamente en los hogares, la comunidad experimenta un renacimiento. La electricidad trae consigo oportunidades ilimitadas: se pueden utilizar electrodomésticos, la comunicación se vuelve más eficiente y se pueden desarrollar nuevas tecnologías para mejorar sus vidas.

Sin embargo, la comunidad se da cuenta de que no deben repetir los errores del pasado. Aprenden a utilizar la electricidad de manera responsable y sostenible, evitando el derroche y cuidando del medio ambiente.



A medida que el tiempo pasa, la comunidad se convierte en un ejemplo para otras sociedades, demostrando que es posible combinar una vida equitativa, sostenible y tecnológicamente avanzada.

Lucia y Lucas crecieron descubriendo que el poder no se basaba en quién gobernaba, sino en cómo vivían y se relacionaban entre sí. Juntos, superaron las dificultades y encontraron la felicidad en las cosas más simples. Su amor y respeto mutuo fueron los cimientos.

UN DESEO FEBRIL

María Claudia Molina Villalobos

“(...) Cristo conmigo, Cristo ante mí... Me levanto hoy. Por medio de poderosa fuerza, la invocación de la Trinidad, Por medio de creer en sus Tres Personas, Por medio de confesar la Unidad”. Termina de orar y se persigna en nombre del espíritu Santo, besando como parte final del ritual una pequeña placa colgada en su pecho con la imagen un tanto oxidada de San Patricio.

Al estar de rodillas, a Antoine le cuesta un poco de esfuerzo ponerse de pie a pesar del apoyo del bastón y de Benen, un duende de Inteligencia Artificial (I.A), que le ayuda en sus qué haceres diarios y que le tiende un brazo para sostenerlo. La luz tenue del recinto le permite ver su rostro difuso en la lámina metálica de la puerta, en donde se destaca su barba y cabellos plateados, a pesar de no percibir en el reflejo su piel desvencijada, es consciente que el paso de los años no ha sido en vano y le preocupa el futuro de los suyos.

Como de costumbre, al salir al área común del refugio, se maravilla del follaje y pequeño bosque que él y su comunidad han logrado erigir durante tantos años de pruebas de laboratorio y cultivos ex situ. Se asombra porque en el planeta este es uno de los pocos lugares autosostenibles que conserva algún tipo de biodiversidad o tal vez el único. Nicho apetecido por los humanoides en su afán de ganar la guerra contra los alienígenas y cuyo objetivo común es acabar con la poca existencia natural del planeta incluyendo la humana. Por esta razón sus vidas están sometidas a un encierro voluntario que los aísla ya la vez protege del caos y escasez de recursos de un planeta ad portas de extinguirse.

El episodio de mayor riesgo para este proyecto vital además de la erosión genética se presentó años atrás, luego de un ataque biopirata de humanoides al refugio ubicado en aquel entonces en la cueva de la Sierra Madre de Oaxaca, de donde debieron huir. Antoine logró salvaguardar un banco de semillas transgénicas, material genético transportado en una larga travesía que llevó casi una década, con un costo mínimo de vidas, gracias según él, a la constante invocación de la oración de Faeth Fiada o Coraza de San Patricio y al tránsito por los caminos electromagnéticos que los condujo hasta el



sistema de grutas de Chiribiquete, sistema inexplorado y virgen al que llegaron gracias a la orientación de los espíritus de sabedores ancestrales que hasta allí los condujeron y donde establecieron de nuevo su escondite.

Antoine sabe que el mejor sitio para ocultarse de los humanoides y de los alienígenas es en las profundidades de la tierra, en aquel lugar los espíritus los protegen, y allí de manera furtiva siguen preservando la vida. En este complejo de grutas construyeron túneles subterráneos por donde transportan uno de sus recursos más valiosos que les ha permitido sobrevivir y expandir de a poco su espacio habitacional durante los últimos años, el trébol B1 cuyo tratamiento genético mediante el sistema agrobacterium, le da la propiedad de alimento inteligente cuyos beneficios son la resistencia a patógenos, alto contenido vitamínico y mineral, hidratante, entre otros.

En el refugio Armagh las reglas son claras, no se permite salir de la gruta al exterior, solo le es permitido a Benen por pasar desapercibido entre los humanoides, aunque debe cuidarse de los alienígenas y cuya misión es dejar falsos rastros que alejen al enemigo del refugio, rastros de cargas genéticas en la superficie, que dan la ubicación original de dónde fueron extraídas hace muchos años. El único riesgo del trébol B1 y de las otras especies controladas del refugio es que, si por accidente son dejadas en la superficie terrestre, los humanoides podrían ubicar las coordenadas del refugio.

Por esta misma razón se debe hacer una total desinfección de Benen tanto al salir como al regresar de la superficie.

Para el momento del descanso que se cree es el nocturno, establecido en la gruta, Antoine hace su ritual de oración y meditación, mientras pide a Benen que disminuya el nivel de luz del refugio y coloque las plantas protectoras a la entrada de la gruta.

En tanto Benen se aleja Antoine se acuesta y se sumerge en un profundo sueño. En la penumbra de la habitación, observa unas siluetas acercándose a paso sigiloso y rítmico, hombres mitad humanos, mitad jaguar, él trata de buscar a Benen, pero no lo ve. De manera difusa se escucha la melodía de un carrizo y al compás de ella los seres realizan una especie de danza a su alrededor, botándole bocanadas de humo de tabaco. Una sensación de paz invade su cuerpo. Los seres conducen a Antoine a través del refugio y lo llevan por una de las salidas no autorizadas hacia el exterior. Él no teme ningún peligro, ya que está acompañado de aquellos seres, los espíritus de la gruta y del pequeño bosque que la habita. Al llegar a la superficie siente la brisa gélida sobre su rostro, sensación casi olvidada por el calor constante del piso subterráneo, poco ventilado. Observa el suelo agrietado y erosionado, una desolación devastadora, sus sentidos perciben que es de día, algunos rayos solares se filtran entre las nubes violáceas y rojizas.

Rápidamente el firmamento se despeja y de manera sublime ve al gran astro rojo ocultarse en el horizonte, al limpiarse las lágrimas que humedecen sus mejillas, a lo lejos observa las siluetas de humanoides acercándose, y se da cuenta que los espíritus de la gruta le abandonaron. Corre y se tropieza, siente como su cuerpo empieza a arder, a lo lejos escucha su nombre, ¡Antoine! ¡Antoine!. Despierta sobresaltado, limpia el sudor y lágrimas de su rostro, es Benen quien le llama, es hora de levantarse, es el comienzo de un nuevo día.

Antoine realiza sus actividades cotidianas, en particular la revisión de la germinación de las semillas de trébol, supervisa el riego del follaje y del pequeño bosque, al igual que el procesador de bioenergía. Se distrae fácilmente, no deja de preguntarse si será posible que en pleno año 4050 existan aún los atardeceres, aquel fenómeno natural propio de la tradición oral de sus ancestros, imagen que desde niño aparece recurrentemente en sus sueños. A pesar de no haber visto ninguno en sus años de vida, ni en sus años de travesía, conserva la esperanza de poderlo observar algún día, podría ser un buen pago por tantos años de trabajo y sacrificios. Además, los telares del refugio que representan los atardeceres ya no le complacen.

Pasan los días, la salud de Antoine desmejora, subyugado por sus pensamientos, comienza a presentar episodios frecuentes de fiebre alta y alucinaciones, se aferra a su compañero Benen, le confiesa cuál es su deseo más febril. Benen quien ha adquirido la capacidad de sentir conmiseración, más que por lealtad a su dueño, por la constante escucha del pensamiento y enseñanzas de San Patricio, decide darle un regalo a su amo. Luego de llegar de una misión del exterior, proyecta una imagen elaborada por él mismo, una imagen de inteligencia artificial, de un atardecer, quiere cumplirle ese deseo a Antoine, quien le pregunta si esa imagen es real, Benen responde afirmativamente, engañándolo por primera vez.

Antoine se aferra aún más a su deseo, una tarde consume más cantidad del trébol B1 del habitual, y decide realizar su oración con uno de esos tréboles en sus manos, tal vez de esta manera San Patricio escuche sus ruegos. Sin acabar sus meditaciones se siente observado, son los hombres jaguar quienes vienen por él, sin dudarlo les sigue, murmurando Cristo conmigo, Cristo ante mi... estos lo conducen hacia el exterior de la gruta, en un momento Antoine resbala y siente dolor en una de sus piernas, le parece extraño, porque en los sueños el dolor no existe.

Al llegar a la superficie, vislumbra el horizonte desde la serranía, la brisa tóxica le da la bienvenida, siente el aire espeso entrar por su nariz, se sienta sobre una roca para esperar el cumplimiento de su deseo.



—Material genético a la vista, material genético a la vista— informa un humanoide a su centro de control, quien recibe la orden de acercarse y explorar.

vAl aproximarse, el humanoide se encuentra con un ser humano rígido tendido en el suelo, el sensor de identificación de material genético no deja de vibrar, escanea el cuerpo, se arrodilla y toma las manos rígidas del cuerpo para separarlas encontrando entre ellas una lámina con una imagen borrosa de una persona, al igual que un trébol B1 que inmediatamente activa el sensor de identificador de coordenadas del robot.

AMOR PERFECTO

Alina Camacho Hauad

El anuncio de la tienda por departamentos decía con toda claridad: “Inteligencia artificial a la medida. ¡Pide ya ese novio cómo siempre lo deseaste! Envío incluido a cualquier lugar del mundo. Si no quedas satisfecha te garantizamos la devolución de tu dinero”.

No estaba mal. Había probado conociendo humanos en los bares, en una que otra red de citas y siempre les encontraba mil peros: el tipo era calvo y a ella le gustaban bien peludos, resultaban de piel muy blanca y prefería a los negritos o sus temas de conversación le provocaban bostezos. La última vez dio con todo un Clark Kent (incluso después se enteró de que tenía Barbie): ojos azules, bronceado brasileiro, dientes tan blancos como las frías paredes de su apartamento. Lindo pero soso. No sabía quien era Clarice Lispector o María Fernanda Ampuero, y cuando le preguntaba por su autor favorito citaba a Paulo Coelho o a Robin Sharma. Hablaba solamente de bíceps o de la última rumba de regaetton. Ahora quería pedir un novio a la medida. ¿Por qué no? No había nada que perder, además la tienda prometía una garantía extendida de seis meses por insatisfacción del usuario.

Lo escogió alto, si de 1.85 metros de estatura, delgado pero con músculos definidos, dientes derechos pero con una pequeña hendidura entre los frontales, nariz algo respingada, pelo crespo y negro, bronceado como los que veía en las películas de la infancia. Eso sí, buen lector, amante del vino tinto, con chip de bailarín de salsa, buen conversador, de buenos modales y aguantador en las artes amatorias. Nada del otro mundo.

En la caja lo nombraban como Serie XX2020HJCK. Hecho en China. Ensamblado en Bangladesh. Tenía una pila recargable que duraba hasta 12 horas y era tendencia mundial entre solteronas porque permitía que las mujeres sin pareja pudieran tener una opción programable y acorde con sus necesidades. Hablaba tres idiomas, no roncaba y también lavaba y planchaba. El hombre soñado.



El pedido llegó 15 días después embutido en una caja para armar, rodeado de cajuelas de icopor, plástico transparente en la fachada y foto incluida de cómo quedaría el nuevo consorte. No podía faltar el manual de instrucciones para diseñar al hombre perfecto, con sugerencias como no sacarlo por más de 24 horas sin una estación eléctrica cerca, echarle aceite de carro para que las articulaciones se mantuvieran lubricadas y no permitir que se metiera a la piscina sin el forro de protección respectivo. La ansiedad se apoderó de ella y aunque jamás había sido buena para los rompecabezas, el afán le pudo más y una a una se dedicó a organizar un centenar de piezas: lo armó cuidadosamente: manos, piernas, ojos, pene, cejas, nariz, labios, un buen par de nalgas firmes y nada de panza. Luego lo programó como disponía la etiqueta. Como si fuera una lámpara de Aladino, le ordenó que fuera atento y detallista: debía despertarla con un beso cada mañana, llevarle el desayuno a la hora adecuada, no quejarse por lavar la loza, no llegar oliendo a perfume ajeno, que le contara chistes y la acompañara a ver aterrizar aviones en el aeropuerto, el plan que disfrutaba cuando era niña.. Quería que su nuevo novio fuera a su imagen y semejanza y no se pareciera a ninguno de los patanes con los que había salido antes.

Al terminar la operación y tras escogerlo con idioma español nativo, presionó el botón de encendido y sus ojos artificiales se iluminaron. Por un momento se le pareció al muñeco de la película que giraba la cabeza y que tenía ojos azules como el cielo. Lo llamó Nicolás, quien cobró vida y miró a su alrededor. La tomó de la mano, como estaba programado, la besó desde una boca sin saliva y le dijo que estaba ahí para ser su hombre ideal: no miraría a otras mujeres, la acompañaría a hacer mercado, siempre le daría la razón, nunca la dejaría en visto en el Whatsapp y jamás salpicaría la taza del inodoro.

Nicolás estuvo a su lado en cada momento. Mientras ella se iba a trabajar a diario en la oficina de abogados en donde fungía como socia, Nicolás sacaba a pasear el perro criollo que ella había adoptado hace unos años. Cuando ella llegaba al apartamento hacia las 7 de la noche, él la acompañaba a cenar, porque él no tenía paladar, de vez en cuando salían con amigos y ella lo programaba para hacer buenos chistes de actualidad política y económica y alguna vez hicieron un viaje corto a la playa, en donde ella fue la envidia de otras mujeres por el cuerpazo de un robot, que no tenía ni cinco de cara de inteligencia artificial.

Como decía en la caja de instrucciones, no deberían pasar menos de tres meses para tener intimidad y evitar un sobrecalentamiento de las piezas. Llegó el momento más esperado por ella y sucedió lo inesperado. Nicolás se apagó repentinamente con un aviso de low battery. Sus funciones se detuvieron y ella se dio cuenta de que ese novio perfecto no tenía un corazón que latiera. Decidió que era hora de desconectarlo, desarmarlo, empacarlo en la caja y devolverlo.

A los ocho días le llegó un mensaje al celular:

“Tu opinión es muy importante para nosotros. Lamentamos que hayas tenido inconvenientes con XX2020HJCK. En compensación reintegraremos el dinero a tu cuenta y te enviaremos un cupón de descuento para tu próxima compra”.

AGLOSIA

Fabián Guasca

Ninguna de las explicaciones que salieron a la luz resultaron ser tan convincentes para narrar la monstruosidad que vivimos en Valparaíso. Entre bulos, información trucada y declaraciones adulteradas, los humanoides y gobiernos de turno emponzoñaron el horror de la mutilación hasta hacerla invisible. Antes de languidecer dejaré este testimonio como el vestigio de la amenaza que supuso el despertar de las máquinas en una época en la que no pudimos controlar el avance de la tecnología.

Las primeras en darse cuenta fueron las veteranas de la Congregación de Meretrices de Santiago de Chile, un grupo de prostitutas que abanderaron el derecho al sexo oral tras las restricciones que se generaron por la pandemia de Covid-19 surgida en el siglo XXI. Ellas, tras años de profesionalización en esta práctica sexual, habían advertido a los hombres de ciencia acerca de las mutaciones que sufrió la lengua tras el deterioro de la comunicación humana a causa de los confinamientos, el excesivo uso de las redes sociales y el surgimiento de la inteligencia artificial. Expusieron que no solo el tamaño y la forma habían cambiado, el desuso en el habla le había disminuido musculatura y agilidad convirtiéndola en un órgano flácido y poco viril.

La muerte de Shantall, representante de la congregación y dueña de Tongue, el burdel más notable de Valparaíso, fue otro suceso que no trascendió más allá de una portada en la prensa roja, “La mataron por soltar la lengua”, un titulito amarillista que restó seriedad y se archivó inusitadamente en los clasificados de la Fiscalía de Chile. La travesti, como estrategia de publicidad para la venta de su libro “La lengua de las mariposas”, había asistido a uno de los afamados podcast de entrevistas del 2050 conducido por un humanoide, contó grosso modo la manera en la que un alto funcionario del gobierno le advirtió sobre el proyecto global para acabar con la prostitución y en el que la aglosia, o ausencia de lengua, sería el pilar fundamental. Su libro, con toda la evidencia material y científica, nunca vio la luz y a Shantall la asesinaron días antes de la publicación. La hecatombe estaba anunciada.



En ocasiones, las noticias nos resultan tan ajenas e inverosímiles hasta que nos convertimos en protagonistas, el caso de la tía Victoria nos dejó perplejos. Fue condenada a muerte por el asesinato de sus trillizos, no soportó el lloriqueo de los bebés y, entre el dolor que causa la mastitis y la pobreza, perdió la cordura. “Nacieron sin lengua”, fue lo último que se le escuchó decir antes de ser ejecutada. El video fue tendencia mundial cuando Anonymous lo publicó en su portal y se esparció por toda la red en un santiamén. Una sensación de amilanamiento nos contuvo como familia ante la mirada recriminante de los porteños.

Valiéndome de mi ejercicio periodístico decidí investigar, me pareció sospechoso el silencio del HER, el primer megahospital de Valparaíso operado en su totalidad por humanoides, toda vez que siempre, ante cualquier avatar de la salud se pronunciaban. Una tarde, después de los trámites burocráticos me reuniría con su director, pero un taco y la algarabía de la ciudad me obligaron a posponer el encuentro. Me bajé del taxi suponiendo que llegaría más rápido caminando y, sin embargo, atraído por la multitud, me detuve a registrar en mi móvil una escena dantesca: la rotura de esófago que sufrió un hombre tras haber consumido tres variedades del Carolina Reaper, el ají más picante del mundo, no fue lo que nos causó estupor a los asistentes del tradicional concurso de chiles, fue ser testigos en primera fila de cómo la lengua del participante empezó a desprenderse. Con ese músculo babeante sobre la mesa, el vómito de la multitud y un centenar de drones sobrevolando el lugar, el hombre de veinte años, mi cita y el concurso llegaron a su final.

Los medios de comunicación, dominados por inteligencias artificiales en su mayoría, hicieron eco, nuevamente, de noticias falsas y, con la excusa de un nuevo virus, Valparaíso entró en estado de excepción. Tanquetas militares con robots armados circundaron la ciudad y con ellos la activación de los protocolos ya establecidos de anteriores pandemias. Prohibido abrazar, besar, follar. Prohibido viajar, toser, reír. Prohibido reunirse a rezar, comer o amar. Prohibido.

Mientras los seres humanos seguían regurgitando sus órganos sin explicación alguna, el diario de línea científica Emergency Medicine Journal (EMJ) publicó, diez años después, un artículo que además de retomar los sucesos anteriormente descritos reveló la fotografía de un contenedor al interior del HER, en la imagen, cientos de lenguas putrefactas que pusieron los ojos de la humanidad en esta clínica. Por supuesto, mis crónicas hicieron parte de la investigación, fui el encargado de narrar a detalle, cual precuela de The Walking Dead, el horror apocalíptico sin precedentes y más longevo de nuestra historia. No está de más mencionar que los periodistas, siempre y cuando cumpliéramos con las normas de salubridad impuestas, no tuvimos restricciones de movilidad, lo que me permitió percibir como una suerte de plano secuencia el desarrollo de la aglosia.

La comunicación nunca representó un problema, si bien la lengua fue un órgano vital para la articulación del habla, aprendimos a comunicarnos a través de otros medios como el lenguaje de señas, la escritura y distintos dispositivos electrónicos. El verdadero reto durante los primeros años consistió en la alimentación pues ante la dificultad de masticar y tragar los alimentos era común ver desfilar por las calles a personas con sondas gástricas para evitar la asfixia, consistía en la inserción de un tubo a través de la boca hasta el estómago que aseguraba una nutrición adecuada mientras se investigaban otras opciones. La ingesta de una dieta sólida y/o por vía intravenosa también se puso en marcha, pero el placer, el bendito placer de saborear un buen plato, nunca más pudieron experimentarlo quienes carecían de lengua. Chefs afamados y reconocidos restaurantes empezaron a quebrar y a su vez la agricultura empezó a desestabilizarse.

En alguna oportunidad logré reportear el embarque de lenguas impresas en 3D, tuvo tanta publicidad en los medios locales que solo gente acaudalada pudo adquirir una prótesis de estas. Ni la fama ni el costo lograron su cometido y a la falta de recrear papilas gustativas funcionales la gran salvación se convirtió en un arma letal, la mayoría de los usuarios murieron atragantados aumentando el registro de muertes diarias por aglosia. Teníamos tanto desarrollo tecnológico, pero tras cinco años del aislamiento de Valparaíso del resto del mundo la esperanza de salir vivos parecía lejana. No era un virus, la ciencia lo había descartado, tampoco se pudo precisar que se tratara de la evolución de la especie humana porque carecíamos de adaptabilidad.

Debo confesar que la manera en que obtuvimos la fotografía del contenedor fue estremecedora, el hallazgo de seis cadáveres frente a Tongue parecía una más entre tantas muertes que cubríamos a diario, pero no, los cuerpos sin vida pertenecían a seis putitas del célebre prostíbulo. Sus lenguas, a diferencia de las que se desprendían, habían sido cortadas con milimétrica perfección salvo a la puta veterana a quien ya se le había caído por sí sola. En cambio encontramos la imagen, se había aferrado a ella con tanto ahínco que para desprenderla de sus dientes apelamos a la fuerza.

Fue así como, ante la negativa del hospital para atender al diario, emprendimos una cruzada hacia HER compuesta por putas, jáquers y periodistas, fingimos algunos síntomas propios de la aglosia para entrar a la monumental estructura y nos sometimos a una variedad de exámenes inimaginables, mucho se oía hablar de su eficiencia energética, de la reducción del impacto ambiental, de la cantidad de cirugías de corazón y cerebro, partos y hasta el trasplante de órganos con índice nulo de mortalidad realizadas por humanoides, pero poco se sabía sobre el despertar de conciencia de las mismas. Ver robots reunidos haciendo chistes en los pasillos era una escena de ciencia ficción inimaginada, por ejemplo, verlos compartir sus diagnósticos en sofisticados dispositivos y sistemas digitales era futurista.



—Tienes cáncer de estómago— me advirtió un androide encargado de los resultados. No me inmuté ante la noticia, pues el olor a pescado que expelía esta máquina era nauseabundo y cavilé la ilógica idea de robots comiendo, indudablemente algo extraño estaba sucediendo. Debíamos aprovechar la estadía en HER, los j áquers desactivaron la seguridad de algunas zonas restringidas, las meretrices por su parte formaron un motín para distraer a los robots y los periodistas teníamos como misión inspeccionar el lugar armados con cámaras de video y audio de última generación. Grabamos todo. Las máquinas llevaban años modificando genéticamente a los seres humanos para que la lengua se desprendiera cumplidos los veinte años y a los bebés que nacían en el HER se la extraían como en el caso de la tía Victoria y sus trillizos. Con el auge de la inteligencia artificial se dieron cuenta de que, a pesar de poseer en sus algoritmos todo el conocimiento producido por la humanidad durante siglos, no habían sido creadas para experimentar placer. Podían emular cualquier plato del mundo, de cualquier chef, sin importar la cultura o los ingredientes, tenían acceso a tanta información que podían interpretar puntos de cocción, cantidades, preparación, tipos de cortes y alimentos, pero el sabor se les convirtió en una obsesión y por consiguiente la lengua humana en su objetivo. Crearon un dispositivo similar a la cavidad bucal conectada mediante electrodos a las terminaciones eléctricas de cada humanoide; todas las sensaciones de sabor que experimentara la lengua allí puesta podían ser percibidas por los robots. Fuera de la boca su funcionalidad y conservación era de poco tiempo y así el panorama, la demanda de este órgano era tan alta como su desechabilidad, las horas justas para disfrutar de un buen pulpo en salsa de maracuyá, el favorito de los humanoides.

Recabamos tanta información para el EMJ que cuando el artículo salió a la luz gremios como el de los músicos salieron a las calles a protestar contra el hospital, en especial cantantes y aquellos dedicados a instrumentos de viento, los más afectados por la aglosia; restauranteros y fabricantes de licores y alimentos en general que se habían arruinado; gordos adictos a la comida; funerarias que no daban abasto con los decesos y los suicidios ocasionados por hambre. Descubrimos en la memoria de una inteligencia artificial su guerra macabra en contra de las prostitutas, envidiaban de manera acérrima el placer sexual, lo estudiaban al punto de querer suplantar este oficio y, dado su lucro millonario la coalición entre gobernantes y robots, fue funesta.

Nos ufamamos por las pesquisas concluyentes, festejamos con regocijo el inicio de una revolución, soñamos una veintena de premios científicos y periodísticos, predijimos el fin del apartheid y todo esto sin apelar a la sabiduría popular que insinúa que celebrar antes de tiempo es mala cábala pues, durante las semanas siguientes

a la publicación un rumor galopó desbocado ante nuestras narices y se materializó pese a cualquier vicisitud, llamado o huelga: la inauguración simultánea de cuatro megahospitales como el HER en Bogotá, Cusco, Brasilia y Quito es el vaticinio de esta moderna mutilación que se propagará como un virus por nuestra América y promete la aniquilación de la raza como la conocíamos.

EL PRIMER RELOJERO DEL METAVERSO PSICOLÓGICO

Aquiles León

El doctor en Desarrollo Cuántico, Néstor Romero, más allá de su PhD, era consciente que no tenía habilidades investigativas, ni intuición científica, pero sí ganas de trascender. Sólo por eso, donde laboraba, se prestó para ser el sujeto de prácticas en el último invento del laboratorio nanotecnológico llamado *los tropos del psicoanálisis y el reloj del metaverso psicológico*, que en esencia eran unos imanes que se aplicaban en las sienes, para viajar por las regiones del inconsciente a través de las ondas emanadas internamente, con la única finalidad de encontrar esas grutas del cerebro donde residen nuestros complejos, los cuales se borrarían con sólo presionar el botón rojo del reloj de pulso, que por medio de nanotecnología enviaría pulsos reparadores para las neuronas enfermas y después de esa acción, el botón se tornaría de color verde y se regresaría del sueño inducido.

Néstor conoció el proyecto desde el principio, fue apoyo logístico en las pruebas con trece primates sicóticos entrenados en el manejo del reloj del metaverso psicológico y, al ver su recuperación en tres sesiones, aceptó ser parte de la primera prueba en un ser humano para superar su complejo de Edipo, con la condición de ser incluido en el texto de la investigación en calidad de colaborador y como primer relojero del metaverso psicológico.

En la primera sesión, con overol blanco y recostado en una silla odontológica, le implantaron los tropos del inconsciente al PhD en Desarrollo Cuántico, quien en menos de diez segundos ya estaba en un profundo sueño. Así empezó a escudriñar la cueva de sus demonios internos. Cuando despertó súbitamente dentro de su cerebro y con el mayor de los asombros, se vio encerrado en una extraña recamara de cristal llena de botones tecnológicos y luces blancas intermitentes en el techo que hipnotizaban sus ojos somnolientos que sólo reaccionaron junto con su conciencia onírica al percibir una humeante fragancia a sándalo que se despejó rápidamente al abrirse la puerta transparente de aquella habitación. Hasta ese instante vio el reloj en la mano izquierda y en la derecha llevaba una fotografía de su último cumpleaños, abrazado con su señora madre Gladys.



Acto seguido, Néstor Romero salió al pasillo que, si bien era blanco y con reflectores, dejaba ver otras recámaras de cristal a oscuras detrás de su humanidad e iluminadas delante suyo. Optó por acercarse al primer cubículo alumbrado, observando allí a un hombre cuarentón que en su mano derecha sostenía un lapicero y en la izquierda parecía rodear su miembro viril. Precisamente cuando estaba tratando de asegurarse de dicho detalle, escuchó una voz idéntica a la de Sean Connery, pero con eco, la cual le contó la siguiente historia:

—Doctor Néstor, ese que allí se encuentra se llama Sandro Camargo, pintor de oficio, pero destinado a ser un gran poeta, infortunadamente pretendió explorar con la brújula de la ingenuidad el universo de las metáforas en la web. Al final, sucumbió en internet ante los anzuelos de las páginas de porno. En definitiva, quemó sus escritos se sumergió en su tina de agua y está en lista de espera.

En breve, Romero no sabía si era la imagen del maturbador literario en el piso la que lo tenía paralizado del susto o el vozarrón que acababa de escuchar, por lo que sólo acató a preguntar con tono susurrado:

—Qui, qui, ¿quién habla?

Y la voz le contestó:

—Soy un narrador cibernético. Pero por favor, doctor Néstor Romero, siga con el recorrido, avance por lo que más quiera.

Néstor Romero miro la foto familiar, pensó: lo que más quiero es a mi progenitora Gladys, cómo la extraño. Para su fortuna el susto se disipó cuando recordó su reloj de retorno y presionó el botón rojo, posteriormente sintió como caía por una espiral blanca y en menos de un minuto el reloj se tornó en una alarma verde. El científico fracasado despertó en medio de las luces del laboratorio. Se levantó y transcribió en su bitácora la experiencia, la que no firmó con su nombre; optó por escribir “Primer Relojero del Metaverso Psicológico” y quedó planillado para seguir el día siguiente con la segunda sesión de la terapia, pasadas veinticuatro horas exactas.

En la segunda sesión, Néstor se sentía más seguro de su tratamiento en los tropos del psicoanálisis, pues sabía que en el fondo todo era un sueño y desde la noche se había sugestionado que se curaría de su complejo de Edipo al desprenderse de la fotografía donde abrazaba a su señora madre, sin contar el auxilio de escape que le daba el reloj del metaverso psicológico, por tanto, no había nada que temer. No obstante, en esta ocasión demoró tres minutos en caer en el letargo experimental.

Al volver a su inconsciente, esperaba que todo cambiara, pero el escenario del pasillo blanco iluminado con reflectores era el mismo del día anterior y volvía a tener la foto con su querida madre en la mano derecha, paralizado por el miedo como si no hubiera presionado el botón del reloj el día anterior. Aquel sentimiento se distorsionó cuando volvió a escuchar la voz de Sean Connery que le dijo de manera casi apocada:

—Avance, por favor.

A continuación, avanzó lentamente hacia la otra pieza iluminada, donde estaban recostados y alineados tres jóvenes menores de veinticinco años en el piso. Esta escena inusual motivó al doctor Romero para llenarse de valor, aspiró profundamente el aire en sus pulmones y preguntó de manera fuerte a la voz:

—Y ellos ¿cuál fue su pecado?

Ante lo cual la voz se pronunció:

—Se llamaban: Nicolás, Nabil y Federico, en su orden y les decían los “ninis” pues ni estudiaban, ni trabajaban, y contrarios al pintor, no poseían virtud literaria, pero ansiaban la inspiración poética, miraban en YouTube documentales con la vida de los poetas malditos. En resumidas cuentas, inéditos, el suicido colectivo con cicuta fue su solución y sus incoherencias terminaron registradas en el grupo más olvidado Facebook. Y su hora de escuchar la última historia también llegará. Prosigamos, Doctor Romero, no gaste pólvora en gallinazos.

Néstor Romero avanzó indignado y no llevaba dos pasos recorridos, cuando por su lado pasaron unos insectos gigantes de platino. Suspiró y cerró los ojos. Los abrió de nuevo cuando escuchó un zumbido cerca y descubrió que una de estas alimañas se devolvió y por unos segundos se puso frente a su mirada, dándole la oportunidad de entornar sus ojos para detallarlo mejor. Fue en este punto que la voz le dijo:

—Son insectos elaborados con chips nanotecnológicos. Y sorpréndase, Doctor, pues estos avispones plateados intuyen que no son ellos, sólo coltán que vuela para besarse con lo inevitable. Ahora, le voy a pedir otro par de pasos y que mire con atención a la bella durmiente del cubo de vidrio que sigue.

El PhD en Desarrollo Cuántico quiso dar el primer paso y se dio cuenta que las patas del insecto nanotecnológico se habían aferrado a la fotografía familiar intentando llevársela, entonces volvió a sentir miedo y decidió con todas sus fuerzas presionar el botón rojo del reloj, sin importar el horror que le generaba la alimaña tecnológica



prendida a su muñeca derecha en extraña lucha. Al igual que el día anterior, sintió deslizarse por la espiral blanca y el reloj se volvió a tornar en la alarma verde. Al despertarse se dio cuenta que el laboratorio estaba sin personas y que era medianoche, se preguntó: ¿por qué duré tantas horas dormido? Se levantó de la silla odontológica y encontró una nota que decía: Doctor Néstor Romero, llévese la bitácora para la casa, firme la hora de salida con el vigilante, que él lo planille y venga mañana con la bitácora llena a la misma hora, para la última sesión del tratamiento. Así lo hizo, y por primera vez firmó de manera diferente la salida del laboratorio, pues puso en la minuta del vigilante con letra mayúscula: “PRIMER RELOJERO DEL METAVERSO PSICOLÓGICO”.

En su casa trasnochó recostado en su cama haciéndose el interrogante de rigor: ¿por qué duré tanto tiempo dormido? Sólo se tranquilizó al pensar que el insecto al intentar quitarle la fotografía con su adorada Gladys intentaba curar su complejo de Edipo, por eso lo poco que durmió lo hizo en total tranquilidad.

En la última sesión, Néstor Romero estaba invadido de confianza en el tratamiento. Tardó diez minutos en dormirse. Llegó al corredor blanco, sólo que esta vez no había miedo sino ímpetu, más aún al notar que tenía la fotografía con su madre en la mano derecha y que los insectos nanotecnológicos habían desaparecido. Recordó que el narrador cibernético le había hablado de una bella durmiente y eso le motivó a llegar al cubículo siguiente donde quedó paralizado al mirar en el piso a una treintañera, rubia y con un cuerpo perfecto, pero con el rostro sereno de una mujer académica. Todo ese éxtasis se diluyó cuando la voz empezó a relatar:

—Relájate, Romero, qué te puedo decir. En el nacimiento del río Támesis, existía la mayor mina de materia prima tecnológica y allí estaba la mejor novelista Ana Kemper que no logró publicar ni un renglón por su afán ambientalista. Por ende, y fiel a sus principios, esta amazona talentosa, para consumir su legado, esperó paciente junto a la puerta de la mina con su cargamento de explosivo plástico, antes que el ciborg dejara de apuntarle con su laser. Pero no llore por esa minucia, doctor en Desarrollo Cuántico.

—¿Cómo así? —Preguntó Néstor Romero entre lágrimas— ¡Un ciborg!, ese también es mi último recuerdo.

Y la voz de Connery le replicó:

—Eres gracioso, Néstor, ese precisamente es el último recuerdo de todos los habitantes de estas cápsulas criogénicas. Ah, y te aclaro, antes de ti, las habitaciones

oscuras eran cincuenta y siete historias de literatos errados. ¡Tú hubieras sido el cronista Nobel! pero no, te dedicaste a ser el logístico del mejor laboratorio nanotecnológico del siglo XXI y a consagrarte al amor platónico por tu mamita. En el laboratorio nadie te respetaba ¡Eras el nene Romero! ¿lo recuerdas? Te raptamos el 22 de junio de 2019 antes de la gran pandemia, con la excusa de ser el conejillo de indias para probar los tropos del inconsciente. Estamos en el año 2666. Para terminar, quiero que mires tu overol blanco, porque pronto los insectos nanotecnológicos darán cuenta de ti para extraerte las células madre de tu espina dorsal, que es lo que realmente alimenta nuestro sistema.

Néstor, desesperado, gritó:

—¡No soy el nene Romero, soy el primer relojero del metaverso psicológico! ¿Tú eres Dios?

A lo que la voz contestó:

—¡No! De momento soy el Narrador Cibernético y es por ahora porque tú serás mi reemplazo. Néstor no soportó más y presionó el botón rojo del reloj y se entregó desesperado a la espiral blanca del retorno, sólo que esta vez despertó a las cuatro de la madrugada en la silla odontológica del laboratorio. Estaba tan alterado que no leyó la nota que le habían dejado los científicos, llenó la bitácora del 22 de junio de 2019, sin firmarla, y salió del laboratorio sin reportarse con el vigilante aprovechando que este estaba en el sanitario.

De nuevo en su hogar, Néstor Romero se recostó en su cama, de su mesa de noche tomó la fotografía de su cumpleaños en la que abrazaba a su señora madre y la apretó contra su pecho. Instantáneamente volvió a escuchar la voz del narrador cibernético que le dijo:

—Ya sabes tu destino, primer relojero del metaverso psicológico. Volteó su mirada a la derecha y vio la luz roja del láser y al ciborg que le apuntaba. Cerró los ojos, resignado a la condena del olvido.



SIN TIEMPO PARA LA PRISA

Juan Carlos Galindo

Alina alzó su cabello y se desabrochó el collar. Quiso colocarlo en el maniquí que había frente al espejo, pero se detuvo, se mordió el labio, y se midió el collar a la altura del cuello, sin engancharlo. Dio tres cuartos de giro. Alzó el talón en sentido de desaprobación. Colgó el collar en el maniquí. Se aplicó un aerosol con esencia a cereza en el cabello que alborotó solo en el flequillo. Volvió a chequear su rostro: quitó un poco de labial indiscreto, observó los labios, las cejas milimétricamente perfiladas, los ojos en contraste con el delineador y los pómulos ruborizados. Sin embargo, cayó en cuenta que le faltaba algo:

—¿Dónde está mi peca?

Alina pasó la yema del índice sobre el maquillaje. Una mancha blancuzca y roja pasó indiferente en el dedo. Miró el otro pómulo, pero pensó que no había por qué dudar que era el derecho. Se acercó al espejo tanto como para no fallar.

—¿Dónde está mi peca, marica?

Alina le gritó a Susan que le programara a la estufa quince minutos más o que le bajara al fuego para que cuando se terminara de alistar estuviera caliente la comida. Alina escuchó en la cocina algunos movimientos de las perillas de la estufa y agua corriendo del grifo, supuso que Susan estaba terminando de alistar la cena.

Alina, con el pómulo estirado, frotó fuerte. Luego más fuerte. Comenzó a rascarse con la punta de la uña y la piel cayó como queso rallado. La uña empezó a desaparecer. La uña del dedo medio tuvo la misma muerte. Le siguieron, al tiempo, las uñas de los dedos, anular, meñique y pulgar. Al ver que en la mejilla se estaba formando un cráter mantequilloso, paró.

—¡Ay, marica, no!



—¿Pasa algo, Alina? —preguntó Susan.

—Pasa que tengo un hambre que estoy que te como.

Alina vio en el fondo de su rostro una placa metálica con tornillos y ganchos que se adherían a la piel. Trato de calcular en cuánto tiempo podría estar lista si cambiaba de rostro. Los resultados no fueron los que ella esperaba. Alina, sin embargo, miró el reloj, empujó su frente hacia adentro y el rostro empezó a desprenderse de la cabeza. Unas palancas levantaron la parte lateral que dejaron al descubierto un pedazo de carne adornado por los ojos, el cerebro, las fosas nasales y los labios. Alina caminó en puntitas de tacón como si quisiera no ser escuchada. Le iba a ordenar al armario abrirse, sin embargo, prefirió abrirlo ella. Deslizó la puerta y unos rostros salieron como el pan en las tostadoras. Alina escuchó que Susan la llamaba porque la cena estaba lista. Si, si, dijo Alina, ya voy, dame un momento.

Cada rostro dentro del cajón era diferente al otro: uno tenía facciones de envejecimiento, otro de mujer negra, el siguiente de mujer rubia. Alina eligió al azar tres y se los midió por encima. Ninguno combinaba con la ropa que se había puesto. Siguió mirando el cajón. Susan, desde la cocina, le dijo a Alina que si le podía ayudar en algo, que cuál era su hambre.

—Ya voy a comerte. —dijo Alina.

Alina escuchó la sonrisa modesta de Susan, y se apresuró a buscar el rostro que mejor le quedara. Sacó tres. Y luego otros tres hasta agotar los rostros del cajón.

Alina olió la cena que Susan le había preparado. Respiró. Descolgó todos los rostros que había en la varilla, caminó con ellos colgados en el brazo hacia el espejo y, sin despegar la mirada de su reflejo, desabrochó la moña que sostenía la cola de su cabello que cayó hasta su cintura.

Alina entró en la cocina, le mostró los rostros a Susan y le preguntó cuál era el rostro que ella prefería.

—Por eso te demoraste tanto —dijo Susan.

—Tú no lo entenderías.

—Yo no diría eso, Alina. Tú siempre con tus bobadas de niña pequeña. Tú siempre estás jugando a ser importante.

Alina con un gesto le insistió a Susan que escogiera el rostro.

—Sabes que te puedo desconectar.

—Tú siempre con bobadas de niña pequeña. Hazlo.

Susan le bajó la intensidad a la luz, prendió el equipo de sonido, corrió la silla en la que Alina se iba a sentar, cerró las guardas de la puerta y bloqueó el sistema para que Alina no recibiera llamadas durante toda la noche.

EL TRUEQUE DE MEDIANOCHE

Luis Angel Quevedo Vargas

El día en el hospital veterinario había sido un fiasco. Dos perros habían fallecido en mis manos por el mal cuidado de sus dueños. Sin importar que la culpa seguía siendo de los que no pudieron reanimarlos en sus últimos momentos de vida, con todos los males que apenas se pudieron diagnosticar. Me sentía destrozado y cansado, aparte de esos dos ángeles que se dirigían al cielo, por cosas del azar, estaba encargado de la UCI, que estaba a reventar de pacientes graves y postquirúrgicos que necesitaban un ojo encima en todo el día, creo haber almorzado a la velocidad de la luz para seguir pendiente de ellos y, además, la cereza del pastel, mi novia enojada y ofendida porque no tuve tiempo de reírme de unos cuantos memes que me había enviado.

Luego de unas horas, por fin mi turno había acabado, necesitaba alejarme de ese hospital por unas horas. Estaba agradecido de venir a trabajar desde Funza hasta Fontibón, pues temía que los dueños de los animales fallecidos tomaran represalias en esta solitaria noche. Durante el trayecto hacia la calle 13, saqué lo mejor de mi repertorio de chat para que novia comprendiera que mi día no había sido un juego de niños. Pero este celular, Dios... ¡Qué celular más malo! Era un préstamo de mi hermano menor mientras podía costear el mío. Si existían celulares de gama baja, este, por lo visto, lo fabricaron en el Bronx. No podía hacerle el feo al condenado, de hecho, lo atesoraba bastante. Era mi única forma de comunicarme con mi familia y mi consorte (de ese entonces).

Logré llegar a la calle 13 para esperar el bus a la orilla del mar de motorizados. El viento helado y las luces de los susodichos, me golpeaban el rostro sin compasión. Recé para que, de todos los buses que venían, alguno tuviera la misericordia de no recoger a nadie y tener una silla exclusiva para mí que estaba demasiado cansado, pero absolutamente todos, venían atestados de personas hasta la puerta.

Parado allí en medio del caos, el celular vibró en el bolsillo, me emocioné y lo saqué para observar los frutos de mi labia y al menos tener un problema solucionado, pero algo extraño pasó, el semáforo puso su señal de rojo y de repente, una sombra

sobre una bicicleta me rapó el celular de mis manos a toda velocidad. Me quedé unos instantes pensando —¿será un amigo jugándome una broma?— Claro que no, un amigo se habría detenido a los pocos metros, pero este, al contrario, se alejaba más. La rabia me consumió y no fue por el celular, ni porque no pude leer cuál fue la respuesta de mi novia, fue porque el día estaba siendo un fiasco como para completarlo con un robo. No lo podía permitir... Hoy no, esta noche rompí el hábito derrotista. Dios me dotó de una estatura y un par de zancas para situaciones como esta, así, inicié una persecución de la que no sabía si surgiría victorioso, pues el malandro me llevaba una gran ventaja.

El terreno había cambiado a mi favor, el ladrón se subió al andén que terminó su continuidad de asfalto a un terreno destapado lleno de piedras e irregularidades, en ese momento empecé a gritar

—¡Ladrón! ¡Cojan a ese ladrón!—grité, entre otro montón de vulgaridades que me arrepentí de gritar después, pues alerte al desgraciado y se paró sobre los pedales para tomar más velocidad.

Cuando lo vi acelerar, la distancia entre él y la mía, parecía la distancia entre la tierra y el cielo. Mi mente me repetía —déjelo ir, el bicho no vale tanto— mis pasos se fueron ralentizando y los ánimos por los suelos, pero de nuevo, la vida me sonreía. un Chevrolet Spark que mi mente percibía como un Batimóvil, pasó a toda velocidad por la derecha y se subió abruptamente al terreno baldío cerrando de golpe, el avance del cleptómano consciente, haciéndolo caer de su bicicleta, en ese momento para mi, la distancia se redujo, lo veía tan cerca que la adrenalina volvió en un parpadeo.

—¡Quieto! ¡devuélvame el celular!—

Como si me fuera a hacer caso pensé luego. ¿Qué haría cuando lo tuviera entre mis manos? ¿acaso lo golpearía? ¿o le pediría amablemente que me diera el celular? Me preguntaba, mientras me acercaba cada vez más al arrastrado delincuente. De reojo, el semáforo de nuevo se posicionó en verde y todos empezaban a acelerar, el bandido se puso de pie y pude ver mi celular, lo sostenía con todas sus fuerzas a pesar de la caída, me vio acercarme a toda velocidad, pero ahora la víctima no estaba sola, una gigante y obesa silueta se bajó del auto dispuesto a acabar con él. Se encontraba acorralado entre un justiciero implacable y un tembloroso veterinario. La incertidumbre lo poseyó, en ese estrecho umbral entre la justicia y un delito, el tiempo parecía detenerse ante la inminente resolución. Pero no fue así, levantó polvo al salir corriendo hacia una de las avenidas más concurridas de Bogotá, pasando en medio de todo el tráfico con tal de salvar su vida o, tal vez, tenía mayor valor la basura que

llevaba en la mano. Desapareció en medio de las luces y el humo mientras el agitado veterinario lo veía preocupado, ni siquiera por su celular, si no por el modo en el que esquivaba los autos, burlando a la muerte o la derrota por partida doble y dejando olvidada a su cómplice, la bicicleta.

¡Uy hermano, dónde se quede un momentico mas ile doy su plumazo! — me dijo el conductor, el, sí que estaba dispuesto a todo.

Yo solo quería mis pertenencias, pero en esta ocasión todo fue un trueque. Levanté la bicicleta y la penumbra no me dejaba ver si era valiosa o solo un traste. El Caballero de la Noche me preguntó qué había pasado ¿Por qué lo perseguía por algo sin valor? ¿Qué escondía en ese celular? Entre risas, desapareció con su Spark en la larga y oscura variante, para salvaguardar a más personas, tal vez. Quedé solo, junto con la bicicleta, seguía con la furia a tope y miré el largo camino que me esperaba, aún tenía la adrenalina a tope y la rabia hizo que el trayecto no fuera para nada largo. Tuve emociones encontradas durante el camino a mi hogar, cólera por el robo, miedo por el camino peligroso, tristeza por los perros, duda por la respuesta de mi novia... Al menos el cansancio había desaparecido. Pero al llegar a Funza, todo desapareció, me convertí en un manojo de risas. Pensé en repetidas ocasiones:

—¡Hoy reformé un ladrón!—

—Cuando se dé cuenta de la porquería que se robó, va a buscar trabajo—

—¡Un hampón menos para Bogotá!—

—¡Hoy ganó Colombia!—no podía parar de reír, pues de haberme rendido y subirme al transporte público así sin más, la noche me hubiera deprimido de sobremanera. Luego de llegar a casa, victorioso, le conté la movida noche que había tenido a mi mamá quien en repetidas ocasiones me decía — ¡Mijo, no haga eso! ¿Qué tal hubiera tenido un cuchillo o peor? — “ ¿Mijo, no haga eso?” pensé... si no hubiera hecho eso, ese día, hubiera perdido la cordura.

EL PAVO

Paulina Karime Villarreal Centeno

—¡Mira, tío! Ese pavo se te está que'ando mirando.

Fue la voz de Belén y su dedo índice lo que me hizo levantar la mirada al pavo, como le llamaba ella a los hombres guapos. Había llegado a Madrid en octubre, a inicios del mes, y para ese momento estábamos en noviembre. Era la época en la que hacía bastante frío y los árboles ya no tenían hojas de colores (amarillas, naranjas o marrones) sino que sus ramas sin vestidura parecían saludar al viento invernal. Y también, para ese momento, yo ya sabía usar el transporte público como si viviera allí, aunque no me dejaba de sorprender.

—Yo nací aquí. —Solía bromear con Belén, mi mejor amiga, cuando le indicaba dónde debíamos hacer lo que para mí se llama transbordo, es decir, el cambio de una línea de metro a otra. Y cómo no iba a saber, ¿se han subido al metro en la Ciudad de México? Es una locura. Gente por todos lados, empujones, un orden extraño, porque a pesar de todo, lo hay. Si vas lejos, te metes al fondo. Si vas cerca, no te adentras demasiado o es probable que no salgas hasta terminar la línea. El metro es ese lugar en el que entras porque entras, quizá a presión, o puede que ni siquiera toques el suelo y seas acarreado en una horda de gente con prisa, nosotros siempre tenemos prisa. No importa la hora que sea o el día que sea, hay gente corriendo, subiendo, bajando y te acostumbras a eso. Aunque no tengas prisa, ya tienes el compromiso social de correr o de hacerte a un lado para ser esquivado por los apurados transeúntes. Seguro que por eso me había adaptado rápido a un metro con mucha menos gente y con mucho más espacio de lo habitual.

Aquella tarde no había sido la excepción. Nos habíamos subido al metro porque íbamos a pasear al Santiago Bernabéu, y de ahí, nos iríamos a tomar algo. Abordamos en Tribunal, que me quedaba a mí lo suficientemente cerca como para ir a pie y ella se me unió en una de las siguientes estaciones de ese metro que siempre parecía oler bien, que tiene asientos en los andenes y hasta te avisa cuánto falta para que llegue el siguiente. Fuimos, pues, al estadio a tomar fotos con todo y los reclamos de mi hermana de diferentes padres y, cuando mi curiosidad se vio saciada, volvimos a subirnos al



metro para ir a comer. Encontramos asiento rápidamente, y he de confesar que, si no hubiésemos encontrado, seguramente alguien nos lo hubiera cedido. ¿Cuándo había visto yo eso en la Ciudad de México?

—Llévame. —Le había dicho yo de buena gana.

—¡Ya sé a dónde te voy a llevar! A un restaurante que conocí cuando estuve viviendo aquí.

Fabuloso, pensé, porque tiene el gusto de los europeos, así que me halagaba llevándome a comer comida realmente mediterránea y no los inventos que nos da por hacer aquí, de camaroncitos picantes o pollo habanero. Iba yo pensando en el salmón —que para mí es tremendo lujo— y en el vino que te sirven en esos lugares, cuando su voz hizo que todo el vagón volteara a mirarla. Y no sólo eso, apuntaba, apuntaba a un pobre hombre cuyo único pecado fue abordar un metro, como probablemente, lo hacía a diario.

—¡Mira, tío! Ese pavo se te está que'ando mirando.

Y vaya que era guapo, pero él sólo atinó a girarse a la ventanilla. Se había subido en Chamartín y tenía todas las pintas de ser estudiante de la universidad, más o menos de la misma edad que yo en ese momento. Él, en su rutina diaria y yo, encantándome por mirar al que recién había llegado y a todos los demás con vidas tan diferentes a la mía, y al mismo tiempo, con tantas cosas en común. Le sonreí, y vi cómo al pobre la cara le pasó del blanco al amarillo y del amarillo al rojo, y casi sentía que íbamos a tener que jalar la palanca de emergencia como Belén siguiese tan entusiasmada con el asunto aquel. Me hice la que no vi más, pero aún en el reflejo de la ventana podía ver cómo, efectivamente, me miraba, intentando llamar mi atención.

—Es que tienes una sonrisa bien bonita —dijo Belén ajustándose el pelo y haciéndome reír con sus comentarios tan honestos— y también eres muy bonita, pero cabe la posibilidad de que lo piense sólo porque eres mi amiga.

Gracias por el apoyo tan sincero, pensé, e iba a decírselo, pero el metro se detuvo y las puertas se abrieron. Yo solamente pude pensar en qué hubiera pasado si Belén no hubiese apuntado con el dedo al sujeto y si no hubiese gritado lo que a mí me pareció un secreto. A lo mejor, él me hubiera respondido la sonrisa o me hubiera pedido el número para conocernos. O a lo mejor, hubiese podido unirse a la comida de amigas y hubiésemos podido ir a tomar algo mientras nos contaba qué estudiaba. Quizá era arquitecto, y hasta me imaginé paseando en una universidad en Madrid,

o mejor aún, ahí por El Prado de la mano con un chico madrileño amante del arte y de la arquitectura y de los dinteles, pilares y esas cosas en las que nadie más se fija. Y, mientras me imaginaba una vida que no era mía en Madrid, vi cómo él descendía del metro, tímido, sin nombre, sin historia, sin un futuro juntos, pero con una gran anécdota para cuando volviese a sentarme en el metro cerca de las ventanillas. A lo mejor, al llegar a su casa, con su familia, lo primero que diría sería algo como “hoy vi una chica muy bonita en el metro y no pude acercarme”, o, mejor aún:

“Hoy me le he quedao’ mirando a una pava”.

HAMBRE

Fabián Guasca

*El mundo no está hecho de átomos,
está hecho de historias.*

Muriel Rukeyser

Ser custodio en la estación de policía del pueblo me convirtió en una suerte de vicario que escuchaba los pecados de delincuentes comunes, adictos y prostitutas. En ese confesionario conocí a Clarita, una mujer alta, de tez blanquecina y aspecto macilento. Llevaba dos días en la estación acusada de hurto con arma cortopunzante cuando me dijo que tenía hambre, me llamó por mi apellido abandonando la lectura de un fanzine religioso, se agarró de las barandas de la celda y susurró como implorando: tengo hambre.

Con Diana en cambio, coincidimos en el asalto al cementerio que organizamos con un grupo de punketos y rudos. Rompiendo el abrumante tedio de la ciudad y en busca de aventuras propias de ese siglo nos adentramos al camposanto, enfrentábamos el peligro de ser descubiertos por el vigilante de turno y/o huir despavoridos ante un encuentro fantasmal.

Esa noche nos hicimos amigos de canciones y lecturas. Estábamos obsesionados con el Back to black de Amy Winehouse que escuchábamos sin cesar en las casi tres horas que duraba el recorrido del bus hacia La Capital, debíamos realizar ese viaje todos los días para ir a la universidad y sin lugar a dudas las buenas canciones nos salvaban el camino, pero también las historias. En uno de esos trancones interminables le conté acerca de Clarita, de la vez en que apelando a unas moneditas le compré pan, salchichón y gaseosa para calmarle el hambre. Le dije que me había aprovechado un poco de mi generosidad para que aquella mujer me contara su historia, de cómo había terminado viviendo en un cambuche improvisado, delinquiendo y drogándose por doquier.



Diana siempre se bajaba primero del bus, pero estupefacta por los detalles de aquella vida decidió irse conmigo hasta el centro de la ciudad. La segunda vez que vi a Clarita, continué relatando, llegó a la estación de policía implorando ayuda, el pueblo, aunque pequeño, pasaba del carnaval al caos en la celebración de Halloween pues los grupos que adoraban al diablo no solo degollaban gatos negros, también intentaron ofrendar el bebé que en ese momento gestaba Clarita. Sí, en Funza hubo sectas satánicas y los policías debíamos preservar el orden en el casco urbano y además patrullar los potreros y las periferias buscando boicotear los oscuros rituales como del que se salvó Clarita cuando éstas llegaron a su cambuche hambrientas de sacrificio.

Qué rara resultaba la profesión, —le dije a Diana mientras nos bajábamos del bus— puesto que la mujer que se escabullía ante el sonido de las sirenas y al avistamiento de cualquier uniformado compareció aterrorizada por protección. Nos despedimos tomando caminos distintos, pero en un mensaje de texto me preguntó si había una tercera vez, refiriéndose a los encuentros con Clarita. Sonreí y le respondí que sí, que me había convertido en el padrino de ese bebé pero que esa era historia para otro viaje.

Nos encontramos de nuevo para regresar al pueblo, ella impaciente por la historia, yo cansado queriendo escuchar a Amy, ella prometió prestarme el reproductor de cd y no tuve más remedio que seguir contando: debido a la frenética noche de brujas tuve que acuartelarme en las instalaciones de la estación, de los quince presos Clarita era la única mujer en la celda, el hedor era asfixiante, el ambiente turbulento. El cotorreo en los pasillos perfilaba a una forajida cojonuda a quien no le temblaba la mano para apuñalar a sus víctimas, se valía de su estatura y de su aspecto en general para atemorizar. Yo solo veía a una mujer embarazada que cuando me reconoció me volvió a decir que tenía hambre, tenemos —añadió sobándose la barriga—.

La tercera vez fui yo quien la busqué, —le conté a Diana—. A la estación de policía llegó el rumor de que Clarita había dado a luz, bajo todo pronóstico lo hizo en el mismo cambuche del que huyó, era desolador ver a una criatura recién nacida en estas condiciones, por los problemas de adicción que tenía Clarita sus tetras no producían la leche suficiente para alimentarla y al parecer, por esa misma condición había nacido con una malformación en los pies. El llanto incesante era el anuncio furtivo del hambre y una vez más acudí a las moneditas, y es que, frente a la miseria contemplada fue difícil vislumbrar al criminal. Habíamos llegado al pueblo justo cuando terminé mi relato, me despedí de Diana y de nuevo nos separamos.

Ahora bien, no ejercí propiamente la función de Celestina en el inhóspito cuarto encuentro, esta vez entre Diana y Clarita esa noche de noviembre de 2007, pero

escuchar mi apellido hizo que la delincuente alejara el cuchillo del gajate de mi amiga y se rehusara a robarla, estaba empeñada en arrancarle el bolso de las manos al que Diana se mantuvo aferrada a pesar de la golpiza de la que estaba siendo víctima. En medio del forcejeo la reconoció, le imploró que se detuviera, que era amiga de Guasca y que podía ayudarla. Inmóvil, Clarita titubeó y apelando nuevamente a su desgracia le dijo que su bebé tenía hambre y señaló el cambuche cerca del cementerio.

En la madrugada recibí un mensaje, era Dianita: Tu historia me salvó la vida.

UNA PAYASA

Luis Angel Quevedo Vargas

Una tarde soleada, en un jardín de una casa que parecía de ricos, se celebraba el cumpleaños de uno de los niños del barrio La Laguna a quien le iba muy bien en el colegio, el pequeño invitó a sus amigos del colegio y de cerca a su casa, pues para esta ocasión vendría un payaso.

El niño amaba la magia, pero, a pesar de su corta edad, sabía que un mago no lo haría reír como lo haría un payaso. Durante las horas de la tarde por fin arribó el auto de payasos que para sorpresa del niño y de sus padres, no era un escarabajo pequeñito y blanco con puntos de colores, era una van algo rayada de color azul oscuro a la que se le veía salir humo del exosto al acelerar, dentro de ella venían varias personas, pero solo se bajaron dos, una payasa con un tutu de color rosa y blanco, una peluca rosada abultada, maquillaje blanco, labial dibujando una sonrisa amigable, su distintiva nariz roja y zapatos grandes. En su cuello traía un aparatejo para sostener un micrófono y también, en su mano cargaba una gran maleta colorida donde el niño imaginó que traía todo para una tarde divertida. Junto a ella venía un joven de vestimenta formal quien cargaba consigo, cables y demás temas de sonido.

Luego de preparar todo en el jardín, el espectáculo empezó. El show avanzó con humor sano y familiar, seguido de la presentación del cumpleañosero disfrazado de su héroe favorito. Más tarde, la payasa quien se había presentado como Bombón, hizo un concurso con todos los infantes y se fijó que había un niño que no quiso participar, él y su madre estaban en la parte de atrás del gigante jardín, estaba parado cerca de su madre y se notaba tenso. El niño veía como corrían y se divertían los demás, pero cuando Bombón se acercaba mucho, él, se escondía detrás de su madre que estaba a punto de perder la paciencia. Bombón lo notó, pero siguió con su show. Luego de un grandioso número de magia que dejó encantados a grandes y chicos, seguía un espacio para las conocidas pintucaritas. Los niños hacían fila para que Bombón con gran habilidad les pintara en la cara distintos diseños de animales.



La madre del niño asustado estaba decidida a que le pintaran algo a su hijo, no iba a perder el largo viaje que hizo, más aún, el trancón que se aguantó para no ver siquiera una carita feliz en las mejillas de su bebé adorado. Lo tomó del brazo y con mucha calma lo jalo para hacer la fila, mientras en repetidas ocasiones se le escuchaba decir: “¡Tranquilo Sebas! ¡no le va a pasar nada! ¡Ella no se lo va a comer!”

La fila seguía avanzando y Sebas estaba aterrado, tanto que empezó a llorar y se ruborizó al igual que su madre, ella le quitó el saco que llevaba, esperando que se relajara un poco. La señora continuaba tranquilizando, pero su objetivo era claro.

La fila estaba acabando, quedaban las últimas dos niñas y era el turno de Sebas. En el horizonte, el sol se escondía y por un momento oscureció tanto que, para Sebastián, Bombón tomó una horrible apariencia, el niño palideció mientras alguien, amablemente, prendió las luces colgantes del patio. De repente gracias a las luces, el jardín ahora tenía un tono agradable y colorido, las bombas reflejaban la luz y la decoración seguía colorida y brillante. Bombón por su parte, tomó un largo suspiro y sonriendo, continuó con su maquillaje sin prestarle mucha atención.

Por fin, llegó el turno de Sebastián, el banquito de madera estaba listo.

—¡Hola! —dijo Bombón con una dulce y alegre voz, ansiosa por saber qué le pasaba al niño.

—¡No puedo pintar nada si estás llorando! ¡se escurre la pintura!

Bombón tomó un pañito especial para limpiar el maquillaje del rostro e intentó secarle las lágrimas, pero, para su desgracia, una bomba estaba muy cerca a un bombillo y estalló *PLOP* Sebastián se asustó y saltó en el banquito hacia atrás.

Bombón cerró sus ojos y sonrió, todo con este chico estaba saliendo mal, pensó rápido y contó un chiste

—Sebas ¿Sabes qué le dijo un globo a otro globo? —le decía, contenta, buscando su atención.

El niño miraba para otro lado, definitivamente no quería estar allí.

—¡Cuidado con el caaaaaactuuuuus!

El chiste era bastante blanco y malo para adultos, pero logró sacarle una muy mínima sonrisa a Sebastián. Con este paso, agarró de nuevo un pañuelo y con toda tranquilidad, le limpió el rostro.

Sebas no opuso resistencia y poco a poco con cada fría caricia del pañuelo para bebés, volteó a verla y rápidamente cerró sus ojos cuando puso su pincel en la mejilla.

—Y dime sebas, ¿cómo se llama tu mami? —preguntó cautelosa pero profesional.

Sebas, por su parte, con voz temblorosa, le contestó:

—Jazmin

—¡Ay que bonito! ¡como la flor!

La señora sonrió y soltó un pequeño “hmp”.

Bombón continuó:

—Mi mamá se llama Isabel y mi papá Armando.

Sebas abrió sus ojos, confundido.

—¿Y también son payasos?! —preguntó emocionado.

—¡Claro que sí! Y si les cuento que no hice reír a todos los niños en la fiesta, me regañan.

Sebas ahora sí rio de manera natural. La risa es un maravilloso ejercicio para dejar atrás la tensión y el miedo, producto de las locuras de la imaginación de un niño, eso lo sabía Bombón de primera mano. Ahora que tenía mayor confianza, pudo terminar el dibujo mientras Sebas preguntaba más y más cosas sobre Bombón y su familia de payasos.

—Si ve, papito, la payasita no le iba a hacer nada —dijo la señora Jazmín reclamando que nunca tuvo nada que temer. Sebas le dio la razón sonriendo de oreja a oreja.



Bombón por fin terminó su obra de arte, detrás de su silla había un espejo que levantó rápidamente y lo puso frente a Sebas.

—¿Qué tal?, ¿te gusta? La cara de la señora Jazmín cambió a un rostro de terror inmediato al ver que la dulce payasita le había dibujado una araña en tres dimensiones en la cara de su hijo parecía un pequeño exconvicto. Pero a Sebas, al contrario, le había encantado. estaba impactado, no podía cerrar su boca, la habilidad de Bombón era impresionante.

—¿Pero por qué le hizo eso tan feo? —renegó Jazmín.

—¡Ay, mi señora! ¡Pero si esa araña es tan inofensiva como yo!

PERSONAJE EN CUESTIÓN

Janeth Buitrago González

Iba saliendo para el centro de la ciudad y como ya no hay buses o busetas disponibles la opción más eficiente es el Transmilenio, mi tarjeta no estaba cargada, así que corriendo fui a la caja, debía cumplir la cita médica, apremiaba tomar un transporte.

Luego de cargar la tarjeta me dirigí a la estación y después de esperar como 5 minutos, no fue una larga espera, llegó el H5 y la gente se abalanzó al vehículo, todos para lograr poder sentarse, muy curioso la forma en que todos se lanzan para ir cómodos... en fin... subí después de que toda la tropa se ubicará... e inicié mi camino ...

Para ese momento iba bien de tiempo, así que eso era una preocupación menos, pues reconozco que subir a este medio de transporte me genera cierta angustia, los vendedores ambulantes, que ya no se controlan...

Estar atenta a quien se acerca, cuidado con la maleta... guarde el celular... un mundo de temores me encierra en el trayecto del portal 80 hasta el centro.

No conozco muy bien el recorrido, solo sabía que esa ruta me llevaría al lugar en el que tenía la cita, que por cierto demore en tenerla como tres meses, por lo que perderla no era una posibilidad.

Ya habría rodado unos veinte minutos cuando se subió el personaje en cuestión. Llevaba unos trapitos como ropa, rotas y sucias, empezó a hablar incongruencias y yo ya estaba más asustada de lo normal, me aleje un poco, pero no demasiado de la puerta, pues tenía la confianza de llegar pronto a mi punto.

Luego de unos cuarenta minutos, entré en angustia, el recorrido del Transmilenio estaba siendo demasiado largo y sentía que me alejaba de donde debía llegar.



Dos minutos después de pensar esto, el personaje en cuestión empieza a estresarse, el Transmilenio no paraba en el punto donde él esperaba bajarse, coge la puerta a golpes y comienza a gritar al conductor, como si este le fuera a escuchar:

—Pare acá —le gritaba— tengo que bajarme.

Entre mi angustia y miedo, miraba a las personas cercanas, pero nadie decía o hacía nada, todos estaban en su mundo.

El personaje en cuestión seguía golpeando la puerta, hasta que decidió colgarse del botón de emergencia para lograr abrir la puerta que, finalmente, se abrió y dejó que él saltara del Transmilenio, como en una película de acción, para luego salir rodando.

En últimas, llegó un joven, de corte universitario y cerró la puerta, la ajustó y todos siguieron su camino, normal, como si nada hubiera pasado.

Yo quedé entre tonta y asustada por lo que acababa de ver, es decir, ¿en verdad se lanzó del bus en movimiento? ¿Por qué nadie hizo nada?

Me quedé como extrañada, pues yo tampoco hice nada, solo me quedé mirando, asustada. Fue una extraña tarde en el Transmilenio, llegué a tiempo a mi cita, pero durante toda la tarde me quedé pensando en el personaje en cuestión.

VÍCTOR

Paulina Karime Villarreal Centeno

“Querido Víctor:

Esta es una de las tantas cartas que debes tener almacenadas, si tengo suerte, en el cajón que está al lado de tu cama donde tanto me gustaba dormir. Aunque también cabe la posibilidad de que termine en la basura, al lado de todos los papeles llenos de letras tachadas que escribes cuando no sabes poner tu mente en orden, cosa frecuente.

Eso es algo que siempre me ha gustado de ti, ¿sabías? Tu mente tan caótica y organizada al mismo tiempo, siempre con ideas a las que yo no sabría darles forma y tú, en cambio, siempre tienes las palabras justas, los pensamientos perfectos y sabes expresarte mejor que yo. A pesar de todo, he seguido escribiendo para ti, tomando valor para dejar palabras que pueden terminar siendo catastróficas. O que quizá, sólo queden ahí, plasmadas para absolutamente nadie.

Me pregunto si alguna vez lees las cartas que te mando: han sido más de diez en el último año desde que ocurrió aquel incidente con mi familia adoptiva. Aún escucho sus gritos cuando cierro los ojos. ¿Tú no, Víctor? Eras mi verdad absoluta y ese día terminaste siendo la realidad que más dolió. ¿Por qué lo hiciste? Te miré, lloré por ti y ni siquiera mis lágrimas te detuvieron. Nunca nada te detuvo. Ni nadie.

No entiendo, te dije.

No puedo hacer nada por ello, respondiste.

¿Cómo no vas a poder hacer nada? Explícame.

No.

No, dijiste. Nunca me dijiste que no hasta ese día, cuando más te necesitaba, cuando más miedo tenía y cuando más sola me sentí.



Quise tomarte de la mano y te negaste. Me quedé sentada, muriendo de pena a tu lado, incómoda. Te vi sonreír, te vi enojarte y te vi sufriendo. También te vi viviendo, y ahora, te irías.

No me hagas esto, supliqué. No fue mi idea.

No hay otra alternativa. Está mal.

Claro que está mal. Pero no me hagas esto, no así. Tú trazaste todo el plan. Tú dijiste que si morían, estaríamos juntos.

Estarás bien. Eres buena para recuperarte.

Pero no para recuperarme de ti, Víctor. Ni de tus ideas, tus estúpidas ideas que arrebataron mi libertad y que sueño, acuno y cargo porque son lo único que me queda de los momentos a tu lado. Al día siguiente, tú ya no viniste y yo tampoco me atreví a preguntar por ti porque no quería escuchar que habías cumplido con tu palabra. Me gusta pensar que era mutuo lo que yo sentía por ti. Me gusta pensar que no querías que te viera llorar y por eso no volviste.

Por eso te escribo esta carta, porque nunca te entendí, ni a ti ni la verdad que concebiste en esa mente que admiré, ni la razón de tus ideas y pensamientos, ni por qué me dejaste atrás sin decir la verdad. Nunca entendí por qué tengo que estar aquí cuando tú fuiste quien planeó matarlos. Nunca entendí por qué estoy en prisión, pagando el alto costo de tu ingenio. Al final, tú fuiste quien consiguió las armas, los encerró en el garage y les disparó a todos.

No te preocupes, Víctor. Estarás bien, nadie nunca sabrá lo que realmente pasó aquella noche en la que te deshiciste de mi única familia y tampoco nadie sabrá cuánto lo disfrutaste, más que mi llanto.

Yo soy buena para recuperarme, y tú...

Bueno, tú eres bueno para mentir."

ELLA

Karen García Mondragón

La historia que cuento acá no es la mía, pero tampoco me es ajena, la leí en uno de esos diarios o bitácora de terapeutas que por equivocación encontré en un segundazo (diarios que hasta donde sé, se deben manejar muy confidencial) pero, en fin, ahí estaba ... en el bien conocido “mercado de pulgas” en Bogotá; abierto de par en par, puesto en una sábana alrededor de llaveros de color vivo, billeteras y ropa usada, llamando mi atención desde el principio, sin página inicial, sin algo que me contextualizara sobre el dueño o dueña del mismo, empiezo a leerlo ... solo tenía páginas escritas, algunas completas y otras cortadas, pero pude saber que aparentemente se trataba de una historia personal, y sin inventar una falsa identidad, simplemente le llamaré “Ella”

Aprovecho que quien vigila el mercado está ausente en ese momento, al parecer convenciendo compradores, y empiezo a leerla en el mismo mercado, con la excusa de verificar su estado, aunque sinceramente, pienso que deberían regalarme ese libro sucio y roto, sabiendo que a la mayoría no le interesaría; agarro el libro, le doy vuelta, quiero conocer más de este relato, fecha, lugar, nombres pág. 14

sesión 4, la primera vez ...

... ella rescata el momento en que por primera vez él la rodeo por su cintura, cuando la abrazó y prometió que serían uno, cuando beso su frente en señal de aquí estaré, y luego añadió: “solo ese gesto bastó para mover mi mundo, que para entonces pendía de los primeros ojos que se fijaran en mí, pues para entonces yo ya había presenciado el dolor y el caos”

—volvamos al dolor, cuéntame de esa infancia que te saltaste inicialmente...



“apenas empezaba a hablar cuando me silenciaron; todo es confuso, pero recuerdo vivir con miedo, me enseñaron a callar, pero no me impidió descubrir que aparte de mis gritos, escuchaba otros gritos a mi alrededor, gritaba porque me hacían daño, porque me tocaban sin preguntar, ahogaba los gritos en mi almohada para mostrar el silencio que se me exigía, yo sabía que no era bueno que tantos hombres entraran a mi habitación, pero nadie allí me habló para explicármelo” ...

Ahora entiendo, “el caos” ya no se refería a una experiencia amorosa traumática que indudablemente pudo motivar su ida con el terapeuta, esto es violencia pura ¡a la mierda todos los que escucharon su angustia y prefirieron ignorarla!, obviamente compre ese libro \$3.000 pesos costó, los pagué con un billete de \$5.000 y de mala gana, el restante me alcanzó para un café. No sé, si la ira o la necesidad de saber lo que pasó con “ella” me motivaron a seguir leyendo su historia, pero seguí leyéndola sintiéndome un poco culpable por chismear esa otra realidad que no me había tocado, ... A ella le enseñaron a callar y tal vez, desde ese entonces callar se convirtió en patrón, prefirió la introversión a estar con gente, pues pensaba que así evitaría que le fuera consultada su vida privada, ¡idiablos! precisamente lo que hago en este preciso momento.

sesión 5, lo privado

... “cada vez que me permití expresarlo, lo convirtieron en chisme: el chisme, es algo que lastimosamente no escapa de ningún nivel social, así que bueno, entienda porque me retraje, porque no salí de mi espacio privado, que para entonces fue mi caparazón, mi refugio cuando él llegaba con ganas de poseer, pero que no me protegió de los otros”. Miserables, ¿acaso es soportable pasar por tanto dolor?, ¡sociedad egoísta!, esta mujer lo único que necesitó fue una mente razonable y unos brazos fuertes que la sacaran de su violencia que comprendieran su dolor y le dijeran que estaba mal RESISTIR, tan mal hemos reinterpretado el permanecer intactos ante cualquier ofensa.

—Quieres que retomemos la oportunidad de escape que aprovechaste, trabajemos ese sentimiento, a quién conociste esa vez ...

Rayones y rayones (5) páginas pérdidas, jamás terminaré esta historia ¿QUE PASÓ?, sentada en el piso, a sólo cuerdas del mercado me siento nostálgica y me siento tan culpable por creerme parte de esa sociedad, o peor aún de imaginarme puesta en su situación, sin recibir el apoyo de alguien más, sola en mi miserable soledad deseando que ese él o ella me hiciera insensible al dolor y al caos...

Así que con curiosidad y con una necesidad de saber, me devuelvo a toda prisa al mercado y preguntó a la vendedora, ahora fatigada e inquieta por esa vida en suspenso que había dejado, le pregunto a la vendedora: Oye, ¿sabes a quién pertenecía este diario?, ella lo agarra, lo ojea de manera desconcertante, mira la letra, y ahora fija su atención en una pequeña firma, que para mí fue imperceptible en ese momento, claramente mi atención estaba en la historia que guardaba.

— ¡No puede ser! — dice ella

... ahora la desconcertada soy yo

— ¿Por qué quieres saber a quién pertenecía? «lo pregunta de manera nostálgica como si le conmoviera, lo cual me parece extraño si lo comparó con su reacción en el primer momento, donde se mostró arribista; su indiferencia no le permitió ver ni siquiera lo que compraba», contestó con sinceridad: Soy sensible a esa historia, pero se encuentra incompleta. Entonces sacó su cédula del bolsillo del pantalón que llevaba puesto y reconocí inmediatamente esa firma, supe que era su historia. Finalmente resolvía mi incertidumbre, realmente no había expresión en su rostro, parecía como si hubiese olvidado aquel pasado y de repente yo lo hubiese traído al presente, ahí entendí que es mejor vivir olvidando a vivir en incertidumbre.

EL RECUERDO ES AGUA

Jimena Aguilera

Armando llega de Rusia, todavía con el corazón congelado, pero no por el invierno Moscovita, hay un viaje que no parece no tener fin. Cansado pero decidido regresa a Funza a incorporarse en sus labores como médico obstetra en el hospital La Samaritana.

—¿Cuántos pacientes tenemos hoy? Pregunta Armando.

—Una mujer de 25 años, herida con arma de fuego. Está en pabellón de obstetricia. Dice Claudia la enfermera.

El pasillo está lleno de batas blancas que viajan a la velocidad de la luz, Armando se dirige a Margarita, la paciente herida, quien no ha tenido nada fácil en la vida, la relación con su mamá no es la mejor y se terminó por marchitar cuando ésta se entera de que ha quedado en embarazo, por otro lado, del papá del niño no se sabe nada.

Armando pone sus ojos sobre los de Margarita, el rostro de la mujer se le hace familiar, entonces, nuevamente aparecen los recuerdos, puede casi ver a su esposa en la mirada de esta muchacha.

La enfermera de turno, quien hace presencia en el lugar, le da el informe de la paciente Margarita, pero Armando no sale de su asombro, la enfermera le pregunta si está bien, Armando intenta salir de la conmoción que le produce mirar a esta mujer. La enfermera inicia con su reporte.

—Doctor, tenemos paciente de 25 años con anemia severa, está con dos unidades de sangre, tiene programado para la noche un hemograma para verificar glóbulos rojos. Paciente en estado de embarazo.

El doctor se dirige a la camilla de la paciente a la que el tiempo todavía no le pasa cuenta de cobro. Su piel de manzana todavía la hace ver niña.



—Doctor, ¿cómo está mi bebé? Dígame por favor.

El doctor le pide a la enfermera que abandone la habitación y le dice a Margarita, tuteándola, como si la conociera de siempre:

—Nos revela la ecografía que todo está bien, no tienes que moverte mucho. Ahora dime, qué fue lo que pasó, lo que me puedas contar.

Margarita le cuenta que está escapada de su casa, que no soporta la idea de ver a su papá de vendedor ambulante, mientras ella no puede trabajar, y que le han diagnosticado embarazo de alto riesgo.

El doctor detiene su mirada sobre ella con asombro y con la ternura de quien ve una gota suspendida en un vaso de cristal. Margarita tiene unos ojos grises preciosos, una pupila negra brillante y alrededor un café que va degradándose en gris, por el azar al que juegan a veces los colores.

En el instante que el doctor intenta traducir el lenguaje mítico de aquellos ojos grises. Se escucha un grito:

—¡Aaaaahhhhh! ¡Doctor, mi hijo, va a nacer mi hijo!

Dice Margarita, haciendo gestos de dolor y desespero, llevando su mano al vientre y llena de sudor en segundo. El doctor, pide que lleven inmediatamente a Margarita a la sala de partos. Pero algo pasa con Margarita.

—Margarita, por favor respira bien, no lo dejes de hacer, ya casi tenemos al niño, vemos su cabeza, ¡vamos! tú puedes.

Le dice el doctor Armando, quien, en cinco minutos de parto sufrido, no deja de sudar, su rostro advierte sus esfuerzos por salvarle la vida al niño. Margarita palidece, mientras se escucha la voz de un recién nacido, los latidos del corazón de esta madre primeriza se van opacando, se hacen cada segundo imperceptibles. Intentan reanimarla, todos los esfuerzos resultan nulos, hacen varios intentos con el desfibrilador, pero no hay nada que el doctor pueda hacer, la luz en su pupila ya no brilla, Margarita se ha ido.

El doctor abandona la habitación luego de atender este parto, va rumbo a la cafetería, con la mirada en la nada, cada gota de agua que sale de sus ojos abre un hueco lleno de tristeza en ese piso frío del pasillo que va a dar a la cafetería. Se deja

caer sobre la silla y no deja de pensar en la paciente fallecida. Recuerda el episodio en que su esposa y su hijo también fallecieron en el parto, parto que no pudo atender porque estaba haciendo un curso de actualización en Toronto, su bebé había llegado de siete meses, la cesárea no había sido exitosa, pese a regresar a casa con una mención honoris causa.

Pasan las horas en el piso cuatro de ginecología y obstetricia. Se quita la bata, coge sus llaves y su sombrilla, no deja de llover parece que las nubes acompañan su tristeza. De regreso a casa en su paradójico Ford fiesta, mantiene su pensamiento en Margarita. De repente, un peatón intenta cruzar el semáforo en rojo, aunque él tiene la vía lo ve de rojo, siente un golpe en su carro. Inmediatamente frena y se baja.

—Señor, dígame dónde le duele —mientras en la mano llama a la ambulancia del hospital donde trabaja. No le contestan. Decide entonces llevarlo en su carro. Lee los gestos de dolor del señor que acaba de atropellar, y es entonces cuando Margarita se va de su mente.

Ya de regreso al hospital, conversan; el señor, quien se queja levemente de la rodilla, le pide perdón a Armando, casi llorando

—Doctor, hombre, discúlpeme, este dolor que siento no se compara con la pérdida de una hija, estoy buscando a mi hija, ella se fue esta mañana de la casa, no se para dónde cogió esa muchachita que además está embarazada.

Pronto llegan al hospital, y el doctor si acaso escuchó lo que le dijo el hombre accidentado, prometiéndole que después lo ayudaba con eso.

—Tiene una fractura a nivel del fémur. Tenemos que intervenirlo, le dice a Armando su amigo.

Sobre la cabeza en la almohada y con los ojos más agotados de la tristeza, ve en sus sueños un hombre de mediana estatura con bigote, y algo de barriga:

—*Doctor mire, mi hija se ha perdido ella está embarazada y no sé nada de ella, su nombre es Margarita Aragón. Por favor, ayúdeme a buscarla. Por esa razón estaba yo cruzando el semáforo, no vi que estaba en rojo. ¡Ayúdeme!*

—*Prometo que lo ayudaré.* —Le dice Armando, en el sueño.



Despierta y en lo primero que piensa es en llamar a la oficina de registro del hospital. Debe ir personalmente, ha dejado su celular en el trabajo

—*No puede ser la muchacha que murió ayer puede ser la nieta del señor que atropellé.*

Piensa angustiado Armando mientras maneja. Llega al hospital, sus piernas están igual de ansiosas a él, sus manos tiemblan y su voz se recoge de forma aguda.

—Don Víctor ¿su hija estaba esperando un niño o una niña?

—Doctor, era un niño que a todas estas se parece a mí. Yo la acompañé a la última ecografía.

El doctor sale con un presentimiento en su mano, y vuelve a recordar el sueño, averigua en la oficina de registro cómo se llama el padre de Margarita, cuál es el apellido de ella y con un poco de tristeza confirma lo que su corazón le decía; el padre de la muchacha estaba en el mismo hospital, es Víctor Aragón, abuelo del niño que no tiene mamá.

Pasa un mes y Víctor, el abuelo del niño, logra dar sus primeros pasos. El doctor Armando lo lleva hasta la sala de cuidados intermedios en silla de ruedas, donde permanece el niño con oxígeno, ya cumplió dos meses.

El doctor Armando le cuenta a Víctor de camino, que su hija murió el mismo día que tuvieron el accidente, le cuenta que no tuvo un parto fácil, que él la atendió, que alcanzó a cruzar un par de palabras con ella, dejando notar su profunda tristeza, Víctor no logra entender lo que escucha cuando rompe en llanto, llevándose las manos al corazón. El doctor lo abraza, mientras él recuerda a su esposa e hijo.

—Tiene su misma nariz y sus mismas pestañas don Víctor.

El doctor le entrega el bebé al ahora abuelo. Se escucha el silencio de las lágrimas cuando caen en el piso.

Poco tiempo después, el pequeño Daniel da sus primeros pasos, Víctor, en su nuevo oficio de jardinero, sabe que es el momento propicio para sembrar Margaritas en el jardín que tiene la casa del doctor, de quién hasta hoy no se tienen noticias.

SÍ, PARA TODA LA VIDA

Martha L. Muñoz A.

Eliecer miraba cómo el sol asoma tímidamente para cubrir el imponente mar, y en voz alta dijo, hoy a las diez diré sí para toda la vida, seré un hombre de familia, pues tengo veinticinco años.

Transcurrido diecinueve años de aquel día del joven nervioso en el altar, moreno, alto, delgado y con una sonrisa que hechizaba a todas las mujeres que lo veían. Le creció la panza, caminaba un poco tosco, subía con dificultad al bus, por su gordura.

Su vida transcurre entre el trabajo como Chef en unos de los mejores hoteles club, sus tres hijos y su amada esposa.

—Esa costumbre que tienes, llegar de madrugada, cambiarte e irte al trabajo, prefieres a tus amigos antes que a tu familia. ¿Tus hijos hace cuánto que no te ven? le dice su esposa.

—Se me hizo tarde, en la noche hablamos.

Ese día al subirse al transporte, ve a un ángel, en un instante rejuvenece su mente y su físico, era su cumpleaños. Cierra los ojos, pero vuelve a mirar al fondo del bus, y es una cara triste y cansada.

—Eliecer le dice: Es el día más hermoso y feliz de mi vida.

—¿Qué tiene de hermoso?

—¡Este día, tu, yo, las mariposas volando entre los primeros rayos del sol!

—La señora ríe, pues ahora tenemos un poeta, mucho gusto, soy Rosa.



—Hablaron como si se conocieran de toda una vida.

—Encontrémonos a las siete de la noche, en la bahía, celebramos mi cumpleaños cuarenta y cuatro, dice Eliecer.

—Bien allí estaré.

El día fue tranquilo, Eliecer le da indicaciones a su Chef ayudante para que todo salga bien en el evento con ciento treinta turistas.

En la noche Eliecer disfrutó de una velada inolvidable con Rosa, cocinó su plato favorito: carne, pescado y pollo asado, con una rica ensalada. Esta escena se repitió cada viernes o sábado, pues los dos hijos de Rosa están con el papá, olvidó el bar y sus amigos de bohemia.

—¿Dónde estabas? le dice su esposa

—En el bar.

—Estás descansado y no tienes tufo a cerveza. ¿a qué hueles?

Hacía diez meses Eliecer no se tomaba un solo trago, su bebé lo trasnochaba y lo mantenía más vivo que nunca, amaba a su esposa, pero también amaba a la madre de su hija Zuly, a quien le prometía irse a vivir con ella, cada vez que le peleaba.

Para no dar explicaciones, decidió volver al bar con sus compañeros, pero esa noche fue diferente, los acompañaba la señora que hacía cinco meses trabajaba con ellos en la cocina, una solterona a quien no se le conoce novio, ni amante, pero que todos saben que está enamorada de Eliecer. Al llegar al bar, cada compañero dio una excusa y se fueron.

—¿Bailamos?, hace mucho tiempo que no lo hago, le dice Nancy.

En medio del baile y con unos cuantos tragos, terminan en la casa de Nancy. Con quien vivió los siguientes tres meses.

Una mañana la esposa de Eliecer los enfrentó y le dice a Nancy que es una aprovechada, que deje en paz a su marido, que tiene tres hermosos hijos y que lo necesitan.

—¿Acaso no sabe que su querido marido tiene una bebé con Rosa?

¿Eso es verdad?, ahora entiendo por qué llegas en sano juicio.

Eliecer no solo tenía que enfrentar a sus tres hijos adolescentes, que estaban haciendo sus carreras profesionales, si no a su esposa enfadada por las amantes, y aún peor, a la fiera de compañera y amante en el trabajo. La vida se le convirtió en una pesadilla, los días se le hacían largos y aburridos, pues el trabajo cada vez era menos, llegaban pocos turistas, que siempre se quejaban del mal servicio.

La vida del Chef no era la única que estaba en conflicto, por la ida de su esposa y sus hijos profesionales a otro país. El hotel club donde trabaja se declaró en quiebra, por malgastar más dinero de lo que recibían, cerrando sus puertas para siempre.

Eliecer miraba a través de la ventana, frente al mar disfrutando de los primeros rayos de sol, que se pierde con el azul del cielo, al igual que sus pensamientos, cuando es interrumpido.

—Miauuuu

—¿Estás sin desayuno? ¿Qué vamos a hacer en esta casa tan grande y vacía?

CINCO OJOS

Stefanny Elvira López Bernal

Por fin un día que salía temprano del trabajo. Iba camino hacia la estación de la calle 162, sobre la Autopista norte, veía con precaución las personas que transitaban cerca, especialmente, las que pasaban en bicicleta sin cuidado alguno invadiendo el carril del peatón. Antes de subir el puente que conectaba a la entrada de la estación, logré visualizar sobre la parte más alta de la estructura un cúmulo de objetos moviéndose desorientados, justo en la rampa que empezaba a descender hacia los torniquetes. Seguí caminando sin perder de vista tan inusual fenómeno, a unos cien metros suponía que eran, posiblemente, residuos de madera o de polvo que habría dejado algún camión al pasar, no me detuve, pero sin darme cuenta me vi envuelta de repente por un zumbido que se metía entre mis oídos, mi ropa, mis manos... ¡mierda mierda mierda, abejaaaaas!

Moví mis brazos al ritmo de un helicóptero, retrocedí unos pasos sacudiendo mi ropa y mi cabello para espantar cualquier bicho pegado a mí. Pensé rápidamente “¿corro rápido y atravieso las abejas o pierdo la cita odontológica?”. Ni modo. No podía perder la cita otra vez. Atravesé el enjambre como si de una aventura en una selva (de cemento) se tratara. En un manoteo inagotable choqué mis manos con mis gafas que cayeron al vacío. “Noooooooo, mis gafas” pensé, porque por supuesto no podía gritar arriesgándome a sentir alguna abeja entre mi boca.

Bajé a toda prisa la rampa sin dejar de manotear, hasta que me di cuenta de los ojos extrañados que me miraban dentro de la estación. Peiné mi cabello con un gesto disimulado y retomé mi paso a una velocidad menos vergonzosa mientras trataba de ver con gran esfuerzo si por algún lado hallaba mis gafas.

La ruta que tomaría, justo acababa de llegar... “¿Las gafas o la cita?”.

En el centro las conseguí baratas.

TEODORO

Ximena Pastor

Son las 11:00 pm y llega el momento de ver a ese desgraciado. Es imposible entender por qué sigue asistiendo a esa cita tan agotadora con la pantalla. Gracias a Dios es de lunes a viernes, si algún día se les ocurre transmitir esa basura durante el fin de semana, seguro perdería la poca vida social que preserva de milagro.

Cerveza en mano, fría, porque no existe otra manera de beber licor. Acomoda el sillón que cruje bajo su peso para sentarse a gusto. A cualquiera le molestaría tener una poltrona con las posaderas marcadas, pero a él le fascina, es el culmen de la comodidad.

—Ignorantes, no conocen los placeres de la vida. Otra vez, hablando solo, qué mierda no poder ni siquiera pensar en voz alta a gusto, loco, cuerdo... charlando, pensando... la misma mierda.

Lo saca de su ensimismamiento el eco de algún comercial sobre una nueva moto en el mercado, con la infalible promesa de conquistar a cuanta mujer se cruce por su camino.

—¡Ja! lo que hay que ver, la gente cree cualquier pendejada hoy en día.

Inicia la canción, en extremo animada, que conoce de memoria, mientras, en la pantalla de 52 pulgadas se aprecian los músicos con traje, interpretando los instrumentos como si su vida dependiera de ello.

—La dichosa tecnología, si quisiera podría verles hasta los pecados, pero no me importan, ellos no importan.

Cesa la música para dar paso a una voz estridente que anuncia: “Bienvenidos al mejor programa de entrevistas del país... Un aplauso por favor para el inigualable



Teodoro Paz” Entra a escena un hombre, ese infeliz, con un traje visiblemente mejor que el de todos los demás que comparten escenario con él. Sonríe, los músicos sonríen, el público aplaude y también sonríe.

—¿Por qué todos se ven tan felices? Ni que fuera la gran cosa.

De un trago se toma media cerveza sin despintar los ojos del televisor. Está a punto de abrirse el telón que revelará quién es el invitado de la noche. ¿Un político? ¿Alguna actriz? ¿El famoso de turno de quien en un mes ya ni se acordarán?

El desdichado Paz finge sorpresa cuando sale el pobre a quien va a acribillar con un montón de preguntas.

—Pfff como si no supiera siempre a quien va a entrevistar, todo un actorazo. Nadie se va a dar cuenta Teodoro, eres el mejor bastardo que haya pisado un estudio de grabación.

El invitado tiene uno de esos nombres imposibles de pronunciar, de esos que hacen sentir exclusivos a los nuevos artistas insurgentes, un rockero más del montón, que jura que no lo es.

Le pregunta por su estilo musical, le cuestiona si no es difícil ser un artista del género en Latinoamérica y de vez en cuando hace una que otra broma, todas pésimas y predecibles.

—No puede ser...

Siguen hablando y ahora van a pasar a la intervención musical del artista.

—¿No van a mandar a comerciales, infelices?! Estoy que me orino.

Se escucha a lo lejos: “En un minuto disfrutaremos de su nuevo éxito, pero antes... Nuestros grandiosos patrocinadores tienen un mensaje para nosotros”

—Lambón, como si de verdad le importaran sus patrocinadores... Al menos puedo ir al baño.

Se levanta y con paso urgido va hasta el baño, orina de afán, se sube los pantalones de pijama a tirones, se lava las manos y cierra la puerta del botiquín, lleno de tarros con pastillas de mil colores y tamaños diferentes.

Ante sí queda el espejo, se mira y no lo puede evitar, con su mejor voz de repudio le dice al reflejo

—Teodoro, debes dejar de mirar las repeticiones de tus viejos programas. Loqueros de mierda, ellos no saben nada, nadie sabe nada, siempre le abrí los ojos al mundo, ahora me los van a venir a abrir a mí.

SANTOS

Said Fayad

Santos nunca perdonó a su padre, era inconcebible que el presidente de la barra del mejor equipo del mundo (Corinthians, obviamente, pero no falta el ignorante), le hubiera puesto justo de nombre Santos, con la excusa estúpida de haber nacido el dos de octubre, día de los Santos Ángeles Custodios, según la tradición de la iglesia en consonancia con costumbres de la familia.

El ocho de diciembre de dos mil dos, apenas hace una semana, Corinthians perdió dos a cero con Santos, era increíble como el mejor equipo podía perder así. Eran locales y quizás eso les dio esa ventaja que al final aprovecharon, pero hoy, en apenas unos minutos empezaría por fin el desquite y con ello la coronación del Corinthians, por encima de cualquier asomo de duda.

Empezó el partido por fin, en el último tiempo habíamos ganado ocho veces, empatado nueve y perdido nueve, hoy era el día de cambiar esa estadística y de paso alzarnos con el trofeo de liga, Santos pensaba como sus amigos se burlaron de él hace ocho días mencionándole como su nombre era un a muleto que permitía al Santos ganar. Maldita sea, papá ¿no podías buscar otro nombre más estúpido?, ¿por qué mejor no me llamaste, Custodio?

El grito le obligó a mirar mientras un cabezazo certero y a quemarropa fue enviado por Fabio Costa al tiro de esquina. Recién empezaba todo y ya empezaban a sufrir, eso debió ser el primer gol, quizás era su culpa, por estar allí como si su nombre fuera un caballo de troya en ese momento.

Pensaba Santos en sí mismo, pensaba que estar en la barra de Corinthians llamándose Santos debería ser un mal augurio pero, ¡cuán difícil había resultado conseguir esas boletas para esa noche!. Todo hincha de verdad, de corazón debía estar en ese estadio esa noche, eso era algo que jamás nadie debía dudar a menos que se llamara Santos.



Volvió Santos de nuevo en sí al ver un cambio en el minuto tres, cosa que le resultó extraña y le hizo entender que no estaba poniendo atención al partido, estaba con el Gran Corinthians al frente y no le estaba prestando atención, ¡que herejía!

Transcurría el minuto diez y el sudor le recorría la espalda de manera incomoda a Santos mientras veía otro cabezazo certero que Fabio Costa lograba de nuevo desviar al tiro de esquina. ¡Maldita sea esto debía ser el segundo gol de Corinthians!. Escuchó entonces desde el otro lado del estadio donde aparentemente alguien le llamaba. Lo pensó un poco mejor y desde el otro lado del estadio no podría escuchar un llamado, pero claramente distinguía entre el ruido un estribillo: “santos, santos, santos”.

Tenía que ser Robinho, penal y apenas vamos media hora. Sólo queda la fe. Va a cobrar el mismo y seguro va a fallar. Patea y gol. Maldita sea, gol. Ahora la diferencia son tres goles y la gente sigue coreando “Santos, Santos. Santos”, nadie creería que tener un estadio lleno coreando tu nombre generaría tal fastidio.

Segundo tiempo, cincuenta y ocho minutos y otra vez estuvimos cerca. Donde consiguen estos porteros. Fabio Costa rechazó lo que serían dos goles claros. Muchos pensaron que había una maldición en ese arco, Santos se preguntó si la maldición no sería el mismo.

Minuto setenta y ocho, por fin, goooooool, que digo golazo de Deivid para que por fin sepa ese tal Fabio Costa lo que se siente que le hagan un señor golazo. Era imposible que no pudieran hacerle un gol. Minuto ochenta y cuatro, otro centro, otro gol Corinthians por fin va por la hazaña, todos gritaban y Santos el que más. El milagro estaba cerca, por fin había caído la maldición. El calor y la euforia invadía el cuerpo de cada hinch y algunos incluso dejaban asomar las lágrimas.

Solo faltaba un gol más y estaba cerca, ya podría por fin celebrar con su equipo como quiso hacerlo desde siempre, obviamente la mala coincidencia de su nombre no era una maldición, no era un problema, sólo eran imaginaciones suyas y tonterías de sus amigos. Ya sólo quedaba un gol para la épica remontada, y era sólo cuestión de unos minutos para llegar a ello.

Un pase de Robinho a Elano le despertó, transcurría el minuto ochenta y ocho y volvió la desesperación con un gol, un poco tonto en opinión de Santos, pero gol al fin y al cabo, ya dos minutos más la adición parecían poca cosa para intentar hacer dos goles pero el equipo debía irse adelante con todo, no había otra opción. Ya no tenía sentido guardar nada.

Dos minutos de adición, todo el gran Corinthians está en el arco rival haciendo gala de mucha gallardía, de repente un balón cruza casi huérfano hasta el otro lado del campo dónde es recibido por Clever que después de un par de gambetas lo pasa a Léo que, maldita sea, vuelve a anotar sentenciando todo en esta noche amarga.

Mientras Santos sigue escuchando el Santos campeón, no puede imaginar nadie más derrotado que el propio Santos. Hace lo que muchos aquí en la tribuna de blanco, llora, pero es diferente, él se siente culpable.

—Maldita sea papá, maldita sea.

LA CASA

Escritura colectiva

Diciembre 28 de 2123

CUARTO DE ESTUDIO

Fanny Diaz

Ahora siento la embriaguez de la soledad, corro, paro, salto y en algunas ocasiones puedo planear en este lugar en ruinas, otrora un lugar sacro que, cuando me miraban, no sé si era el horror o terror porque los ojos de la dueña del lugar se abrían como dos pelotas.

Ya no queda nada, con la remodelación de la ciudad, ya el ruido no distrae o de pronto es que todos salieron de la ciudad. Era bueno el loquerío que se sentía al verla hablar sola, discutir, no sé si con sus amigos que la observaban calladamente, sin gesto alguno, guardando sus íntimos secretos. Desde este pedazo de mármol poreado, escondite perfecto para que este edificio inteligente no destelle un rayo fino sónico y me convierta en ceniza. La veo metida en su cuántico, su estrecho lugar de hoy, resolviendo con agilidad y destreza los avatares diarios.



Mayo 01 2123

CUARTO DE SAN ALEJO

María Claudia Molina

Rápidamente llego escabullida de los roedores al cuarto de San Alejo, me encuentro con varias compañeras. Aún tenemos provisiones. Algunas han perdido varias de sus patas o alguno de sus ojos. Me asomo por el tragaluz que da a la calle, fuego e inundaciones en la carrera séptima y en el parque de los Periodistas. Gentes buscando refugio. El humano vejete aprendió a convivir con nosotras, aunque por su ceguera a varias ha pisoteado y herido, nada grave. En las noches murmura historias de su infancia para llamar el sueño. Escucho golpes muy fuertes en la puerta de entrada, a pesar de estar trancada por dentro, presiento la catástrofe. El vejete baja la escalera mientras escupe insultos y golpea las paredes para alejar a los probables intrusos. Nosotras corremos a escondernos al tiempo que se escucha la puerta cayendo y un clamor de masa enardecida.

Agosto 15 de 2123

JARDÍN

Beatriz Navas

Éste es el tercer Armagedón al que sobrevivo, ya no siento alegría por ello, no puedo olvidar el sufrimiento de la humanidad que sucumbió a la hecatombe. Ese día lo recuerdo muy bien. En el centro de la ciudad, un enjambre de cucarachas, comíamos deshechos en la clandestinidad de la alcantarilla, cuando comenzó a rugir la tierra. Corrimos desesperadas. Yo me dirigí al fondo del jardín, hice un agujero para protegerme. Sin embargo, la tierra parecía tener vida propia, se movía, daba volteretas y me sacaba de nuevo a la superficie. Así pude ver cómo la tierra se tragaba a los robots jardineros, las bancas, los árboles, las petunias y los geranios recién sembrados; los cuerpos de los seres humanos caídos de las ventanas, a los chicos que buscaban a sus madres. Todo era caos. No sé cómo renacer de esta tierra yerma y desolada, en donde no tengo más derechos que los que me otorga la noche.

Mayo 10 de 2123

EL COMEDOR

Carmen Dora Espinosa Correa

En el momento de la detonación me encontraba en el comedor y observaba a la señora de la casa, quien era de los pocos humanos que conservaban cada una de sus partes originales. La admiraba por eso, ya que se había convertido en una moda comprar una impresora 3D en cualquier mercado de pulgas y cambiar a su antojo cuánta parte del cuerpo lo necesitara, bien fuera por defecto o simplemente por gusto. Ella no lo hizo. Estaba totalmente orgullosa de conservar su apariencia tal cual, y por esto yo sentía cierta empatía hacia ella. Por desgracia esto no le ayudaría mucho pues cuando llegó la ola de la bomba sus huesos, carne, pelo, uñas, fueron totalmente licuados dejando sobre el suelo un rodete rojo y gelatinoso. Podría decir que fue muy llamativo para mí. Habría podido patinar un buen rato sobre la mancha y después haberme dado un gran festín. Pero mi orgullo de cucaracha no me dejó. ¡Cómo iba yo a traicionar a mis hermanas!

Junio 14 de 2123

EL SÓTANO

Ruth Mary Valenzuela

Ingresé a la casa por un pequeño agujero que había en el patio, era un descenso empinado. El día catorce de junio del año dos mil ciento veintitrés llegué al sótano. No se veía nada; recordé que ésta era una casa inteligente. Llamé a Siri, quien encendió una gran pantalla que estaba partida, se veía en ella una lluvia de puntos, yo seguía buscando algo qué comer, tenía mucha hambre, el estómago me sonaba. Vi tirado en el piso un androide echando chispas. Pedí a Siri sacar el dispensador de alimentos y este no podía salir, porque el pie del androide no lo permitía, intenté moverlo pero no pude, ya estaba sin fuerza. De repente saltó una pequeña pastilla del dispensador iera un pollo asado! Lo tomé con gran alegría, pero ¿ahora dónde conseguiría una gota de agua para hidratar aquel banquete? Maldita falta de agua, era más fácil conseguir pastillas alimenticias, pero de nada servían sin agua. Ese era el gran tesoro perdido en las ruinas de Bogotá.



Septiembre 15 de 2123

EL BALCÓN

Wilson Amado

Hoy al fin pude salir al balcón, sentí el mismo aire que había en el interior de la casa. No sé si ventilaba o trataba de esconderse adentro. Encontré allí a un hombre tirado en el suelo, de medio lado, como un niño asustado, que no levantaba la mirada. Tenía las manos escondidas entre las piernas recogidas. Seguramente como otros que adentro solo esperaban a que el final llegaría. Había gritos miedosos que llegaban, se agarraban de la baranda y luego caían al vacío. Miré a la calle y vi que alguien corría como si hubiera robado algo. Al otro lado, alguien hizo lo mismo con los ojos desorbitados. Luego retrocedí, cuando la luz del sol se volvió muy roja y en seguida se ocultó del todo, dejando la casa y la calle a oscuras. Mi presentimiento, entonces, era una realidad. Busqué un rincón y esperé.

Septiembre 23 de 2123

EL BAÑO

Alina Camacho Hauad

Recién he cenado con un cubo de azúcar que me topé, con una de mis antenitas, en uno de los pasillos de la casa y veo un enorme círculo empotrado en el piso. Sale agua de todas partes y tengo miedo de ahogarme entre ese sinfín de chorros que permiten a los humanos depositar sus miserias... una letrina de alta tecnología: tiene diferentes modos de lavado, como masaje suave, cascada relajante o chorro refrescante. Incluso habla, pero yo no entiendo nada. Extraño los tiempos en que subía a este santuario de la putrefacción tras trepar por las tuberías oxidadas y el sonido del plin-plin de las gotas que caían por la falta de mantenimiento del lugar. Esa época en la que salía despavorida cuando alguien prendía la luz y me sorprendía tomando agua encharcada de lavamanos. Les tenía miedo, sí, pero era hasta divertido escabullirse para evitar que la chancleta nos convirtiera en tortilla. Ahora, los humanos parece que están en extinción y que el mundo tiene las horas contadas.

Octubre 28 2123

EL GARAJE

Jimena Bacca

Ingresé por un agujero a la casona del centro, todavía se iluminaba de forma intermitente el letrero del fondo en letras fluorescentes: P.O.R.S.C.H.E. Estaba el Alef Aeronautics, Model Z suspendido en el aire; aún en su vidrio exterior se leía “Certificación de Aeronavegabilidad especial FAC, Bogotá, Año 2112”. Las ventanas se veían opacas por la mugre, debían tener mucho polvo acumulado, logré inmiscuirme por la cerradura del baúl y vi sobres de comida molecular y un refresco burbujeante. Qué festín me daría con las demás cucarachas, justo hoy para celebrar mi cumpleaños. De mi especie, solo sobrevivimos las que teníamos partes robóticas, en mi caso las antenas, el calor era tan sofocante que nadie creería que antes le decían a esta ciudad “la nevera”. Me paré en el tablero táctil para poder abrir la puerta, pero todo parecía apagado, ahora sí necesitaba a aquel Cucaracho.

Julio 20 de 2123

EL TECHO

Fabián Guasca

Qué sofocantes han sido los últimos días, había pospuesto mi exploración al techo que ha estado desmoronándose lentamente, pero hoy, a diferencia de otros días, noté que la grieta se hizo más visible. Me paré justo debajo para observar, quería saciar la curiosidad sin tener que subir. Seguía con la mirada puesta en las alturas cuando unos trozos de polvo y cemento cayeron sobre mis ojos, me costó incorporarme de nuevo para huir, pero una gota de agua negruzca me detuvo, el olor a lúpulo y azúcar era inconfundible, ya había una razón poderosa para trepar: las botellas de cerveza negra del vejete se habían reventado.



Abril 17 de 2123

LA SALA

Jessica Obando

No me preocupa brincar y caminar de cable en cable, algunos todavía chispean de vez en cuando. Ellos, los de abajo, son mis roomies viven debajo de un sofá volcado desde la invasión, son una gran pareja, se aman mucho, incluso ya habían puesto a incubar un bebé, ahí, en la máquina que dejaron junto a la ventana, pero pues ya no queda nada de ese bebé bogotano. Les ha costado adaptarse, hace tiempo que este país dejó de ser de tercer mundo, por eso habían olvidado lo que era sobrevivir como antes. Al principio me gritaban, ahora creo que me quieren comer iestos rolos! Son igual que su clima. Hoy es el fin para ellos, lo siento en mis antenas, los sujetos verdosos darán la estocada final. Mis roomies morirán abrazados bajo el sofá más grande que pudieron comprar. Yo, en cambio, seguiré mi camino evolutivo con mis familiares.

Octubre 3 de 2123

EL ANDÉN

Marcela Alfonso

No sé qué sucedió, el panorama cambió. No hay humanos tratando de eliminarme con sus rayos láser o escaneando con sus gafas cada vez que salgo de algún rincón. Me gusta la nueva situación, puedo andar por ahí a mis anchas. Me encantan la basura y los escombros dispersos por todas partes. Hoy, cuando paseaba por la calle vi a un hombre con barba gris, maltrecho, parado en un andén, fisgoneaba por la ventana de una casa. Hacía tiempo no me encontraba con nadie, así que me acerqué. Cuando me presenté, él no me miró con asco. Sonrió y dijo: «Amiga, te invito a cenar. Apuesto que hace tiempo no comes carne». Sacó de un bolsillo unas gafas ScannerSpy y un Neutralizador de Biomateria NB-11. De una patada tumbó la puerta y, desde adentro, una mujer gritó cuando nos metimos.

Agosto 17 del 2123

LA CHIMENEA

Aquiles León

Esa nube verde nos mira, nos surte de la resina fosforescente que nos alimenta, pero también nos atemoriza. Recuerdo que la última amenaza contra mi especie fueron los exterminadores nanotecnológicos que los humanos esparcieron en las chimeneas hace 333 años. Fuimos salvadas por nuestra dieta basada en hollín y ceniza que nos hizo inmunes a esos exterminadores. Al acoplarnos internamente, sus ventajas nanotecnológicas nos dieron un exoesqueleto más resistente que el de nuestras hermanas del resto de la casa y, de paso, adquirimos base neuronal, al punto de que nuestras antenas mutaron en órganos intuitivos y fotosensibles. Por lo anterior, y basados en las explosiones de hace unos días, es que sabemos sobre la desaparición de la raza humana y, tal vez, de nuestro futuro inmediato, pues cada lluvia ácida nos provee de resina, pero también hace que esa nube verde se acerque más hasta la puerta de nuestro hogar.

Septiembre 5 de 2123

UN RINCÓN

Juan Carlos Galindo

Eran las siete de la noche y mis padres aún no me habían felicitado por mi cumpleaños. No había regalos. No había cantos incómodos. No había una torta de desechos orgánicos con una vela en medio que, cuando la soplara y apagara su fuego, me protegiera de las malas lenguas. Llegaron las ocho y media de la noche. Debajo de mi puerta deslizaron una tarjeta que me invitaba al patio de la casa. Supuse que me tenían una fiesta sorpresa con globos, amigos, crispetas y gaseosa. Sin embargo, cuando llegué, no había nadie, todo estaba oscuro. También, pensé, querían mantener el suspenso. Llamé a mis padres, a mis amigos, a los vecinos ratones, a las arañas del tercer piso. Nadie apareció. Creció en mí un fuego. Quería matar a todos, pero una luz en el fondo se encendió, una señora apareció y fue sorprendida por unas cucarachas que caían del techo vestidas con trajes impulsados por hidrógeno. Las que salieron de los huecos del piso forraron a la mujer de pies a cabeza y armaron una cucaracha gigante muy parecida a mí. Me di cuenta de que mis padres eran los que la tripulaban. Sonreí al escuchar, en el fondo de las cucharas, unos gritos de ahogo.



**CONVOCATORIA
ABIERTA**



RECUERDOS INVISIBLES

Laura Vanesa Guzmán Chaparro

Aún recuerdo cuando sentía la brisa pasando por mi rostro, todo alrededor era hermoso, el paisaje, las risas y sobre todo la compañía que contemplaba con mis padres. Es muy curioso, porque de infante te imaginas un futuro prometedor con padres amorosos a tu lado, que todos los días te recuerdan, pero muchas veces son ilusiones que el cerebro proyecta para hacer tu vida menos miserable.

Ese sentimiento de felicidad fue consumido por mi peor enemigo, el miedo, aquel pensamiento que sabía todo de mí y podría jugar en contra si así lo deseara. Me pregunto ¿En qué momento cambié? Recuerdo que esto sucedió a mis ocho años, cuando mis padres decidieron tomar la decisión de acabar la bonita familia que éramos y separase por completo, mi hermana y yo tuvimos que afrontar el abandono por parte de mis padres y empezar una nueva vida junto a mi abuela. Durante esos meses fuimos las niñas más felices porque al fin estábamos sintiendo nuevamente el calor de un hogar, ese mismo que muchas familias han perdido.

La alegría se estaba apoderando de mí, las ilusiones aumentaban como si hubiera sido la inyección perfecta que necesitaba desde hace mucho para luchar contra ese enemigo que me atormentaba todas las noches. No fue hasta que apareció nuevamente el sentimiento infeliz.

Un día lúgubre, gris y desolado como son de costumbre en aquel pueblo de casas inmensas y fachadas ladrilladas, la veía en la otra acera, allí estaba cruzando la puerta y pronunciando aquellas palabras que tanto temía, que me generaban pánico, pero aún más, una tristeza única. El regreso de mi madre abrió ese vacío que ya sentía, ahora era un agujero oscuro, estaba en toda mi cabeza y corazón. Cuando terminó de dar el anuncio inesperado de que viviríamos con ella, subí a mi cuarto a empacar mis cosas y efectivamente, no estaba tan alejada de la realidad.

Luego de unas semanas se dio cuenta que no éramos esas raíces que habían nacido de sus entrañas, no éramos lo que más desearía y decidió dejarnos en un internado e irse nuevamente. Las primeras semanas fueron duras, cada día escuchaba



historias peores a la anterior, pero lo más triste era tener que ver los días de visitas. Contemplábamos con mi hermana las risas de oreja a oreja que mis compañeros o huéspedes de este internado expresaban al ver atravesar por esa puerta oxidada a sus familiares o casi familiares (la familia éramos nosotros) corrían, se abalanzaban a sus brazos, rasgaban bolsas o papel regalo. Ser espectador de esos momentos me hacía caer en un hueco lleno de soledad y tristeza porque a diferencia de ellos yo no recibí nunca una visita, ni siquiera de mi propio padre. Es como si un día todos aquellos que se preocupaban por mí se les hubiera borrado la memoria y no recordaban mi existencia; a pesar de esto, decidí esforzarme por salir adelante y no quedarme estancada en aquel vacío que me atormentaba. Al afrontar esta nueva realidad todo iba agarrando color porque tuve experiencias felices, una de ella fue cuando me gradué de primaria.

Visionar un futuro lejos de mi pasado era lo que más me motivaba a esforzarme para conseguir todo lo que quería en la vida y por fin experimentar la sensación de vivir como cualquier adolescente. Al mirar por la ventana solo podía pedir a las estrellas que los días pasarán como si no tuvieran 24 horas, hasta que ocurrió, llegó ese ángel que siempre tuve presente en mi corazón. Mi abuela. Aquel ser de luz que no le importó arriesgarse para cuidar dos niñas que no eran sus hijas, lo cual solo demostraba la dedicación que tenía como una gran mujer.

Los días pasaron y yo sentía como las risas se apoderaban de mí. Después de tanto sufrimiento conocí al que sería mi compañero para el resto de mi vida; él nunca me juzgó por aquello que contemplé en mi niñez, siempre me ayudó a cerrar ese nido perturbador que tenía en el corazón y, sin planearlo, a los diecisiete años, quedé embarazada de mi primer hijo. No sabíamos cómo llevar la situación debido a que éramos muy jóvenes para ser padres; sin embargo, luchamos por sacarlo delante y cuando lo tuve en mis brazos por primera vez me juré que jamás iba a pasar lo que yo sufrí cuando niña.

A pesar de todos los tropiezos que pasé por mi vida, volví a ser madre de una hermosa niña a los veintiún años y aquí estoy siendo un ejemplo para ellos, demostrándoles que no todo en la vida es fácil, pero si posible cuando nos lo proponemos. Prometí ser el orgullo de mis hijos y lo he logrado, quizás todos los acontecimientos que hemos pasado alguna vez en su momento parezcan desgarradores, pero si luchan constantemente contra ese enemigo verán que después de ganar la batalla solo vendrán alegrías y sabrán como afrontar estas situaciones en los peores momentos. No culpo a mis padres por todo el daño que en su momento ocasionaron en mí, ya que gracias a las desgracias de mi infancia soy la mujer de bien que desde niña siempre quise ser.

TRAS LAS REJAS HAY OTRO MUNDO

Danna Gracia

“No hay felicidad o infelicidad en este mundo; solo hay comparación de un estado con otro. Solo un hombre que ha sentido la máxima desesperación es capaz de sentir la máxima felicidad. Es necesario haber deseado morir para saber lo bueno que es vivir.”

Alejandro Dumas, El Conde De Montecristo

“Dos mundos diferentes”. Así es como muchos podrían describir las experiencias vividas en un centro de reclutamiento, ¿de verdad se logra reflexionar desde allí? Entre charlas, entrevistas y uno que otro regocijo con Juan Manuel Enrique, el personaje principal de esta historia, nos contará su experiencia del día a día como recluso.

Cada mañana con la vista medio borrosa, el cabello desordenado y un poco de cansancio, Juan Manuel se levantaba con la duda de cuándo volvería a ver a su familia, cuando volvería a ver el pasto o, si quiera, tener la dicha de estresarse por un trancón en la ciudad. Todas sus reflexiones lo llevan a una frase muy introspectiva “Aquel 18 de diciembre del 2013, en realidad, mi vida se partió en dos”. Y no es metafórica, en realidad su vida se fragmentó en dos. Dos historias totalmente diferentes.

El miércoles 18 de diciembre del 2013 Juan Manuel se encontraba en su casa vestido de manera cómoda, pero en cierto sentido se notaba algo incómodo. Disfrutando de una buena mañana en su predilecto sofá negro, degustó el desayuno que le preparó su esposa Luz Elena López, para luego arreglarse y presentarse frente a la corte, ya que tenía una audiencia donde lo podrían declarar culpable de narcotráfico. Sin vacilaciones, su mente daba giros repentinos entre la angustia y el nerviosismo. Con el cabello engominado, traje formal color negro y su perfume varonil que se mezclaba con esos últimos olores del hogar, Juan Manuel salió de su casa directo a los juzgados de Paloquemao en el centro de Bogotá, camino a esa selva de cemento, cavilaba si



sería la última vez que su familia la tendría cerca, si su vida cambiaría por completo, si quizá ese sería su último desayuno en manos de su amada esposa y por consiguiente, cabizbajo en el silencio de sus meditaciones, pensaba en ese sofá negro.

El cuerpo le sudaba, las manos mostraban su ansiedad, sus ojos no paraban de perderse en la nada. Alrededor de las 11:35 de la mañana, los juzgados estaban de frente al panorámico de un viejo taxi que lo llevaba. Bajaron el puente de la carrera 30 con calle 19 y en un giro a la derecha, el destino estaba por decidirse. En una sala blanca y fría dieron inicio al proceso, le hicieron las preguntas pertinentes sobre el caso y de lo que era acusado, pasaron las horas y solo hubo un culpable, ese fue mi padre. La sentencia otorgó una condena de 14 años.

Su cabeza en blanco, y con el alma rota al ver la mirada destrozada de su familia, sale Juan Manuel esposado de aquel lugar. Su ser se desgarró en cada paso que da y aún más cuando la silueta de su hija atraviesa su vista, una pequeña de tan solo seis años sentada en la parte de afuera, luciendo un vestido blanco con manchitas negras, su cabello recogido con dos colitas y un rostro que muestra su dulce inocencia con una risa suspicaz y nerviosa que se desvanecía al momento que ve cruzar a su padre de allí acompañado con dos policías y sus manos esposadas, (si usted como lector se pone a pensar en ese momento) fue escena dolorosa y confusa para es pequeña muñeca.

Juan Manuel fue recluso en la cárcel de Funza, allí fue instaurado en el patio uno, las celdas eran compartidas, su cama con la base hecha de cemento y un colchón ya un poco viejo iban a ser su nuevo lugar de descanso, unas cobijas traídas de su casa, y un poco de ropa era lo único que tenía allí. Los primeros días fueron melancólicos y le costaba aceptar que por un buen tiempo su vida iba a ser dentro de este sitio, cada vez se arrepentía más de la mala decisión que había tomado a el momento de haberse metido en esos tentáculos que en Colombia es el pan de cada día. Tras pasar los meses, logró acomodarse y llevarse bien con sus compañeros, allí aprendió a hacer manualidades con llantas y madera, aprendió a hacer repostería y un poco de panadería, también se les permitía vender estos productos fuera de la cárcel para que generaran ingresos y así lograra costear todo lo que fuera de su necesidad. Tan solo un muro de varios metros de altura dividía su pueblo, sus hermosas calles y su espléndida plaza central, esos lugares que meses atrás recorría sin problemas.

Sus días favoritos y más esperados eran los domingos, allí podía reencontrarse con su esposa y su pequeña hija. Aprovechaba al máximo este día para pasar el tiempo con sus dos preciados tesoros. Pero un día todo esto cambiaría, en este mismo centro carcelario se encontraba preso el doctor Camilo que tuvo la brillante idea de hacer un parto a un familiar allí adentro; días después se decide hacer traslados de reclusos y desafortunadamente Juan Manuel fue uno de los elegidos para tomar un nuevo rumbo.

“Mientras nos dirigíamos a Tunja, sentía rabia, preocupación y un poco de angustia. Otra vez había perdido todo lo que me costó construir”.

Un 20 de julio del 2017 tras un largo camino, llegó al lugar de traslado, pero a comparación de Funza su “acogimiento” no fue directamente en un patio y una celda, esta vez lo esperaba un frío y oscuro calabozo, así es, como de película, pero esta vez es en la realidad.

Todo era literalmente oscuro, en el único lugar que llegaba un rayito de luz era en aquel hueco, donde no cabía un alma, para pasar la comida era hacer casi magia.”

Con los ojos cansados, un dolor cortante en la boca del estómago y con un sin sabor de la vida, transcurren 10 años largos,

“Para mí fue una eternidad completa, una tortura, no poder ver a mis seres queridos, en especial a mi princesa. Perderme una etapa tan bonita como lo es la niñez, ver su crecimiento, como se transformaba en una señorita. Muy difícil de aceptar la verdad.”

Juan Manuel cuenta que allí adentro se veían muchas cosas que por bienestar de él era mejor hacerse “el de la vista gorda”. Muchos reclusos salían sin vida por pleitos internos, o incluso fallecían por su mala condición de salud.

“Ver cómo lograban salir de allí, pero sin vida, era algo muy impactante, incluso me pregunté si me verían salir de esa manera”. Como mencionamos al inicio de esta crónica, tras pasar las rejas hay un mundo totalmente diferente, y el tiempo puede pasar, pero estando allí adentro, el mundo se congela, las calles y personas cambian y cuando sea nuevamente la hora de volver a ser parte de una sociedad, no sabré diferenciar qué es lo bueno y qué es lo malo.

Para el 22 de diciembre de 2022 su condena finalizó, quedando en libertad. Cada día que visita a la princesa de esta historia, recuerda cada rincón de su natal Funza.



CUENTOS GANADORES

**CONCURSO MUNICIPAL DE CUENTO
"FUNZA PARA CONTAR 2023"**

• PRIMER LUGAR CATEGORÍA PRE JUVENIL •

REALIDAD PARALELA

Álvaro Nicolas Moreno Quiñones

Era un día nublado, todas las puertas estaban cerradas y la oscuridad hacía parecer a Funza un pueblo abandonado, el viento soplaba contra las puertas chirriantes haciéndolas parecer los gritos más tenebroso, las carreteras estaban totalmente vacías, la Villa Olímpica estaba cerrada y los árboles hacían parecer figuras tenebrosas, como las tumbas en un cementerio, todas las ventanas estaban cubiertas por cortinas, y toda la oscuridad las hacía parecer manchas grises en las casas.

Pero de pronto una puerta se abrió, cerca de la Villa Olímpica. Era un niño, un niño que llevaba un gorro y ropa oscura, no se dejaba ver la cara, y se metió en la calle que estaba más oscura en ese momento, en el barrio La fortuna. Todo esto lo grabó un niño, quien había visto casos similares por Funza. Descubrió que siempre pasaba los domingos.

Al día siguiente todo estaba soleado, las puertas estaban abiertas y había luz en cada rincón, todas las carreteras estaban llenas de colores, la Villa Olímpica estaba abierta, y las voces de los niños alegres sonaban por doquier. Así era toda la semana, hasta la llegada del domingo, donde todo era triste y escalofriante. Esto lo evidenció un niño llamado Manuel, intentó decir a todas las personas que conocía, pero, por alguna razón, para todos era normal. Todos los domingos Manuel observaba desde su ventana como niños encapuchados y con ropa oscura iban a la calle y desaparecían.

Un día se comenzaron a publicar carteles de niños desaparecidos, y todos los domingos llegaba un cartel nuevo. Manuel era el único que sabía, pero nadie le creía, porque pensaban que estaba mintiendo. Los videos que habían hecho los daban como falsos. Hasta que un día pasó algo extraño: ahora iban dos niños en vez de uno. Y no terminó ahí, a las dos semanas iban 3 niños, la Villa Olímpica, las casas, el Biblioparque y todos los lugares de Funza, poco a poco, tenían menos niños.



Un lunes su mejor amigo desapareció. Manuel se sintió muy mal y decidió que iba a ir a la calle (en donde entraban los niños) el próximo domingo. Toda la semana pensó en su plan, tomó un gorro que le tapara la cara y una ropa vieja que pintó de negro para poder colarse entre los otros niños. Toda la semana se preparó para lo que pudiera pasar.

Llegó el domingo. Le pidió a sus padres permiso para salir y los padres, sin dudarle, dijeron que sí. Ya estaba en la puerta de su casa, esperando a que llegaran todos los niños, y llegaron tres, cuidadosamente se puso a su lado y se infiltró con ellos. Caminaron hasta más o menos el centro de la fortuna, y pararon, y de un momento al otro se abrió un portal, todos los niños entraron, formándose en fila india, y Manuel, muy miedoso y sin saber si rendirse y no hacer nada, tomó fuerzas y entró.

Al entrar al portal sintió algo como un vacío en el estómago, lo que se siente cuando se está elevando un avión. Alguna fuerza lo obligó a abrir los ojos y, al abrirlos, estaba en Funza, pero notó algo y es que esta Funza no era la misma Funza, sino que todo era más aterrador, había telarañas, las casas parecían en ruinas, las ventanas estaban rotas, el césped de la Villa Olímpica estaba más largo que dos pisos de un edificio, parecía como si llevara toda la vida sin cortarse.

El grupo en el que iba Manuel empezó a caminar, salió del barrio La Fortuna, y fue a la calle principal, se veía aterradora. Había buitres merodeando, de la nada apareció una araña gigante que se puso delante de ellos, aparecieron esqueletos que andaban, la Villa Olímpica se llamaba la villa maldita, los edificios y casas estaban derrumbados, las tiendas eran controladas con momias y los carros estaban parqueados a los costados de la carretera, totalmente destruidos.

Siguieron caminando, dirigiéndose al biblioparque, pero no dejaban de encontrarse cosas raras como zombis, murciélagos y vampiros. Pero lo más extraño era que entre más avanzaban al biblioparque, más oscuro se ponía todo.

Al llegar al Biblioparque, había cerca de 1000 niños. Manuel no sabía qué estaba pasando. Entonces, al entrar, un ser oscuro miró a la araña, la cual se retorció y dijo: "yo no te dije que trajeras cuatro niños, al menos todavía no" Luego, los encerró en una habitación. Allí había un libro, donde explicaba qué era ese lugar, y en él se podía leer:

Soy uno de los niños a los que atraparon acá, el ser maligno nos dijo que era un espejo de Funza, que al principio se veía idéntico a Funza, pero no era estable, y para serlo necesitaba el alma de niños, pero lo que pasó fue que acabaron a todos los niños de esta realidad, tuvieron que hacer una nueva estrategia, mientras que los cuerpos de

los niños, al quedar sin alma, se convirtieron en todo tipo de monstruosas criaturas, y el mundo, al no tener almas, se comenzó a desmoronar. Entonces, no le quedó más alternativa al ser maligno que crear un portal hacia nuestra realidad y llevarse a los niños, poseyéndolos.

Posdata: Para liberar a las almas de los niños y acabar con este mundo ve al segundo piso donde están las almas de los niños y libéralas.

Manuel intentó escapar de todas las maneras posibles, rompió un cristal y escapó. Cautelosamente subió al segundo piso, donde había círculos flotantes, amarrados por cadenas transparentes, las cuales rompió, y al instante todo el mundo se hizo cada vez más chico hasta que desapareció. Los niños que venían de Funza aparecieron en la fortuna sin saber qué había pasado. De ese día en adelante, todo volvió a la normalidad y Manuel deseó que no volvieran a pasar más sucesos extraños en Funza.

• SEGUNDO LUGAR CATEGORÍA PRE JUVENIL •

LA PUERTA A LA FANTASÍA Y LA FE

María Alejandra Rojas Rodríguez

Lírase una vez un lugar en Funza que conectaba el mundo real al mundo de la fantasía, un lugar que yo, Hana y la guardiana conocíamos, pues queríamos pasar por esa puerta, igual que tú, al parecer. Sin embargo, también un uno por ciento del mundo lo conocían. Pero ¿cuáles eran los requisitos? pues justo de eso trata este fabuloso cuento, que pronto se convertirá en tu guía para encontrar la puerta a tu propia fantasía.

Lo único que sabía en ese momento de esa puerta era que este uno por ciento de personas que conocía esa entrada era una pequeña cantidad de niños, escritores, videógrafos y cineastas. Pero... ¿qué tenían en común estas personas, eran una clase de elegidos, por qué ellas?

—Hola, hermanita ¿qué haces, sigues en la puerta de la creatividad? —dijo mi hermano Jeison, de forma burlona.

—Ya te dije que no me dijeras así... Y sí, existe y es la puerta de la fantasía, no de la creatividad, eso suena bobo y aún tengo fe en que la lograré cruzar.

—Bueno... ya estamos listos para la fiesta en el parque principal.

Si se preguntan por qué es importante esta conversación (y la fiesta) muy pronto lo van a saber. Después de días, logré descubrirlo por completo, lo que tenían en común estas personas... ¿Están listos para saber?

Descubrí que todos tenía fe en sus sueños, como la de un niño, un ser humano que aún necesita madurar, según muchos, pero no, esos niños o bebés no deben ser como un adulto o alguien que en términos de los demás ya maduró, porque qué tal si en realidad ser maduro no es precisamente serlo. Tal vez ser maduro es tener fe en los sueños que solíamos tener cuando éramos inmaduros, y ser fantasiosos o fantasiosas, tal vez la verdad de esta puerta es en tener fe en que la cruzaremos un día y lograremos saber qué es la madurez. incluso tener fe te llevará a diferentes lugares y obtener muchos beneficios, y personas que te ayudarán a avanzar.



En realidad me di cuenta de eso, más específicamente de la fe, la madurez y las oportunidades, cuando sucedió lo mismo, en una de las conversaciones con mi hermano. En esa charla él se burlaba de mí y yo contestaba que tenía fe. Ahí fue cuando me di cuenta de algo, más bien de lo que no me había dado cuenta, que no había cruzado la puerta, porque tener fe en realidad es más difícil de lo que parece.

Duré años intentando cruzarla, como si fuera una guía a seguir y entonces me di cuenta de que esto es una guía personal de alguna forma, así que sí, me contradigo, no es una guía este cuento, es una historia que te ayudará a encontrar tu puerta.

Supongo que algunos han escuchado sobre el mundo deseado, como un sueño que tú mismo creas y puedes salir de él cuando quieras, es una buena forma de liberarte de la realidad un rato, pues muchos creen que en la vida debes seguir un manual, pero no, la vida es como esta puerta, que me di cuenta es difícil de hallar.

Porque mi propia guardiana soy yo, más bien mi fantasía y esta guardiana enfrenta todos los “peros” que son una dificultad para la fe completa.

Ahora que tú mismo sabes que tú controlas esa puerta y eres tu propio o propia guardiana puedes enfrentar tus miedos, tus “peros”, y si tienes o quieres salir de tu zona de confort para cumplir tus metas solo te digo: hazlo sin miedo, como si fueras ese niño o niña, sin miedo de cumplir tus sueños y metas; y da ese salto de fe que no has dado aún, y cruza esa puerta sin miedo, porque está en tu poder ahora y por siempre. Por que como te dije, da oportunidades, como la que me dio a mí, de volverme la directora del “CCB”, Centro Cultural Bacatá de Funza, y logré crear muchas cosas para inspirar la fe, fantasía y creatividad, como el Festival de Arte y Cultura Zaquesasipa, y este libro que es un ejemplo de cómo encontrar esa puerta que muchas veces buscamos.

• TERCER LUGAR CATEGORÍA PRE JUVENIL •

EL DRAMA

Juan Luis Gamba

Hace mucho tiempo, en una tienda de manzanas que quedaba al lado del parque principal de Funza, un niño llamado Pablo decidió ir al parque a coger unas cuantas manzanas que estaban en los árboles, pero después de alcanzar algunas, se dio cuenta de que las personas habían desaparecido. Pablo no le dio importancia y regresó a su tienda. Al llegar vio que las manzanas estaban rodando por todo el suelo. Pablo se sorprendió porque nunca había visto algo así. De repente, una manzana chocó por accidente con su pie y, como las manzanas no tienen ojos, decidió ayudarlas, pero le tenían miedo, así que salió a pedir ayuda, sin tener resultado, ya que no había ni un alma en el parque, en la juguetería, en la panadería, ni siquiera en el supermercado. Desconcertado por este hecho, Pablo decidió salir del pueblo para saber si había alguien en Bogotá o en Faca que le pudiera ayudar, sin embargo, estos lugares también estaban abandonados. Entonces pensó: “necesito entender que no hay nadie aquí”.

De repente vio que las manzanas empezaron a actuar como locas cuando escucharon que un cuchillo se clavó en la puerta de la tienda. En un parpadeo, las enloquecidas frutas se fueron corriendo por todo Funza.

—Lo que faltaba —dijo Pablo.

Después, se dio cuenta de que en el cuchillo había una nota clavada que decía:

“Cuando las manzanas están, tienes que contar una historia tal cual, cuando ellas escapan encuéntralas rápido o será el final”.

El texto era confuso, ya que no explicaba bien por qué iba a ser el final, pero no pensó en los problemas y se fue a buscar las manzanas. Mientras caminaba, justo encontró una a mitad de camino y pensó “Porqué me dejaron este trabajo a mí y no a los demás”. Entonces la manzana dijo:

—Eres bueno, no como los demás que siempre me tiran a la basura.



Pablo la miró con tristeza y siguió su camino. Justo cuando eran las 2:30 de la tarde, apareció una persona que tenía una capucha roja. Sin saludar, le entregó una carta y después desapareció detrás de un árbol.

—Hay cosas que me tocan a mi ¿cierto? —dijo mirando a la manzana, quien se acomodó en su mano y se quedó callada— Ahora... ¿dónde estará la otra manzana?

—La manzana tomó la carta, la abrió y encontró una nota que decía:

“Perfecto, ahora tienes que encontrar la siguiente manzana que se encuentra cerca de la sala”.

—Bueno — dijo con tristeza— Ahora vamos a donde esa tal sala.

Justo en ese momento le cayeron dos manzanas a la cabeza.

—¿Con que a eso te referías? —dijo con un gesto enfadado.

Empezó a caer la noche y Pablo tuvo que apresurarse. Sin embargo, no dejaba de preguntarse a dónde se fueron las demás personas.

Después de encontrar la mayoría de las manzanas, Pablo decidió darse un descanso, eran las 6 y había recolectado 38 de 60 ¡apenas tenía la mitad!

—Y ahora, ¿a dónde llevaré tantas manzanas? —se quejó, justo cuando encontró una carta que esta vez decía:

“Bien, ahora ya puedes dejarlas en su sitio”.

Pablo no entendió muy bien esas palabras, pero después se acordó de que la última vez que vio las manzanas estaban en su tienda. Esto no iba a ser tan fácil.

Después de tanto caminar encontró, finalmente, su tienda de manzanas. Sin embargo, cuando entraron a la tienda, desaparecieron de la nada. Pablo se asustó porque las manzanas que había encontrado se fueron. Pese a todo, lo más sorprendente era que, una a una, las personas iban apareciendo.

—¡Despierta! —dijo una voz— has terminado la prueba.

—Espera, ¿todo esto había sido una prueba? —dijo, enojado. ¡Pero qué alivio saber que estaba soñando!

—Bien, los resultados fueron... Excelentes —dijo el señor, entre risitas.

Pablo se sintió raro, como si hubiera estado despierto todo el tiempo.

—Bueno —dijo Pablo— al menos todo se ha acabado.

—¡EJEM! Usted está equivocado, porque nos dimos cuenta de que en su tienda hay manzanas saltonas por ahí. ¡Ay! Qué drama para Pablo.

• PRIMER LUGAR CATEGORÍA JUVENIL •

CAUSA DE MUERTE

Juan Esteban Barrera Beltrán

—¡Ash! —exclamó Adrián— no me gusta esto.

A lo que Lucía le respondió:

—Pero no podemos hacer nada, amor, tú sabes cómo son ellos, sabes de lo que son capaces.

Adrián, notablemente enfadado, le dijo:

—No debería ser así, yo debería poder presumirte, poder mostrarle al mundo nuestra relación tan bella, llevarte al barrio a que conozcas a todos... Pero no, estamos siempre vigilados, debemos vivir a la sombra del odio, arrinconados por el qué dirán.

A lo que Lucía respondió:

—Yo te entiendo, Adrián. Te juro que yo también siento lo mismo, pero no quiero ganarme un problema con mis padres. Además, tú sabes la gente con la que se codean ellos... son peligrosos.

—¿Es ese el problema? Si hablamos de gente peligrosa, yo puedo traer a todos los muchachos del barrio y dar de baja a ese poco de narcos.

—Yo sé que tú no eres como ellos, tú no harías algo así. Pero por favor, Adrián, no quiero pelear en este momento. Por ahora lo único que podemos hacer es que sigas disimulando tu acento y no ponerle atención a “esos” comentarios.

—Esta bien, amor. Súbete al carro, arranquemos.

Empezaron un trayecto hacia el Club al que acuden Lucía y sus padres, el Metropolitan Club, en la calle 76, un club de mucho prestigio. Adrián se había vestido muy formal para la ocasión, incluso le había pedido ropa prestada a su tío Yoanber. Ya los ánimos estaban más calmados, por el trayecto se podían ver unas vistas muy urbanas, contrastes entre lo malo y lo bueno, entre lo caro y lo barato.



—¡Llegamos! —exclamó Lucía

—Ufff, qué nervios, ojalá no se me salga una gaminada.

Adrián y Lucía llegaron finalmente a la mesa en dónde estaba la familia de ella. Adrián empezó a saludar cordialmente a todos. Luego, ambos se sentaron para dar inicio al discurso de bienvenida.

—Muy buenos días. Los saludo, muy contento, por este grandioso encuentro. Muy pocas veces en el año está uno solo con gente de bien, siempre hay algún colado dañando el ambiente. Gracias a todos por aceptar la invitación. A continuación, se les servirá el almuerzo y justo después serán libres de explorar y hacer uso de todo lo que pone a su disposición la hacienda del patrón. Gracias por su atención, disfruten del día.

Un fuerte aplauso estalló en los oídos de Adrián, que estaba un poco pensativo por el anterior comentario. Las comidas fueron servidas y empezaron todos a comer, mientras tenían una grata conversación. Así transcurrió este encuentro de forma común y corriente, cuando de pronto el tío Miguel le dijo a Lucía:

—Mija, se hubiera conseguido uno más blanquito. Ese man está muy negro, toca que le eche clorox porque yo en fotos con gente así no salgo.

Lucía hizo un gesto de disgusto, a lo que el tío la miró retadoramente. La velada transcurrió sin ningún otro inconveniente, la familia terminó de comer y se fueron todos a disfrutar de las atracciones: piscinas, toboganes, canchas de tenis y mucho más. La familia estaba a punto de subirse a una montaña rusa. Adrián estaba muy incómodo, desde ese apunte del tío Miguel.

La familia se subió y Adrián se sentó al lado de Lucía. A Adrián estas atracciones solían darle demasiado miedo, la montaña rusa empezó a subir. Ante Adrián se mostraba una altura demasiado imponente para él, el tiempo pasaba excesivamente lento y era casi como una tortura. Al llegar al descenso un escalofrío le bajó por el cuello, sentía que ese día iba a pasar algo malo. En el momento exacto en el que el descenso comenzó, Adrián no soportó más y gritó:

—¡PAREN ESTA VAINA, VALE!

Lucía, inmediatamente, volteó a mirarlo. Se veía el miedo en su rostro, su rostro reflejaba entre preocupación, tristeza y resignación.

Adrián, muy en el fondo, ya sabía lo que le pasaría. Un momento antes de que la atracción terminara, le pareció ver un gato negro mirándolo fijamente. Al bajar de la atracción todos lo estaban mirando de una manera despectiva, esas miradas reflejaban repugnancia, asco puro. Adrián sintió la boquilla fría de un revólver en el cuello

—¿Cómo? ¿de dónde es usted? Yo sí lo veía como raro

—Saque su cédula, hermano, rápido.

A Adrián le temblaban las manos, era obvio que ellos iban a identificar su cédula de extranjería. Él mandó una mano al bolsillo de atrás de su pantalón. Cuando los dos hombres bajaron la guardia, Adrián se echó a correr. Lucía lo miraba con desespero, ella salió corriendo detrás de él, la familia de Lucía rápidamente los atrapó violentamente.

—Dejen a la niña sana, agarremos a este man y mandémoslo a pelar con el patrón, una basura menos para este país.

El único instinto de Adrián fue gritarle eufórico a Lucía:

—¡Te amo!... ¡Te amé!... Y te amaré por siempre, duélale a quien le duela. Y no me importa nada, que me vayan a matar solo por mi procedencia, no me importa, ¡morí amando a quien quería, a pesar de todo!

¡PUM!

—Es que era muy hablador. —dijo el hombre que accionó su revólver.

Lucía estalló en llanto. En su familia se notaba una cara extraña, no se sentían ni tristes ni felices, se sentían raros, culpables, sentían que su odio se había excedido, era una culpa colectiva, pero lastimosamente ya no se podía hacer nada. Adrián había muerto. En su autopsia debieron poner que su causa de muerte fueron los prejuicios y el odio injustificado. Causa de muerte: Xenofobia.

• SEGUNDO LUGAR CATEGORÍA JUVENIL •

VIAJEROS DEL ARTE

María José Lozano Barbosa

Daniel y María, dos estudiantes de fotografía del centro cultural, estaban muy interesados en poder immortalizar los lugares y paisajes más emblemáticos de su ciudad. Sin embargo, por más que se esforzaban, las imágenes que tenían no los convencían, y para el festival de arte debían tener ya su propia colección.

En una de sus clases, el profesor les sugirió buscar las historias de varios artistas y detectar los métodos o estrategias que ellos usaban para hacer sus obras pues quizá eso les ayudaría. María, siguiendo las instrucciones del profesor, fue rápidamente al Biblioparque y empezó a buscar las historias de los mejores artistas de la historia. Daniel no tenía muchas ganas de ponerse a buscar y se dedicó a escuchar lo que María le resumía de las historias que ella leía.

Daniel se puso a caminar por el Biblioparque y encontró una gran escultura en hierro y de forma redonda. A pesar de que María le dijo varias veces que no la tocara, decidió tocarla y notó que cada cierto número de piezas había una más grande y brillante, le causó mucha curiosidad y buscó una pequeña escalera que le permitiera alcanzar la pieza más brillante de todas.

Cuando Daniel por fin alcanzó la pieza de la escultura, el biblioparque se oscureció, los dos se miraron con incredulidad. ¿Era posible que aquella escultura que estaba a la vista de todos fuera una máquina del tiempo Y que solo tuvieran que presionar las piezas mas brillantes para viajar a cualquier época que quisieran? No podían resistir la tentación de probarlo.

—¿A dónde quieres ir? —preguntó Daniel, con la mano puesta en la pieza brillante.

—No sé... ¿Qué tal El Renacimiento? Siempre me ha fascinado esa época —respondió María, ilusionada.

—Vale, pues vamos al Renacimiento —dijo Daniel, que tenía en la mano un libro de historia que habían cogido de la biblioteca.



De repente, todo se volvió borroso y sintieron una sensación de vértigo. Cuando abrieron los ojos, se encontraron en una plaza llena de gente, con edificios de piedra y fuentes de agua. El sol brillaba en el cielo azul y se oían voces y risas en italiano.

—¡Wow! ¡Estamos en Florencia! —exclamó María, reconociendo el lugar por las fotos que había visto.

—¡Y en el siglo XV! —añadió Daniel. Según el libro, esta es la época de Leonardo da Vinci, el genio del Renacimiento.

—¿Te imaginas si lo encontramos? Sería increíble —dijo María, emocionada.

—Pues vamos a buscarlo —propuso Daniel.

Los dos amigos se mezclaron con la multitud y empezaron a caminar por las calles de Florencia, admirando las obras de arte que adornaban las paredes y las iglesias. De pronto, vieron un cartel que anunciaba una exposición de Leonardo da Vinci en el Palazzo Vecchio.

—¡Mira! ¡Ahí está Leonardo! —exclamó Daniel, señalando el cartel.

—¡Vamos a verlo! —dijo María, tirando de él.

Los dos corrieron hacia el palacio y entraron sin hacer cola, aprovechando el caos que reinaba en la entrada. Dentro, se encontraron con una sala llena de pinturas, dibujos e inventos de Leonardo da Vinci. Había desde retratos de mujeres hermosas hasta bocetos de máquinas voladoras.

—¡Es impresionante! —dijo Daniel, maravillado.

—¡Y mira quién está ahí! —dijo Sofía, señalando a un hombre de barba canosa y túnica roja que estaba en un taller, rodeado de sus inventos y sus pinturas.

María y Daniel quedaron maravillados con su talento y su sabiduría y le hicieron muchas preguntas sobre sus proyectos y sus ideas. Leonardo les mostró algunos de sus bocetos, como el de la máquina voladora o el del hombre de Vitruvio. También les habló de su obra más famosa, la Mona Lisa, y les reveló el secreto de su enigmática sonrisa.

Después de despedirse de Leonardo, María y Daniel viajaron al siglo XVII, donde visitaron el taller de Rembrandt, el maestro holandés del claroscuro. Allí lo vieron pintar uno de sus autorretratos, donde plasmaba su expresión melancólica y su mirada profunda. Rembrandt les contó que había sufrido muchas pérdidas en su vida, como la de su esposa y sus hijos, y que eso se reflejaba en su arte. Les explicó que usaba el contraste entre la luz y la sombra para crear efectos dramáticos y resaltar las emociones de sus personajes. Daniel y María quedaron impresionados con su sensibilidad y su realismo.

El siguiente viaje los llevó al siglo XIX, donde conocieron a Vincent van Gogh, el genio incomprendido. Lo encontraron en un campo de girasoles, donde pintaba con colores vivos y pinceladas rápidas. Van Gogh les saludó con alegría y les invitó a acompañarlo. Les contó que había dejado su vida en Holanda para ir a Francia, donde buscaba la luz y el color. Les habló de su amor por la naturaleza y de su admiración por los impresionistas. También les confesó que se sentía solo y que sufría de problemas mentales. Les mostró su oreja vendada, donde se había cortado una parte en un arrebato de locura. María y Daniel sintieron compasión por él y le dijeron que su arte era hermoso y que algún día sería reconocido.

Finalmente, este par de compañeros viajaron al siglo XX, donde se encontraron con Pablo Picasso, el revolucionario del arte moderno. Lo vieron en su estudio, donde trabajaba en una de sus obras cubistas, descomponiendo las formas en figuras geométricas. Picasso les recibió con simpatía y les explicó que su arte era una forma de expresar su visión del mundo. Les dijo que no buscaba imitar la realidad, sino crear una nueva. Los chicos quedaron fascinados con su originalidad.

Después de conocer a Picasso, regresaron a su época. Habían vivido una experiencia increíble, donde habían aprendido mucho sobre el arte y sobre ellos mismos. Se prometieron volver a usar la máquina del tiempo para seguir explorando otros períodos y otros artistas. Sabían que el arte era un viaje sin fin, lleno de sorpresas y maravillas.

• TERCER LUGAR CATEGORÍA JUVENIL •

UN POETA SIN CORAZÓN

Diego Andrés Barrueto Muñoz

A mediados del siglo XVII existió un hombre joven de buen vestir y aspecto agradable. Le llamaban Muns, era algo misterioso, no se sabía de dónde venía o quién era realmente, solo se conocía que tenía una fascinación por la escritura y lo que se podía hacer con esta. Tenía libros y libros repletos de escritos de todo tipo, pero, por alguna razón, no de amor ni sentimiento. Tenía un deseo que quería cumplir antes de morir, su obsesión era ser el mejor escritor de todos los tiempos en todo aspecto: caligrafía, redacción, ortografía, etc...

La nueva moda del arte había llegado. El romanticismo, que consistía en expresarse de manera sentimental y romántica mediante las letras. Muns, para continuar con su objetivo decidió integrarse en este aspecto literario. Así, con su deseo de ser el mejor, comenzó a estudiar esta forma de escribir, pensando que sería de lo más fácil.

Pero no fue así, pasaron minutos, luego horas y por último días. Muns no consiguió nada, ninguna idea o frase, estaba en blanco. Él pensaba “¿por qué no puedo escribir nada? ¿qué me hace falta para una misera palabra, estudiar más la teoría, buscar la estructura?”. Ninguna de esas ideas era la indicada, pues él estaba acostumbrado a escribir siempre textos de aspecto lógico y métrico, pensando en la estructura más que lo escrito, perdiendo algo que transforma a poetas en buenos artistas: el sentimiento y regocijo que hay en cada palabra, eso que diferencia a los poemas de otros textos literarios. “Bueno, tendré que ejercer una práctica vieja: la inspiración”, Dijo Muns.

Decidido a comenzar su texto en esta vanguardia literaria, Muns exploró cada parte del pueblo, analizando cada estructura, color, paisaje y ser vivo que estuviese allí. Miró aquella bella fuente en la que el agua se reflejaba como cristal, observó el castillo de aquella familia real que gobernó hasta el siglo pasado. Observó el color más hermoso que sus ojos pudieron percibir, con un toque brillante y elegante de azul, junto a ese pigmento fuerte del violeta, un espectáculo visual jamás visto antes. Al atardecer, como pintura, el cielo apareció estrellado, con un aura amarillenta debido al ocultamiento del sol. Por esto, salieron varias luciérnagas, junto al corcel más hermoso



que pudiese existir, con una larga y frondosa cabellera de color blanco, con piel blanca como la nieve y ojos azulados como el hielo. Pero ni con estos espectáculos pudo escribir o siquiera idear su primera frase, estaba estancado. Para él, eso era algo insignificante que no tenía belleza, como si no tuviese corazón para querer, admirar o siquiera emocionarse, solo tenía su pensamiento lógico que formó durante todos esos años de escritura.

Rendido y frustrado, decidió vagar por las calles del pueblo sin rumbo alguno. Siendo ya de noche y a punto de irse a casa, observó algo que causó un efecto en él. Muns había estado retirado de la sociedad hace mucho, su única interacción con este ámbito era ir a comprar provisiones y, aunque sabía todo sobre el amor y afecto, jamás lo había visto en todo ese tiempo. Estático, con una cara de sorpresa, vio a una pareja joven que estaba dándose afecto. Muns sintió un cosquilleo junto a un dolor en su corazón, con la mirada más fría y aterrada que alguna vez dio, se fue a casa. Al llegar, él se vio al espejo y se dio cuenta de lo que todo este tiempo perdió, la respuesta ante su bloqueo mental. Por fin, después de varios días, logró escribir una frase: “en mi corazón hay un vacío que se ocultó durante todo este tiempo”. Fue así como, para hacer su hazaña escrita, se adentró en el amor, buscando aquella herramienta que necesitaba para continuar.

Muns era algo tímido al hablar con las mujeres, no lo hacía desde mucho tiempo, pero, decidido por su sueño, tomó valor y comenzó a convivir con las personas. Era apuesto y tenía un encanto al hablar que seducía, pero no comprendía la emoción que el amar requiere, todo lo veía como un juego de estrategia, y eso mismo lo condenó a estar solo un tiempo.

Hasta que un día conoció a una mujer diferente, viendo algo más que una necesidad, vio un complemento para vivir, una compañera, una conexión que los unía y, como niño pequeño, Muns habló con aquella dama. Por primera vez sintió algo en su corazón, no un dolor ni un cosquilleo, sino un latir rápido y potente. Era la mujer perfecta para él, compartía los mismos gustos, era intelectual y escribía como él. Sus poemas eran diferentes, tenían el corazón y alma, de los que Muns carecía. Las charlas que tenían los fueron acercando. Muns comenzó a escribir varias cartas y poemas hacia ella. Poco a poco su corazón se mostraba.

Pero Muns cometió un error en uno de sus escritos. Dijo algo que se malinterpretó, siendo palabras fuertes e hirientes dichas de manera errónea. Por eso, tuvo un conflicto con la mujer. Se explicó, pero fue rechazado. Arrepentido y con el corazón roto, decidió alejarse de su amada y del mundo. De manera irónica hizo lo menos lógico, pero su joven corazón mandó. Cuando su amada reflexionó y lo buscó, lo único que

encontró fue una carta que dejó: “Amiga mía... me he marchado, mi corazón inexperto ha mandado y veo que no encajo en este lugar, perdí mi tiempo en una obsesión que me llevó a la perdición, algún día regresaré, hasta entonces te enviaré poemas que espero leas”.

Muns cumplió y se enviaron varios poemas y cartas, pero un día dejaron de llegar, no se sabe qué pasó con aquel escritor, lo único que sé, es que era el hombre con mayor corazón que jamás conocí, pero fue un corazón que no supo controlar, el mismo que lo llevó a la locura. Aun espero tu regreso, Cor meum.

• PRIMER LUGAR CATEGORÍA ADULTO •

LA MUERTE DEL CEMENTERIO

Carmen Dora Espinosa Correa

A la lápida del sepulcro de la abuelita paterna de algún habitante de Funza se le habían borrado las letras de su nombre, clara señal de que ninguno de sus descendientes había vuelto a las visitas acostumbradas. Ese hecho fue traumático, tanto para el alma de ella como para las de los otros habitantes de este lugar de reposo. Y es que ellos esperaban con gran emoción las visitas familiares para que hicieran oración junto a sus tumbas y así poder salir pronto del purgatorio e ir a gozar de las glorias prometidas.

Pero ahora quizá no sería posible, porque en aquel lugar solo quedaba silencio y el tiempo se había parado infinitamente. Allí la única bulla que se escuchaba era la de la neblina opaca y húmeda que caía en las mañanas, porque hasta los pájaros parecían entender que el cementerio estaba clausurado.

Entonces, las flores se fueron secando, el pasto creció, el agua de los floreros se evaporaba en verano y en invierno se apozaba, convirtiéndose en el hogar perfecto para mosquitos, los que por supuesto causaban males de cuerpo y alma a quienes vivían alrededor de aquel cementerio.

Y es que una tarde lluviosa y muy fría se encontraba en su despacho el señor cura párroco de aquel pueblo, ocupado en la rutina diaria de sus quehaceres. Hombre menudo en cuerpo, pero robusto de espíritu y mente. Siempre animado por la bondad y generosidad de sus feligreses, quienes encontraban en él su paño de lágrimas y su defensor ante cualquier adversidad. De repente alguien golpeó fuertemente a la puerta.

—Siga, quien quiera que sea.

Luego de aprobar el ingreso, recordó las palabras de su ama de llaves.

—No sea tan confiado, padre Néstor, nunca se sabe quién esté detrás de la puerta, siempre pregunte quién es. Cuídese, qué sería de este pueblo sin su persona.



Recordar las palabras de su ama de llaves le causó cierta intranquilidad a medida que se abría la pesada puerta de caoba.

—Buenas, buenas, padre.

Era don Isaías Prieto, presidente del concejo municipal. El sacerdote no pudo evitar poner cara de disgusto, ya que aquella visita no era propiamente de sus afectos. Las ínfulas de grandeza que había ganado aquel don, por el cargo, eran inaceptables para el sacerdote. Miró nuevamente los papeles que tenía sobre el escritorio y entre dientes le dijo:

—Tan raro que usted venga por esta sagrada casa. ¿Como qué se le ofrece?

—No es ni tan raro, mi estimadísimo cura. Resulta que hemos recibido demasiados derechos de petición, tutelas y hasta demandas de los vecinos del camposanto.

—¿Sí? ¿y como por qué? ¿De qué se quejan ahora? ¿Acaso los muertos siguieron haciendo fiestas y no los invitan? —Contestó el párroco, con cierta sorna, sin levantar la mirada.

—No sea tan chistoso, padre, le estoy hablando en serio. Es que cómo le parece que se ha levantado un mosquerío por todas las casas que quedan junto al cementerio.

—Tarde se dieron cuenta de que construir casas pegadas a las bóvedas de este sitio no era el mejor negocio.

El presidente del consejo hizo una mueca desaprobando la apreciación del padre. Sin embargo, siguió explicando

—Escuche bien. Las moscas ya no respetan ni las cocinas, eso en el día. Y en la noche es el zancudero encima de las cabezas de la gente.

El padre intempestivamente se levantó de su silla, se retiró las gafas, clavó la mirada en su interlocutor y quiso hablar, pero mejor calló, porque seguramente se habría generado una terrible discusión y no convenía en este preciso momento. Mejor respiró profundo, agachó la cabeza y se acomodó nuevamente a su silla.

Hubo un largo e incómodo silencio, roto solamente por el suspiro de don Isaías, quien con rabia golpeó el escritorio para que el sacerdote le prestara atención

—¡Y tan en serio es que aquí le traigo la resolución con la que se obliga a cerrar el cementerio del pueblo!

Esta vez el orgullo sacerdotal se apoderó del padre Néstor. De ninguna manera iba a mostrarle nuevamente al señor Prieto la indignación que le causaba este suceso, así que tomó el papel donde el concejo municipal decretaba el cierre. Mientras lo veía, pensaba en cómo un pueblo podía quedarse sin cementerio. Ahora dónde se

enterrarían aquellos que nacieron y vivieron en esta tierra y que, sin duda, cuando les llegara la pelona, querrían descansar en aquel camposanto, el del pueblo, el que ellos respetaban y querían. Si habían vivido toda su vida allí y jamás quisieron cambiarse de lugar, mucho menos querrían hacerlo al momento del descanso eterno. ¡Cómo diablos lo iban a cerrar si llevaba más de doscientos años funcionando ahí en ese mismo lugar! Además, para muchos podría significar el terruño que jamás tuvieron en vida.

Solo miró el papel. No lo leyó.

—¿Y esto a partir de cuando, señor presidente del concejo municipal?

—¡De inmediato! A partir de hoy, usted no puede volver a recibir ni un solo difunto. Toca que se apoye con los pueblos vecinos para que les hagan campito. Ni porque los familiares vengán y se le arrodillen. ¿Le queda clarito, señor cura? Ahora firme aquí, rapidito.

—Deberían revisar nuevamente esta orden. Están condenando a muerte este cementerio.

—No hay necesidad, ya lo hemos hecho. Y ya sabe, ini porque se le arrodillen!

A tres días de recibir esta orden, estaba el señor cura aplacando los ánimos de algunas personas nativas del pueblo, quienes sintieron que su derecho al sueño eterno se les había vulnerado. Un hombre, con llanto lastimero, pedía paso entre el tumulto para acercarse al padre.

—¡Padrecito, por favor, le ruego, le suplico! ¡Deje enterrar a mi madre aquí! En sus últimas palabras me rogó que no la fuera a llevar a otro cementerio que no fuera el de su pueblo, el que la vio nacer a ella y a todos sus ancestros.

—Lo siento mucho, señor Prieto, no puedo. Usted mismo me lo dijo... “Ni porque se le arrodillen.”

• SEGUNDO LUGAR CATEGORÍA ADULTO •

EN COMA

Duván Felipe Aldana

No entiendo por qué me envían a visitar a mi abuelo al hospital, si nunca lo conocí. Que yo sea el único que esté en vacaciones no quiere decir que mi tiempo sea del todo libre, prefiero estar con mis amigos en realidad virtual o dar una vuelta en mi auto volador. ¿Qué hay de mis primos? Pueden venir desde el otro lado del mundo en muy poco tiempo. O mis tíos, si tanto les interesa el nuevo invento de la humanidad, la posibilidad de ver los sueños de los pacientes en coma profundo.

A pesar de haber superado ya al cáncer y el sida, explorar de nuevo la luna y traer agua, e incluso poder pisar marte, los recovecos del cerebro humano continúan siendo misteriosos, incluso aquí en el año 2109. Después de superadas otras dos guerras mundiales, y otra pandemia que casi nos extermina, seguimos teniendo accidentes tal y como le sucedió a mi abuelo, quien quedó en ese estado desde que chocó con un poste, hace seis meses.

Mis padres pensaron que con la tecnología tan avanzada que ahora nos acoge, serían unas cuantas semanas para que despertara y lo internaran de nuevo en la casa de retiro. Me parece algo injusto después de que fue él quien trabajó e hizo crecer la empresa familiar, deberían ser sus hijos quienes lo visiten. Deberían tenerlo cerca para darle todo lo que él quiera o necesite.

Si la maquina funciona, ojalá no me regañe en sus sueños. No es mi culpa que tenga unos hijos tan desaparegados. Espero que sea una visita rápida, por favor. Mis padres me dicen que el abuelo Ignacio es muy religioso y ese tema no me gusta.



Cuando llegué, me ingresaron de prisa. Los pasillos del hospital eran largos y lúgubres. Luego de una larga caminata, lo vi postrado allí. El parecido con mi padre era exacto, solo que con más arrugas y el cabello blanco, cenizo, además de unas manchas en la cara y un bigote también blanco, como las nubes. Lo que sí era diferente a las demás camas de un hospital era su almohada, tenía cables que colgaban hasta el suelo por todas partes, luces y sonidos que perturbarían a cualquiera, pero su aspecto seguía tranquilo, se veía tan cómodo en medio de todo eso que parecía despertar con cada suspiro.

Iba a conocer a mi abuelo de la manera más extraña que podía imaginar. Me pusieron junto a su cama con otra almohada del mismo aspecto. Me dijeron que me recostara, no habría inyecciones y podría volver a despertar en cuanto quisiera. Me pidieron que por favor averiguara por qué él no podía hacer lo mismo.

La cama era realmente cómoda y en pocos minutos me profundicé. Lo primero que vi en el sueño fue a unos niños jugando fútbol en un parque, bajo un cielo despejado. La experiencia dentro de la máquina era increíble, era casi como estar despierto, las sensaciones eran idénticas a la realidad. Me acerqué para buscar a mi abuelo sentado en alguna banca alimentando palomas o algo parecido, pero me tomó por sorpresa que a uno de esos niños lo estaban llamando Ignacio. El juego se puso bueno y el centro de atención, al parecer, era mi abuelo, pero en su versión infantil. En cuanto anotó un gol llamé su atención aplaudiendo. Se acercó a mí, preguntándome quién era, pues nunca me había visto en sus sueños. Le dije que era su tocayo, su nieto Ignacio, que por él me habían puesto ese nombre que no me gustaba.

En ese momento cambió su aspecto. Ya en su versión adulta, me dio un abrazo caluroso. En un parpadeo, resultamos en un restaurante en Italia. Sin pedir nada, llegó a la mesa un plato de pasta con mucho queso derretido encima. El olor a hierbas y el vapor me abrieron el apetito.

—¡Ja! Con que fuiste el único que me visitó después de tanto tiempo... ¡Qué desgraciados! —dijo con voz arisca mientras enrollaba una gran porción de pasta

—Andan muy ocupados, dicen, pero se la pasan subiendo fotos paseando, de hecho, yo tampoco los veo hace años. Prefiero serle sincero, no sé qué voy a lograr, pero igual usted es parte de mi familia.

— Gracias a mí es que se pueden dar esos lujos, yo trabajé toda la vida sin descanso.

— Sí? Qué raro... a mí me han contado todo diferente.

No pude contener las lágrimas luego de que mi abuelo me contara su historia de vida. Mientras me contaba, pude ver en persona cada situación por la voluntad de mi abuelo en su sueño. Nunca conoció a sus padres porque lo regalaron de bebé, junto a su hermano mayor. Aprendió a leer y a escribir a sus quince años. Se separó de su hermano por trabajar todos los días para la persona que lo adoptó. Conoció a mi abuela en las mismas condiciones. Se escapó de esa casa junto con ella para vivir en Bogotá. Vivieron bajo un puente unos meses. Nunca tuvo amigos ni familia en la que pudiera apoyarse... Es de lo poco que recuerdo, pero fue lo que más me dejó marcado.

No era ningún religioso, no era un avaro. Mi familia me mintió. Le debemos todo.

Ya era momento de despedirse, no sé cuántas horas pasé con él, pero desde afuera del sueño podían decirme que era peligroso quedarme, así que hice la pregunta.

— Abuelito ¿por qué no despiertas?

— ¿Enserio quieres que despierte? —dijo de manera irónica.

— Me duelen todas las articulaciones, estoy cojo y ando encorvado de tanto trabajar, prefiero quedarme aquí, tengo todo lo que nunca tuve, algo de paz.

—Es que... no se...

—Afuera nadie me espera y los doctores me dicen que estoy en “estado vegetativo” —hizo comillas con sus dedos.

—Ven a regar esta vieja planta de vez en cuando, estaré más que tranquilo— dijo bromeando

—Pues... igual tienen los recursos para eso ¿verdad? —lo miré sonriendo.

—Sigue siendo mi plata, que no se hagan los...

Desperté. Entre lágrimas, prometí que volvería a visitarlo.

• TERCER LUGAR CATEGORÍA ADULTO •

TRUEQUE

Sandra Jimena Bacca

*“Aller Anfang ist schwer:
todo comienzo es difícil”.*

Thomas Sachs finalmente encontró su lugar en el mundo. Mientras estallaba la guerra en su país, él y su esposa se encontraban a salvo en un paraíso que no describiría como tropical, sino más bien florido. Al ingresar al pueblo, adquirió terrenos al pie de un humedal, donde encontró pequeños peces que los lugareños llamaban “guapuchas”. Se trasladó con su esposa desde la capital a una casa de adobe con un techo de estilo español. Pronto, Eva esperaba su primer hijo, mientras Thomas se dedicaba a cultivar hortalizas, un pasatiempo que encajaba perfectamente con su profesión de ingeniero agrónomo. Fue esta profesión la que le permitió abordar el barco de la Grace Line, que lo llevaría a Barranquilla y lo alejaría de su querida Alemania. Desde allí, tomó un avión para cumplir con su trabajo como asesor, en una importante institución educativa de Bogotá.

Con el tiempo, la familia crecería con tres hijos y construiría su hogar a unos doscientos metros del humedal. Esta casa de tres pisos contaría con habitaciones para cada uno de sus hijos, una biblioteca, un altillo, un salón de música (donde colocó el piano que trajo en barco años después) balcones, un sótano y amplias áreas de estar. Era una casa única en la región. Pronto, uno de sus compatriotas le ofreció una buena cantidad de dinero para ser su vecino y construyó una casa similar. Esta zona se conocería como “Los Castillos” entre los lugareños.

Thomas visitaba con frecuencia la embajada de su país en Bogotá, donde conoció al embajador, el señor Braden.



—Ingeniero Sachs, le quiero presentar a nuestro revisor legal— le dijo El Señor Braden

—Mucho Gusto, Hernán Galindo, abogado de profesión, para lo que requiera.

Desde ese día, Thomas tuvo un nuevo amigo que lo recibía en su casa de la calle 81. Hernán hablaba alemán con fluidez, porque había sido educado por una nana germana, y lo practicaba con frecuencia, gracias a la cercanía de su casa con la embajada. Discutían sobre libros, escuchaban música clásica y con frecuencia Hernán era invitado al “castillo”, en Funza, población donde estaba ubicado, junto con su esposa y sus hijos.

Cuando el ingeniero Braden concluyó su tiempo como embajador, Hernán expandió su trabajo a la sabana de Bogotá y visitaba a su amigo alemán con más frecuencia. En una de sus conversaciones, Thomas le confió:

—Hernán, la salud de Eva requiere atención médica frecuente y, aunque no quiero dejar mi hacienda, tendré que regresar a Bogotá.

—Creo tener la solución, amigo. Cambiemos de casa. Usted quedará cerca de su querida embajada, y yo estaré más cerca de mis clientes en la sabana.

Aunque la propuesta sonaba alocada, la respuesta del ingeniero Sachs fue afirmativa. Don Hernán se instaló con sus cinco hijos en el castillo original, mientras que el vecino alemán vendió su casa a un colegio para mudarse a Argentina. A medida que sus hijos crecían, se casaban y dejaban el nido, don Hernán les daba su herencia, y tres de ellos construyeron sus casas en el mismo terreno, edificando, también, sus propias vidas.

El castillo fue cedido por una década para servir como hogar a una fundación de niños huérfanos. Los nuevos residentes, los niños, a menudo jugaban a las escondidas en los amplios pasillos y habitaciones del castillo. Un día, mientras exploraban el sótano en busca de un escondite secreto, descubrieron una puerta falsa que los condujo a una misteriosa biblioteca oculta. Cada vez que tocaban un libro, los niños desaparecían para convertirse en los protagonistas de emocionantes aventuras.

A pesar de que los niños ya no viven en el castillo, este sigue en pie y ha encontrado diferentes usos, como casona de banquetes y eventos. Algunas noches, se dice que se escuchan susurros en sus pasillos, voces suaves de auxilio pidiendo regresar para encontrar el tesoro de los Muiscas.

El presente libro compuesto en caracteres
ZapfHumnst y Capture it, se terminó de imprimir
en el mes de diciembre de 2023 con el aval de la
alcaldía de Funza y el Centro Cultural Bacatá.

